

Terrorismo global



Fernando Reinares

taurus



Annotation

¿Estamos ante un nuevo terrorismo internacional surgido al finalizar la guerra fría? ¿A qué obedece el megaterrorismo que se hizo tan dramáticamente manifiesto con los atentados del 11 de septiembre de 2001? ¿Hasta dónde llegan las redes del fundamentalismo religioso que sustentan semejantes expresiones de violencia globalizada? ¿Qué hay de fantasía y qué de realidad cuando se habla del terrorismo nuclear? ¿Cómo pueden los gobiernos nacionales y la comunidad internacional hacer frente a los inusitados desafíos del terrorismo global? Este libro responde clara y concisamente a esas preguntas, así como a otras no menos inquietantes. Nos introduce, en suma, al conocimiento informado y crítico del fenómeno cambiante que se ha convertido, apenas comenzado el tercer milenio, en una amenaza sin precedentes para el mantenimiento de la seguridad mundial, el pacífico entendimiento entre civilizaciones y la continuidad misma de los regímenes democráticos.

FERNANDO REINARES

Terrorismo global

Santillana Ediciones Generales, S. L.,

Autor: Reinares, Fernando

©2, Santillana Ediciones Generales, S. L.,

ISBN: 9788430604814

Generado con: QualityEbook v0.72

Fernando Reinares

TERRORISMO GLOBAL

© FERNANDO Reinares, 2003

Santillana Ediciones Generales, S. L., 2003

Torrelaguna, 60. 28043 Madrid

Teléfono 91 744 90 60 - Telefax 91 744 92 24

www_taurus.santillana.es

Diseño de cubierta: Pep Carrió y Sonia Sánchez

ISBN: 84-306-0481-2

Printed in Spain - Impreso en España

PREFACIO

¿Cuáles son los principales problemas que acucian a la humanidad en su conjunto? Sin lugar a dudas, el hambre y la desnutrición causantes de que veinticinco mil personas mueran cada día; las pandemias que asolan sin apenas control sanitario a naciones enteras de la Tierra; la ausencia de oportunidades vitales que produce migraciones masivas desde el Sur más empobrecido hacia el Norte opulento; o la lacerante situación de exclusión social en que viven cientos de millones de hombres, y sobre todo de mujeres, por mencionar sólo algunos. Sin olvidar, claro está, las recurrentes catástrofes naturales tan a menudo asociadas al deterioro consciente pero irresponsable del medio ambiente.

Sin embargo, desde aquel 11 de septiembre de 2001, entre quienes habitan en países con niveles comparativamente elevados de desarrollo económico y disfrutan de sistemas políticos tolerantes se ha generalizado el convencimiento de que a todos esos problemas, con frecuencia tenidos por crónicos y percibidos como distantes, debe añadirse el terrorismo de alcance global. Una violencia sin límites practicada por fundamentalistas islámicos que amenaza el mantenimiento de la seguridad mundial, el pacífico entendimiento entre civilizaciones y la viabilidad misma de los regímenes democráticos. Bien es cierto que esta visión de las cosas no la comparten en los mismos términos ni con la misma intensidad aquellos países con precarios indicadores de bienestar social y deficitarios en pluralismo. Menos aún en el complejo mundo árabe e islámico del que proceden casi todos los implicados en el nuevo terrorismo internacional.

Pero los peligros y riesgos asociados a este reconfigurado fenómeno existen a pesar de que cualesquiera de las aludidas calamidades endémicas, el comportamiento de dictadores y

déspotas de uno u otro signo —aferrados cruentamente al poder — o los incesantes conflictos bélicos tan a menudo acompañados de programas genocidas, resultan, por lo común, mucho más mortíferos. Ahora bien, ocurre que es difícil establecer, más allá de una retórica habitualmente impregnada de prejuicios, la relación entre un terrorismo de dimensiones planetarias y cuantas miserias padecen de una u otra manera la mayoría de los seres humanos. Pese a que los emprendedores de dicha violencia utilizan algunos de esos infortunios como excusa para justificar sus actos y conseguir apoyo entre las gentes cuyas aspiraciones afirman estar promoviendo. Todo ello perturba muy especialmente a quienes no sufren ninguna de aquellas lacerantes desgracias pero tampoco pueden descartarse como posibles víctimas de este terrorismo que, además de internacional, es también global.

Nuestro juicio sobre la historia pasada y el tiempo presente puede ser uno u otro, pero respecto al terrorismo global convendría no llamarse a engaño. Es una inmediata e inquietante realidad que, por sus antecedentes y evolución reciente, en modo alguno debe presumirse efímera. Ahora bien, es igualmente cierto que sus aspiraciones necrófilas y devastadoras pueden combatirse con buenos resultados, adaptando políticas nacionales y, sobre todo, adoptando las necesarias iniciativas multinacionales. Omitir los retos que plantea el terrorismo global sería, a mi juicio, un gravísimo error. Como también lo sería permitir que el miedo o los afanes de venganza determinen nuestro debate público y la toma de decisiones cuando se trata de establecer las oportunas medidas tanto de prevención como de contención.

¿Cuáles son las características de ese nuevo terrorismo internacional surgido al finalizar la guerra fría? ¿A qué obedece el megaterrorismo que se hizo tan dramáticamente manifiesto con los atentados del 11 de septiembre? ¿Qué hay detrás del terrorismo suicida? ¿Hasta dónde llegan las redes del fundamentalismo islámico que sustentan semejantes expresiones de violencia? ¿Qué hay de fantasía y qué de realidad cuando se habla del terrorismo nuclear? ¿Cómo pueden los gobiernos

estatales y la comunidad internacional contrarrestar los inusitados desafíos del terrorismo global? Este libro responde concisa y llanamente a esas preguntas, entre otras que mucha gente se hace hoy en día. No está pensado para especialistas en asuntos de seguridad y, desde luego, tampoco para suscitar más preocupación que la razonable. Se ha escrito con el deseo de facilitar un mejor entendimiento de aquel fenómeno y estimular la reflexión crítica sobre lo que pueden hacer las democracias para combatirlo.

Defender el valor de la libertad en seguridad, afirmar la universalidad de los derechos humanos, invocar el principio de la tolerancia y reivindicar los imperativos de la justicia social en un mundo crecientemente interconectado no va a evitar que exista un terrorismo global. Pero sí puede contribuir decisivamente a que las respuestas nacionales e internacionales a esta amenaza sean proporcionadas y eficaces en lugar de desmesuradas y contraproducentes; a que las acometidas de ese fanatismo religioso empeñado en dar pábulo a un choque entre civilizaciones resulten mucho más episódicas y menos duraderas de lo que pretenden sus actuales instigadores.

Editado, a orillas del mar Rojo, y Burgos, en tierras de Castilla.
Enero, abril de 2003.

1 TERRORISMO SIN FRONTERAS

El fenómeno terrorista persiste a la vez que cambia. Sorprende tanto por la continuidad en los procedimientos básicos con que se manifiesta a lo largo del tiempo como por su capacidad para adaptarse a las exigencias de un entorno siempre en transformación. Los terroristas siguen utilizando sobre todo bombas y pistolas, igual que hace más de un siglo, pero entre ellos hay también quienes intentan hacerse con armas no convencionales. Mientras todavía existe un terrorismo que afecta sobre todo a las autoridades y los ciudadanos de un único país, otras de sus expresiones atraviesan fronteras y hasta inciden sobre la estabilidad de regiones enteras del mundo. Finalmente, ese terrorismo que ha cruzado fronteras y ha sido el precursor del terrorismo internacional ha dado paso a un terrorismo verdaderamente global. Pero empecemos por el principio. ¿En qué consiste ese fenómeno que elude demarcaciones estatales y adquiere dimensiones planetarias? ¿A qué llamamos terrorismo?

Hablar de terrorismo es hablar de violencia. Pero no de cualquier violencia. Ante todo, podemos considerar terrorista un acto de violencia cuando el impacto psíquico que provoca en una determinada sociedad o en algún sector de la misma sobrepasa con creces sus consecuencias puramente materiales. Es decir, cuando las reacciones emocionales de ansiedad o miedo que el acto violento suscita en el seno de una población dada resultan desproporcionadas respecto al daño físico ocasionado de manera intencionada a personas o a cosas. Aunque se trate de una violencia cuyo alcance y magnitud sean menores que otras violencias posibles, quienes instigan o ejecutan el terrorismo pretenden, inoculando temor, condicionar las actitudes y los comportamientos de la población, precisamente mediante esos estados mentales generalizados que esta violencia ocasiona.

Para que la violencia terrorista consiga tales efectos suele perpetrarse de manera sistemática y a la vez imprevisible. Por lo común, va dirigida contra blancos que tienen alguna relevancia simbólica en sus correspondientes entornos culturales o marcos institucionales las víctimas de dicha violencia se producen con mayor o menor grado de indiscriminación, pero el terrorismo es un fenómeno intrínsecamente indiscriminado. No en vano, los blancos suelen ser de oportunidad, objetivos vulnerables y en situación de relativa indefensión. El menoscabo o la destrucción de esos blancos, la muerte o mutilación de las víctimas, se utilizan para transmitir mensajes y dotar de credibilidad a amenazas, lo que convierte al terrorismo en un virulento método, tanto de comunicación y propaganda, como de control social. Precisamente esta lógica lo distingue de otras formas de violencia que se llevan a cabo tratando de eludir cualquier publicidad, como es el caso de la delincuencia común o del crimen organizado con fines lucrativos.

Así, el terrorismo lo pueden practicar individuos aislados o, lo que es mucho más frecuente, actores colectivos; en uno y otro supuesto, con una amplia variedad de propósitos. En algunos casos, se emplea con la intención declarada de proteger mercados ilegales, como ha ocurrido con la mafia italiana o los narcotraficantes colombianos. Incluso hay quienes han recurrido a semejante violencia para, según alegan, protestar contra el deterioro del medio ambiente o el maltrato hacia los animales. En propiedad, cabe calificar un terrorismo como político cuando es un procedimiento mediante el cual se intenta alterar la estructura y la distribución del poder, o bien incidir sobre los procesos de cohesión e integración social en el seno de una población dada. Esta población puede corresponder a la de alguna demarcación nacional concreta o estar definida por criterios que trascienden fronteras estatales.

El terrorismo adopta una orientación insurgente si aspira a modificar las relaciones de poder o el orden social existentes, mientras que se trata de una violencia de cariz vigilante cuando tiene como objetivo preservar determinado sistema de

dominación o una particular configuración de la sociedad. De igual modo, es posible distinguir entre el uso táctico o auxiliar del terrorismo, por un lado, y su utilización con carácter estratégico o preferente, por el otro. Dejando aparte los múltiples antecedentes históricos del terrorismo —que nos remontarían a la Antigüedad—, en su versión contemporánea dicha violencia se ha practicado y se practica, tanto táctica como estratégicamente, en el contexto de disputas circunscritas a determinadas jurisdicciones estatales, al igual que en la esfera más amplia de las relaciones internacionales.

Con frecuencia, por ejemplo, los ejércitos regulares han recurrido tácticamente al terrorismo en el curso de conflagraciones bélicas entre países. Así cabe calificar a las operaciones militares concebidas, no tanto en virtud de su eficacia logística para privar de efectivos materiales y humanos a las tropas enemigas, como por su impacto psíquico sobre las élites políticas del adversario o sobre su población civil. Al margen de esas guerras declaradas, no pocos gobiernos —y no siempre dictatoriales— han tratado asimismo de fomentar sus propios intereses en el cambiante escenario geopolítico mundial mediante un uso auxiliar de dicha violencia, generalmente a través de agentes comisionados o de grupos armados ya existentes. Tanto en el escenario internacional como en el marco de la política interna, el terrorismo practicado mediante resortes estatales ha alcanzado cotas de destrucción y crueldad que ningún grupo terrorista moderno ha igualado.

En el ámbito propiamente estatal, la violencia terrorista se encuentra entre los métodos utilizados de manera más o menos sostenida, con el fin de establecer o perpetuar un cierto orden político, por parte de autoridades no habituadas ni dispuestas a rendir cuentas ante los gobernados. En particular, el terror estatal es un rasgo típico y hasta esencial de regímenes totalitarios como el nazismo alemán o el estalinismo soviético. La esencia del totalitarismo es precisamente el terror. En un sentido contrario, el terrorismo, practicado como método auxiliar junto a otro tipo de actividades violentas y no violentas, es fácilmente observable en

el curso de campañas tanto reaccionarias como revolucionarias. Desde finales del siglo XIX hasta hoy, numerosos partidos políticos, movimientos nacionalistas o populistas, así como grupos guerrilleros de variada condición, han recurrido al uso táctico de la violencia terrorista como parte de distintos procesos insurreccionales.

Sin embargo, uno de los rasgos más destacados del fenómeno terrorista, tal como se ha practicado en el seno de las sociedades industriales avanzadas a lo largo de las últimas cuatro décadas, consiste en el hecho de que una serie de organizaciones inmersas en la contienda por el poder lo llegaron a convertir en el método preferente de sus respectivos repertorios de acción colectiva. De hecho, en la medida en que la práctica sistemática y sostenida del terrorismo ocupa un lugar predominante en el repertorio de acción colectiva propio de un grupo más o menos estructurado — de modo que el resto de sus actividades se polarizan en torno a las acciones armadas—, estamos ante una organización terrorista. Entre las más tristemente célebres y duraderas se encuentran, por ejemplo, el IRA (Irish Republican Army o Ejército Republicano Irlandés), ETA (Euskadi ta Askatasuna o Euskadi y Libertad) o las Brigate Rosse (Brigadas Rojas).

Debido a la naturaleza ilegal de sus actividades y al alto riesgo que comportan para quienes se implican en ellas, las organizaciones terroristas se desenvuelven por lo común en la clandestinidad. A su vez, ilegalidad y clandestinidad explican el tamaño habitualmente reducido de esas organizaciones terroristas bien conocidas desde hace tiempo en algunos países con elevados niveles de desarrollo socioeconómico. De hecho, raramente exceden de las varias docenas o, como mucho, algunos centenares de miembros; aunque hayan llegado a beneficiarse, en algunos casos, de una significativa aceptación social o aquiescencia pasiva en su población de referencia, aquélla cuyas pretendidas demandas colectivas aseguran estar promoviendo.

Delimitar el terrorismo de acuerdo con los criterios aludidos y definir el concepto de organización terrorista en estos términos excluye consideraciones de índole normativa o evaluadora, que

distorsionan una identificación razonablemente objetiva de dicho fenómeno. No en vano, el énfasis reside en la naturaleza de los procedimientos —a menudo reconocidos como terroristas por los que han hecho uso de ellos—, en lugar de aludir a la moralidad de las actividades emprendidas por las organizaciones terroristas, a sus orientaciones ideológicas, al tipo de régimen político bajo el cual se practica dicha violencia o al monto siempre relativo de apoyo popular que puedan movilizar. Importa subrayar a este respecto que el terrorismo supone siempre un extremismo de los medios, pero no necesariamente de los fines.

Pues bien, el terrorismo no sólo surge y se desarrolla dentro de determinados confines estatales, aunque haya contextos sociales, económicos, culturales y políticos más vulnerables que otros. Es un fenómeno que desde su irrupción contemporánea, a finales de los sesenta, atraviesa fronteras. Y es que las organizaciones terroristas aprendieron bien pronto a sacar provecho de los diferentes ordenamientos jurídicos —o de las variadas percepciones que en cada caso tiene la opinión pública— existentes en distintos países. A veces éstos son contiguos entre sí e incluso pertenecen a regímenes políticos análogos; otras veces, están más alejados y se corresponden con formas de gobierno muy diferentes. Por esta razón, las organizaciones terroristas han tendido a movilizar recursos materiales y humanos en lugares ajenos, en principio, a aquellos donde se encuentra su población de referencia, tratando de reubicarse total o parcialmente, por periodos de tiempo breves o prolongados, según conviniera.

En unos casos, esa reubicación a un emplazamiento foráneo y más favorable tiene por objeto disfrutar de mayores facilidades para cometer atentados dentro de los territorios sobre los cuales tienen jurisdicción las autoridades destinatarias en última instancia de las reivindicaciones terroristas; o bien allí donde residen mayoritariamente las gentes cuyas actitudes y comportamientos desean condicionar los terroristas. Otras veces, éstos se desplazan al extranjero para poder perpetrar más fácilmente actos de violencia contra personas e intereses

asociados al país o a países cuyos gobernantes y habitantes han sido declarados enemigos. Sea como fuere, uno y otro supuesto denotan la progresiva transnacionalización del fenómeno terrorista.

El primero de esos supuestos, el referido a las organizaciones terroristas establecidas total o parcialmente en un país distinto del elegido para desarrollar prioritariamente sus actividades, coincide con la dilatada experiencia de ETA en suelo francés, donde dicha banda armada dispuso de un auténtico santuario hasta bien avanzada la consolidación de la democracia española. En otro sentido, el IRA recibía regularmente fondos recogidos entre ciudadanos estadounidenses de ascendencia irlandesa que difícilmente hubieran aceptado prácticas terroristas en su propia nación pero contribuyeron mediante donaciones pecuniarias a que se desarrollaran en otro sitio. Dos buenos ejemplos que ponen de manifiesto cómo puede llegar a transnacionalizarse una actividad terrorista incluso entre regímenes políticos similares en su funcionamiento y coincidentes en los intereses geoestratégicos que proclaman defender sus respectivos gobernantes.

Desde luego, no siempre ocurre así; y en otras ocasiones la movilidad de las organizaciones terroristas a través de las fronteras estatales se produce entre países caracterizados por estructuras políticas bien distintas. Así, las continuadas actividades de la RAF (Rotee Armee Fraktion o Fracción del Ejército Rojo) en territorio germano occidental durante la década de los setenta y primeros años ochenta difícilmente habrían prosperado sin las facilidades de aprovisionamiento y refugio ofrecidas por los dirigentes comunistas de la extinta República Democrática Alemana a esa organización terrorista de extrema izquierda. Más recientemente, los militantes del PKK (Patiya Karkeren Kurdistan o Partido de los Trabajadores Kurdos), conocido por perpetrar numerosas acciones terroristas en su originario suelo turco y algunas otras en ciudades alemanas, disfrutaron paradójicamente de santuario en territorio iraquí, pese al tratamiento discriminatorio y represivo de Sadam Husein a la minoría kurda existente en el norte de Irak.

Por su parte, el segundo de los supuestos de transnacionalización antes aludidos, que se refiere a un desplazamiento de las organizaciones terroristas a otras jurisdicciones estatales distintas de las de su procedencia, para desarrollar allí acciones violentas, corresponde a la actividad desplegada por diversos grupos palestinos y armenios, entre otros. Así, por ejemplo, mientras el reconocimiento internacional de la llamada causa palestina era un objetivo prioritario para sus promotores, éstos ya no confiaban en la capacidad militar de las naciones árabes para hacer avanzar sus intereses sabían de las dificultades que presentaba la práctica del terrorismo en el interior de Israel, por lo que a partir de finales de los setenta se produjo una reubicación del mismo. Inicialmente, esta reubicación corrió a cargo del FPLP (Frente Popular para la Liberación de Palestina), que desarrolló sus actividades violentas en distintos países europeos. Algo semejante ocurrió con ASALA (Armenian Secret Army for the Liberation of Armenia, Ejército Secreto Armenio para la Liberación de Armenia), grupo especialmente activo durante esos años en más de una docena de países del mundo occidental, donde dispuso de cierta infraestructura.

De otro lado, los ligámenes entre organizaciones terroristas de idearios u objetivos afines, a menudo plasmados en colaboraciones que facilitan la adquisición de armamento o la obtención de refugio, favorecen que se extienda el recurso a dicha forma de violencia, sobre todo en territorios contiguos o relativamente próximos. Numerosos miembros de organizaciones terroristas surgidas en las sociedades industriales avanzadas se adiestraron en campos de entrenamiento regentados por grupos armados palestinos de ideario secular en distintos emplazamientos de Oriente Próximo. Así, militantes de formaciones clandestinas como el Rengo Sekigun (Ejército Rojo Unido) japonés tomarían parte después —cooperando con sus otrora anfitriones, como el ya mencionado FPLP— en atentados contra intereses y objetivos israelíes en distintos lugares del mundo. Del mismo modo, quienes a lo largo de las cuatro últimas

décadas han practicado el terrorismo de signo nazi o fascista se beneficiaron de una tupida red subversiva extendida por numerosos países europeos y americanos.

Son igualmente patentes los lazos establecidos entre movimientos de cariz nacionalista, como las facciones de ETA, el IRA, el FLB (Front de Libération de la Bretagne o Frente de Liberación de Bretaña) o el FLNC (Fronte di Liberazione Nazionale di a Corsica o Frente Liberación Nacional de Córcega). A mediados de los ochenta, organizaciones terroristas de extrema izquierda como las ya mencionadas Brigadas Rojas italianas y la RAF (Rotee Arme Fraktion) alemana llevaron a cabo una campaña común contra instalaciones de la Alianza Atlántica, en lo que entonces vino a denominarse euroterrorismo, junto a grupos como el francés AD (Action Directe o Acción Directa), el belga CCC (Cellules Communistes Combat tantes o Células Comunistas Combatientes), el portugués FP25 (Forras Populares de 25 Abril o Fuerzas Populares del 25 de Abril), el griego EO17N (Epanastatiki Organosi 17 Noemuri u Organización Revolucionaria 17 de Noviembre) y el español GRAPO (Grupos de Resistencia Antifascista Primero de Octubre).

Una última expresión del terrorismo transnacionalizado consiste en la práctica estatal de dicha violencia, habitualmente mediante el concurso de los servicios secretos o agencias especializadas dentro de las fuerzas armadas, contra miembros de la oposición política establecidos en otros países, con el objetivo de inocular el miedo en sectores contestatarios. En la segunda mitad de los setenta, los mandatarios de las brutales dictaduras que por entonces imperaban en el Cono Sur latinoamericano se coordinaron con tales propósitos en la llamada Operación Cóndor. Agentes del Gobierno libio han asesinado durante las últimas décadas a numerosos exiliados políticos de su misma nacionalidad residentes en países europeos y norteamericanos. En abril de 1997, el Tribunal Superior de Justicia de Berlín condenó al Gobierno iraní por su responsabilidad en el atentado

perpetrado cinco años antes en un restaurante de dicha ciudad alemana, que costó la vida a varios disidentes de origen kurdo.

En otro sentido, abundan las pruebas de la existencia de vínculos entre el terrorismo transnacionalizado y otras formas de delincuencia organizada, como el narcotráfico. En concreto, la creciente asociación entre terroristas y narcotraficantes se debe, básicamente, a tres circunstancias: en primer lugar, las similitudes existentes entre el terrorismo y otras formas de delincuencia organizada han facilitado su mutua conexión, a pesar de que persiguen objetivos finales aparentemente distintos y hasta dispares. Ambos ámbitos disponen de entramados organizativos clandestinos y centralizados, que pueden complementarse en la realización de algunas funciones para las cuales hayan adquirido habilidades específicas. Comportan también la práctica habitual de métodos intimidatorios para mantener la disciplina interna entre sus miembros. En uno y otro caso, las autoridades gubernamentales suelen constituir el principal adversario al que hacer frente, especialmente cuando las actividades delictivas se llevan a cabo en el marco de regímenes democráticos consolidados.

En segundo lugar, el comercio ilegal de sustancias estupefacientes es susceptible de proporcionar a las organizaciones terroristas fondos cuantiosos, inmediatos y necesarios para la ejecución sostenida de campañas violentas, así como para el mantenimiento de estructuras clandestinas. Diferentes grupos terroristas palestinos establecidos en territorio libanés hacia mediados de los setenta utilizaron durante años, como fuente de ingresos económicos para poder perpetrar atentados en Oriente Próximo y Europa Occidental, la exportación del hachís cultivado en el valle de la Beka'a. En la segunda mitad de los ochenta, el IRA introdujo marihuana en Estados Unidos para financiar la adquisición de armas de fabricación estadounidense y hasta se asoció temporalmente con la mafia de Detroit a fin de embarcar cocaína boliviana con destino al Reino Unido. Además, en tercer lugar, la estructura del mercado negro internacional de armas tiende a impedir

transacciones que no descansen sobre las mismas infraestructuras logísticas, informativas y financieras utilizadas para el comercio ilegal de drogas.

En conjunto, la transnacionalización del terrorismo ha facilitado su patrocinio estatal para incidir sobre la estabilidad de otros países o sobre el modo en que se ordenan regiones enteras del planeta. Se trata ahora de lo que en términos generales cabe denominar como terrorismo internacional. En ocasiones, unos gobiernos han encomendado la ejecución encubierta de dicha violencia a sus propios funcionarios, para poder ejercer sobre aquellos una supervisión más estrecha. Otros deciden prestar asistencia material a grupos armados ya existentes, manteniendo en la mayor confidencialidad posible esa relación para, si se vieran obligados a ello, negar cualquier responsabilidad en el terrorismo internacional. De hecho, su uso como instrumento de política exterior depende de que se considere o no contraproducente, pero también de los intereses geoestratégicos del país implicado, de los recursos disponibles para ello y de la respuesta adoptada por otras naciones.

Sin embargo, este terrorismo internacional se ha modificado con el cambio de milenio. Sus promotores no son ya únicamente algunos gobiernos. Incluso se lleva a cabo con el fin de modificar la distribución del poder a escala mundial. Tanto sus dimensiones organizativas como la violencia que depara resultan inusitadas. Así las cosas, cabe preguntarse si se trata de una mera recomposición del terrorismo internacional o es posible hablar de un terrorismo propiamente global. Veámoslo.

2 ¿INTERNACIONAL O GLOBAL?

El 23 de febrero de 1998, tres años y casi siete meses antes de que tuviesen lugar los atentados del 11 de septiembre, se constituyó formalmente la red de terrorismo internacional cuya violencia ha marcado decisivamente el cambio de milenio. Los dirigentes y enviados de los grupos musulmanes radicales que entonces decidieron el establecimiento de una alianza entre ellos provenían de numerosos países árabes y asiáticos. Acordaron denominar a esa alianza Frente Islámico Mundial para la yihad contra Judíos y Cruzados. Su mentor era Osa ma Bin Laden, un varón de origen saudí y con educación universitaria, hijo de un magnate de la construcción, quien apenas superaba entonces los cuarenta años y era ya líder carismático de Al Qaeda (literalmente, «La Base»).

Al Qaeda fue creada hacia finales de los ochenta, tras la experiencia que sus fundadores habían acumulado durante casi un decenio en el reclutamiento, adoctrinamiento y entrenamiento de decenas de miles de jóvenes musulmanes llegados voluntariamente de todo el mundo árabe y aun de comunidades asentadas fuera del mismo, para combatir la invasión soviética de Afganistán. Dicha organización armada se consolidó inicialmente gracias al santuario que le concedieron en suelo sudanés las autoridades del Frente Islámico Nacional, que para entonces se habían hecho con el Gobierno de ese país; y más tarde, a partir de mediados los años noventa, beneficiándose del privilegiado acomodo que obtuvo en su retorno al territorio afgano bajo el emergente dominio de los talibán. A la definitiva instauración de este régimen teocrático contribuyeron tanto los miembros de Al Qaeda —que se enfrentaron a los adversarios de las nuevas autoridades mediante una brigada especialmente constituida a tal efecto y gracias a la infraestructura de que todavía disponían en

el país— como el propio Osama Bin Laden en persona haciendo uso de sus recursos financieros privados.

Para entonces, Al Qaeda llevaba ya algunos años implicada en campañas de terrorismo contra gobernantes musulmanes acusados de no conducirse según los estrictos principios de la ley islámica, así como contra objetivos occidentales, en especial estadounidenses. De hecho, la mencionada alianza entre grupos y movimientos islamistas de distintos lugares del mundo, que vino a configurar la nueva red del terrorismo internacional, fue presentada en un primer momento como si de una coalición esencialmente antiestadounidense se tratara. Una coalición destinada a movilizar masas de musulmanes contra los estadounidenses que, desde los prolegómenos de la llamada guerra del Golfo, mantenían una continuada presencia militar en la península arábiga y el entorno inmediato de los lugares considerados como más sagrados para los devotos del islam.

Sin embargo, una fatwa o edicto del propio Osama Bin Laden emitida en agosto de 1996 dejaba bien clara la extensión de los objetivos y la amplitud de los potenciales blancos de una violencia inspirada en el fundamentalismo islámico y entendida como una obligación religiosa. Una violencia no sólo dirigida contra los estadounidenses y que, pese a las aparentes limitaciones en su extensión, terminaría por alcanzar proporciones inusitadas:

La orden de matar a los estadounidenses sus aliados, civiles o militares, es una obligación individual para todo musulmán, que puede hacerlo en cualquier país donde le sea posible, a fin de liberar la mezquita de al-Aqsa y la mezquita santa de sus garras, y para que sus ejércitos salgan de todas las tierras del islam, derrotados e incapaces de amenazar a ningún musulmán.

No hay duda de que las autoridades de Sudán, Irán, Irak y Afganistán, además de una veintena de grupos y movimientos extremistas islámicos de distinta procedencia contribuyeron activamente a que se forjara esa extraordinaria red terrorista transnacional. Esta combinación dispar de entidades estatales y actores no estatales permitió que Al Qaeda adquiriera verdadero

alcance mundial; e incluso le facilitaba un excelente acceso a las comunidades musulmanas de inmigrantes asentadas en numerosos países occidentales desarrollados, donde la organización ha desplegado y despliega intensas campañas de proselitismo. Todo ello unido a los avances en tecnología de las comunicaciones, propició la configuración de un auténtico terrorismo global.

Así es como, años después de que concluyera la guerra fría, el terrorismo internacional se había convertido en algo más, en un terrorismo global. Sus instigadores y ejecutores, los propósitos a que apelan para practicar esa violencia y las principales características de las víctimas ocasionadas, el modo en que se estructura la nueva red terrorista a través de las fronteras nacionales y sus escenarios más habituales han cambiado sustancialmente. Pero ¿en qué difiere este terrorismo global surgido en la década de los noventa del terrorismo internacional conocido desde finales de los sesenta hasta entonces? ¿Qué ocurrió en los últimos dos decenios de la guerra fría? ¿Cómo era antes el terrorismo internacional? ¿En qué medida puede afirmarse que estamos ante un nuevo terrorismo?

Durante el periodo de la guerra fría, el terrorismo internacional fue un sustitutivo de la guerra. Se gestó en los años sesenta y alcanzó sus mayores cotas durante la siguiente década, en el marco de la división de Europa y, por extensión, del mundo en dos grandes bloques militares. En este escenario, las hostilidades manifiestas entre dos superpotencias, los Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, se encontraban limitadas por la disuasión o capacidad de mutua destrucción asegurada. Por eso se canalizaron hacia la promoción de estrategias persuasivas y de técnicas subversivas. Estas últimas tenían como objetivo patrocinar a determinados partidos o grupos para generar inestabilidad política e incluso provocar cambios en la política interna de un determinado país, lo que a su vez podía incidir sobre el orden internacional. En las sociedades industriales avanzadas, el terrorismo practicado por pequeñas

organizaciones clandestinas fue un vehículo privilegiado para provocar problemas de gobernabilidad.

La evidencia acumulada señala al desaparecido totalitarismo soviético como origen del respaldo político y material recibido directa o indirectamente por numerosas organizaciones terroristas, activas especialmente en Europa occidental durante los años setenta y ochenta. El colapso de los regímenes comunistas ha permitido conocer, por ejemplo, que a lo largo de esas décadas existió una trama de acogida, formación y aprovisionamiento de grupos armados clandestinos alemanes, japoneses, palestinos y armenios, entre otros, gestionada por departamentos especiales de los servicios secretos soviético y germano-oriental. Una trama en la que también estaban implicadas las autoridades comunistas checoslovacas, húngaras y rumanas, así como algunos dirigentes radicales del mundo árabe.

Vaclav Havel, primer presidente electo de Checoslovaquia tras la quiebra del régimen comunista, pidió excusas públicas a las naciones occidentales poco después de asumir el cargo en 1990. Lo hizo tras constatar que su país, ahora escindido pacíficamente en dos, no sólo dispuso de campos de entrenamiento, supervisados por el servicio secreto soviético, en los que recibieron instrucción militantes de numerosas organizaciones terroristas, sino que también había facilitado en el pasado centenares de kilogramos de semtex, un famoso explosivo difícilmente detectable, a distintos grupos extremistas y a otros gobiernos dictatoriales como el libio. Se trata precisamente del explosivo utilizado para hacer estallar la aeronave Boeing 747 de la compañía Pan Am cuando el 21 de diciembre de 1988 sobrevolaba, en ruta transatlántica, la localidad escocesa de Lockerbie. Un agente libio fue condenado por un tribunal británico por haber introducido la bomba en el avión siniestrado.

También en julio de 1990, el entonces máximo responsable de los asuntos de Interior en la hoy extinta República Democrática Alemana, Peter Diestel, aseguró ante la prensa internacional que el aparato estatal de seguridad establecido por las autoridades comunistas precedentes, la temida Stasi, mantuvo relaciones con

casi todos los grupos terroristas activos en Europa Occidental y Oriente Próximo, incluidos el IRA y ETA. Estas declaraciones se produjeron poco después de que la policía germano-oriental detuviera en diversas ciudades bajo su jurisdicción a antiguos miembros de la RAE. Se descubrió entonces que los antiguos gobiernos comunistas habían proporcionado acogida, recursos y nuevas identidades a militantes de dicha organización terrorista alemana, especialmente activa durante los años setenta y ochenta.

Libia, más concretamente el régimen que lidera desde 1969 Muammar el Gaddafi, estuvo involucrada durante los años setenta y ochenta en la utilización del terrorismo internacional como instrumento de política exterior; a veces auspiciando a organizaciones de extrema derecha, y otras, a grupos separatistas. En la primera mitad de la década de los años setenta, las autoridades libias se sirvieron de antiguos nazis, a los que una común animadversión hacia los judíos había permitido encontrar asilo en algunos países árabes, para desplegar una trama europea de terrorismo neofascista. Al tiempo, en marzo de 1973, la marina irlandesa interceptó en la bahía de Waterford un buque mercante que transportaba cinco toneladas de armas, cargadas en Trípoli y con destino al IRA, como admitiría luego uno de los fundadores de dicha organización terrorista. No menos relevante fue por entonces la implicación en la nebulosa del terrorismo internacional de otros países árabes como Argelia, Irak, Siria y, sobre todo, Irán, especialmente a través de grupos con componentes armados como Hezbolá, la Yihad Islámica y Hamás.

En esta trama del terrorismo internacional ejerció como intermediario Ilich Ramírez Sánchez. Conocido por el sobrenombre de Carlos, este venezolano de extracción social acomodada tuvo como padre a un ferviente leninista y estudió en la Universidad Patricio Lumumba de Moscú. Documentos del Comité para la Seguridad del Estado de la antigua Unión Soviética, obtenidos en los archivos hasta hace poco restringidos de la extinta policía política germano-oriental, revelan que Carlos actuó frecuentemente como agente de enlace entre las

autoridades comunistas o los gobiernos árabes allegados que patrocinaban el terrorismo internacional y grupos terroristas de origen palestino, germano-occidental o japonés. También mantuvo relaciones con ETA. Desde 1975 habitaba en Argel y luego alternaría residencias en Budapest, Bucarest y Sofía, hasta que en 1985 se refugió temporalmente en Damasco.

Privado de sus valedores, en 1994 Carlos fue detenido por la policía sudanesa en Jartum — donde se había recluso discretamente— y entregado a las autoridades francesas, que lo reclamaban debido a varias causas judiciales pendientes. Actualmente está encarcelado en París. Las actividades de este gestor del terrorismo internacional corrieron en cierto modo parejas a las llevadas a cabo por el palestino Sabri al Banna, apodado Abu Nidal. Este ejerció como máximo responsable de buena parte del terrorismo árabe secular y nacionalista que adquirió una faceta transnacional durante los años setenta y ochenta, en una línea diferente a la que avalaron los dirigentes de la resistencia palestina tenidos por más realistas y moderados. Abu Nidal se suicidó en agosto de 2002 a los sesenta y cinco años de edad, en circunstancias nunca aclaradas del todo, en su casa de Bagdad, cuando iba a ser detenido por los servicios secretos iraquíes que durante años lo habían apadrinado, pese a que su grupo estaba prácticamente disuelto.

Todo esto no implica pasar por alto la eventual implicación de algunos países occidentales en el patrocinio estatal del terrorismo internacional. Se ha insistido, por ejemplo, en las responsabilidades atribuibles a gobiernos como el estadounidense o el israelí, entre otros. Es sabido que las fuerzas atinadas israelíes cuentan con una unidad especial dedicada a atentar contra supuestos miembros y dirigentes de organizaciones terroristas palestinas. También que en algunas de las incursiones protagonizadas por cazas israelíes sobre suelo libanés durante los años setenta y ochenta, o en el curso de sus reiteradas operaciones militares en los territorios ocupados de Cisjordania y Gaza desde la década de los noventa, Israel se ha conducido de una manera desproporcionada e indiscriminada, haciendo en la

práctica un uso táctico del terrorismo estatal con el paradójico fin alegado de responder a los embates de un terrorismo palestino que fue durante mucho tiempo predominantemente nacionalista, pero que en la actualidad obedece sobre todo al fundamentalismo islámico.

Hay numerosos indicios que relacionan a Estados Unidos, a través de sus agencias de inteligencia o sus fuerzas armadas, con los escuadrones de la muerte, cuyo terrorismo vigilante se practicó en varios países latinoamericanos, especialmente durante los años setenta y ochenta. También con operaciones encubiertas desarrolladas en distintas naciones africanas y asiáticas durante ese periodo. Existen además, pruebas relativas a la venta ilegal, mediados los años ochenta, de diverso armamento a las autoridades iraníes por parte del Gobierno estadounidense, cuando aquéllas se encontraban entre las que éste acusaba oficialmente de patrocinar el terrorismo internacional. El dinero obtenido de esta operación se usó para financiar a los guerrilleros que combatieron en su momento al régimen sandinista nicaragüense.

Además, hay suficientes datos que relacionan a los servicios secretos estadounidenses con el terrorismo italiano de signo reaccionario y procedente de la extrema derecha, buena parte de cuyos fundamentos correspondían a la estructura soterrada de subversión interna conocida como red gladio. Ésta quedó establecida a finales de los años cuarenta en distintos países europeos, a iniciativa del Gobierno estadounidense, para hacer frente a una posible ocupación soviética. Décadas después, sobre todo a finales de los sesenta y durante el decenio de los setenta, dicha estructura se activaría en el marco de una conspiración en la que participaron distintos núcleos de orientación neofascista, con la intención de evitar la entrada de los comunistas italianos en eventuales gobiernos de coalición. Sudáfrica fue asimismo, en el otro hemisferio, el origen de sustanciosas remesas de armamento enviadas a los paramilitares lealistas del Ulster en la segunda mitad de los ochenta.

En cualquier caso, ¿qué hizo de Europa occidental el escenario preferente del terrorismo internacional durante las últimas dos décadas de la guerra fría? En primer lugar, un espacio con extraordinarias facilidades para el transporte y fronteras de relativo libre tránsito próximo o contiguo a regiones de intensa conflictividad y países promotores de la violencia transnacional. En segundo término, la gran concentración de objetivos potenciales, incluyendo importantes centros de la actividad diplomática, económica y militar. Tercero, una densidad de medios de comunicación masiva capaces de retransmitir amplia y simultáneamente cualquier acción violenta de envergadura. En cuarto lugar, un excelente acceso a los mercados legales o clandestinos de armamento. Un quinto elemento, no menos relevante, es la presencia de comunidades inmigrantes segregadas, en las que hallaron apoyo logístico y cobertura algunas organizaciones terroristas. Por último, países como Francia facilitaron a éstas sus actividades al adoptar hasta bien avanzados los años ochenta la doctrina del santuario. Es decir, ofrecer refugio y asilo a terroristas a cambio de eludir su violencia.

Desde el final de la guerra fría, a modo de contraste, las actividades del terrorismo internacional se han extendido hacia otras zonas del mundo, desde Argentina hasta Filipinas, desde Estados Unidos hasta Kenia. La frecuencia e intensidad de los atentados terroristas se ha incrementado muy significativamente en el sureste asiático. En buena medida, esta extensión geográfica del terrorismo internacional obedece a la difusión e intensificación de factores en su día circunscritos a las sociedades más desarrolladas y que facilitan la movilidad de personas entre países lejanos unos de otros, así como a los más recientes avances tecnológicos aplicados a la comunicación y al flujo de capitales. Obedece, en suma, al proceso de interconexión e interdependencia que denominamos globalización y que amplia extraordinariamente el número de sociedades actualmente vulnerables al terrorismo internacional.

Pero la globalización del terrorismo internacional no se refiere únicamente al hecho de que semejante fenómeno se manifieste en la actualidad a lo largo y ancho del planeta. Como consecuencia de la llamada sociedad de la información, esa violencia transnacionalizada tiende a adoptar una estructura horizontal en redes, con un contingente de activistas más bien difuso; una configuración distinta de lo habitual entre las organizaciones verticales rígidamente jerarquizadas que hemos conocido desde la década de los sesenta —algunas de las cuales todavía persisten—, donde los criterios que distinguen a quienes están dentro o fuera del entramado clandestino se encuentran mucho más demarcados. Internet se convierte así, para el nuevo terrorismo internacional, en el medio que facilita tareas fundamentales como las de proselitismo y reclutamiento, almacenamiento y tratamiento de datos, o incluso la gestión de los recursos financieros disponibles. También, junto con la telefonía móvil, es un medio que permite un contacto estable entre los distintos componentes de la organización, sin importar la distancia que pueda haber entre ellos.

Otra de las características más sobresalientes observadas en el terrorismo internacional desde el inicio de los noventa, radica en que los individuos y colectivos a quienes se atribuye la mayor parte de los atentados ocurridos aducen estar actuando de acuerdo con un imperativo religioso, más concretamente con normas extraídas de una concepción integrista del credo islámico. Tanto la definición de los objetivos últimos que se persiguen como la propia concepción del tiempo necesario para alcanzarlo constituyen una novedad. Con el fin de la guerra fría han perdido centralidad las expresiones de terrorismo que apelan a planteamientos tradicionalmente relacionados con la extrema izquierda, aunque el extremismo de derecha no haya perdido tanto vigor. Incluso en la evolución de numerosos conflictos de etiología etnonacionalista, sobre todo pero no exclusivamente localizados en el ámbito del desaparecido imperio soviético, se aprecia una deriva terrorista asociada a la redefinición de los

mismos en clave religiosa, quizá debida más a influencias externas que a la dinámica inherente a tales antagonismos.

De hecho, si al iniciarse la década de los ochenta apenas el tres por ciento de los grupos armados a los que se atribuían atentados de terrorismo internacional estaban constituidos por musulmanes integristas, en la primera mitad de los años noventa suponían ya al menos un tercio del total; y el fundamentalismo islámico ha inspirado luego a los promotores de la actual red del terrorismo global. Algo más adelante se argumentará que este cambio en los supuestos doctrinales del terrorismo es el causante de algunas innovaciones en la ejecución de dicha violencia así como de alteraciones en las pautas de victimización propias del fenómeno, incluida su creciente letalidad. Innovaciones y alteraciones claramente perceptibles si las comparamos con el modo en que tanto el terrorismo en general como el terrorismo internacional en particular se manifestaron durante las dos décadas previas al fin de la guerra fría.

Ahora bien, la mayor novedad registrada en el terrorismo internacional, que combina precisamente los efectos de la globalización sobre ese fenómeno y la influencia del hecho religioso en su versión integrista, radica en la formación y el desarrollo de Al Qaeda. De un lado, se trata de una compleja y aparentemente sofisticada red terrorista que ha alcanzado dimensiones mundiales y subsiste sin depender de patrocinadores estatales, aunque entre algunas autoridades del mundo árabe disfrute de afinidades convertibles en apoyos más o menos evidentes. De otro, tanto sus fundadores como quienes pertenecen o están asociados a dicha red del terrorismo global son extremistas musulmanes decididos en última instancia a lograr que la nación del islam, como expresamente la definen, se unifique en una única entidad política gobernada según preceptos de fe tenidos por inmutables y sagrados.

Que el terrorismo internacional de nuestros días no dependa necesariamente de patrocinio estatal alguno pone de manifiesto otro de sus rasgos distintivos. Se trata de un terrorismo internacional privatizado. Más aún, el promotor por excelencia de

Al Qaeda y sus seguidores fueron incluso capaces de ejercer el dominio sobre las autoridades afganas durante el régimen talibán. Contribuyeron decisivamente a consolidar las estructuras estatales sobre las cuales pudo erigirse esa brutal teocracia mediante aportaciones económicas del propio Osama Bin Laden y el apoyo activo de los fanáticos armados que consideran al multimillonario saudí su líder incontestable. Pues bien, ese terrorismo internacional privatizado se ha tornado en terrorismo global y tiene entre sus indicadores más asombrosos al megaterrorismo. Tal y como se manifestó aquel 11 de septiembre.

3 AQUEL 11 DE SEPTIEMBRE

Los asombrosos atentados ocurridos el 11 de septiembre de 2001 en Nueva York y Washington constituyen verdaderos actos de megaterrorismo. Desde el final de los años sesenta, cuando empieza a adquirir notoriedad el propio terrorismo internacional, no se habían producido incidentes de una magnitud semejante. Pero aquel día, un grupo de diecinueve fundamentalistas islámicos originarios de distintos países árabes y decididos a inmolarsse consiguieron estrellar tres aviones comerciales previamente secuestrados contra edificios emblemáticos tanto de la economía como de la defensa estadounidense. Otro cuarto avión desviado fatalmente de su ruta se precipitó en unos campos de Pennsylvania sin alcanzar su objetivo, que se presume de la mayor significación política. Quizá el Capitolio o la propia Casa Blanca, aunque pudo haber sido una instalación nuclear situada no demasiado lejos de allí. Acaso la planta de Three Mile Island.

Aproximadamente tres mil personas —de al menos sesenta y ocho nacionalidades distintas, aunque en su mayoría estadounidenses— fallecieron como resultado de semejantes atrocidades. Los daños materiales fueron cuantiosísimos, especialmente en Manhattan, cuya estereotipada silueta perdió de súbito a las famosas Torres Gemelas. Su derrumbe sepultó bajo toneladas y toneladas de escombros a más de dos mil hombres y mujeres, mientras el pánico y la ansiedad cundían entre los habitantes de la metrópoli que con frecuencia se tiene por una de las más cosmopolitas del mundo, si no la más cosmopolita de todas ellas.

Para apreciar mejor el alcance de lo sucedido, conviene recordar que aquellos ataques del 11 de septiembre ocasionaron muchas más víctimas mortales entre ciudadanos estadounidenses que el conjunto de los episodios terroristas ocurridos en cualquier

lugar de la Tierra durante las tres décadas precedentes. Y eso a pesar de que precisamente esos ciudadanos y los intereses asociados a su país han venido siendo blanco preferente del terrorismo internacional. En total, el número de personas que perdieron la vida en apenas dos horas, tanto en el bien conocido complejo del World Trade Center como en las dependencias del Pentágono y el área rural donde fue a caer el último de los aviones secuestrados, multiplica por tres el de las víctimas de la organización terrorista ETA en los seis lustros de sus actividades violentas dentro de España. Sin embargo, comparando esas cifras con las que proporciona otro contexto próximo pero bien distinto, únicamente duplican al monto de fallecidos como resultado del terrorismo integrista islámico contabilizados a lo largo de 2002 en Argelia.

Hasta que tuvieron lugar los dramáticos hechos de Nueva York y Washington, ningún atentado terrorista considerado de forma aislada, como tampoco ninguna serie de atentados ejecutados de manera más o menos simultánea, había tenido unos efectos ni siquiera remotamente tan mortíferos. Los incidentes terroristas más cruentos acaecidos entre el comienzo de la década de los setenta y el final de los años noventa sólo excepcionalmente superaron las trescientas víctimas mortales y nunca llegaron a alcanzar las quinientas. En 1978, el incendio de un cine en la localidad iraní de Abadán, provocado por extremistas shiíes, causó la muerte a 440 espectadores. Siete años después, en 1985, el estallido asimismo intencionado de un avión de Air India que volaba entre Montreal y Londres, llevado a cabo por fanáticos sijs, hizo que perdieran la vida los 329 pasajeros y tripulantes de a bordo. En 1997, más de 410 personas murieron en una masacre perpetrada en la provincia argelina de Relizane y atribuida a miembros de los GIA (Groupes Islamiques Armés o Grupos Islámicos Armados).

Los atentados del 11 de septiembre, por su parte, no ofrecen necesariamente el primer ejemplo de megaterrorismo conocido a lo largo de nuestra historia contemporánea, aunque sí fueron los primeros incidentes de esas características urdidos por actores no

estatales. En concreto, muchos analistas estarían de acuerdo en que los lanzamientos de sendas bombas atómicas sobre las ciudades japonesas de Hiroshima y Nagasaki, en agosto de 1945, también pueden calificarse como acto de megaterrorismo. Tales hechos ocurrieron tres meses después de haberse rendido los nazis y, teniendo en cuenta que la decisión de proceder a ese ataque correspondió al entonces presidente estadounidense Harry S. Truman, antes de rubricarse la Declaración de Potsdam. En ese documento no se incluía advertencia explícita alguna sobre el uso de bombas atómicas: los Aliados se limitaban a exigir la rendición incondicional de las fuerzas armadas japonesas, estipulando los términos en que debía producirse. Más aún, el máximo mandatario estadounidense había sido informado por su entonces homólogo soviético, Josif Stalin, de que las autoridades japonesas estaban aproximándose para entablar negociaciones a través de diplomáticos rusos. Pero ocurre que las deflagraciones nucleares sobre aquellas dos ciudades densamente habitadas tenían como objetivo, no sólo obviar la necesidad de una invasión convencional en las postrimerías de la II Guerra Mundial, sino, antes bien, el de conseguir un impacto mundial que trascendiera incluso al derivado de sus extraordinarias consecuencias en términos de destrucción de asentamientos humanos y de muertes.

Según consta en sendos informes altamente secretos, posteriormente desclasificados y localizables en los Archivos Nacionales de Estados Unidos (M1109, expediente 5DG, atado 1 y RG 218, caja 222), los propios mandos del Ejército estadounidense implicados en la decisión de utilizar tales artefactos consideraban que el recurso inicial a los mismos debería ser lo «suficientemente espectacular» para que su importancia quedase reconocida internacionalmente. Es de suponer que para demostrar con ello al mundo el poderío de la nueva arma, dejar así constancia de sus implicaciones geopolíticas a largo plazo y permitir que en la posguerra Estados Unidos se erigiera como el único país con verdadero poderío planetario. Todo ello requería a su vez seleccionar blancos que

permitieran obtener «el mayor efecto psicológico contra Japón». Blancos que, por tanto, no fuesen propiamente militares. Un significativo documento elaborado a comienzos del año siguiente por el Estado Mayor Conjunto estadounidense contemplaba el posible uso de bombas atómicas contra núcleos industriales y centros de población ubicados en suelo enemigo, a fin de, según consta literalmente en el texto, «forzar la capitulación mediante el terror y la desintegración de la moral nacional».

Pero, volviendo a los atentados del 11 de septiembre, importa destacar que en sí mismos constituyen un indicador del terrorismo global. Se diseñaron y realizaron, no a escala nacional, ni siquiera con relación a un ámbito regional determinado, sino tomando como referencia al conjunto de la sociedad mundial. Su escenificación y cadencia estaban pensadas para garantizar la mayor cobertura posible por los medios de comunicación masiva y, con ello, el acceso en directo o en diferido a una audiencia de dimensiones planetarias. Al Qaeda, la red terrorista cuyos dirigentes planificaron y ordenaron aquellos atentados, se preocupó" incluso de tener dispuesto un vídeo que difundir a la prensa internacional, a través de un canal qatari de televisión, cuando se cumpliera el primer aniversario de los hechos. El vídeo en cuestión es una grabación propagandística en la que Osama Bin Laden ensalza a los terroristas suicidas que llevaron a cabo los atentados, los cuales aparecen en una localidad afgana ultimando preparativos antes de trasladarse a Estados Unidos, donde ejecutaron las órdenes recibidas.

Podría además decirse que los terroristas del 11 de septiembre y sus instigadores, aprovechando las facilidades que para trasladarse, comunicarse y financiarse proporcionan los avances tecnológicos inherentes al proceso de globalización, habían atentado contra ella misma. Convirtieron medios regulares de transporte en despiadados utensilios destructivos gracias al fanatismo y a unos simples cortadores de bolsillo. Y así revertieron con su furia ese proceso de interconexión e interdependencia mundial que, además de beneficiar a los países más aventajados en detrimento de los peor situados, también

desmorona progresivamente las barreras para el contacto entre personas a través de las fronteras nacionales, y estimula mestizajes culturales. Un proceso que pone en cuestión las identidades colectivas de carácter excluyente, como las asumidas por los fundamentalistas islámicos dispuestos a practicar el terrorismo global.

Pese a la extraordinaria conmoción suscitada por esos atentados dentro y fuera de Estados Unidos, es curioso constatar que tanto sus élites políticas como los ciudadanos en general esperaban que ocurriera algo así. Aunque no exactamente así. El 20 de enero de 1999, el entonces presidente William Clinton aseguró estar convencido, según los informes a que tenía acceso, de que en los siguientes cinco años era altamente probable que se produjese en suelo estadounidense algún atentado terrorista con armas dotadas de componentes químicos o bacteriológicos. Al año siguiente, un informe sobre tendencias mundiales elaborado por el National Intelligence Council (Consejo Nacional de Información), con la participación de numerosos expertos universitarios y de otras instituciones tanto públicas como privadas, auguraba para los inmediatos dos o tres quinquenios un incremento en la capacidad letal del terrorismo internacional y la creación de redes terroristas transnacionales con objetivos antioccidentales, que podrían lograr acceso a armas de destrucción masiva.

¿Y qué decir sobre la percepción de los ciudadanos estadounidenses, poco acostumbrados a presenciar episodios de terrorismo internacional en su propio territorio continental? ¿Qué pensaban antes de producirse los atentados de Nueva York y Washington? Algo cabe apuntar al respecto. Una importante encuesta de opinión pública, realizada dos años antes de que tuvieran lugar los acontecimientos del 11 de septiembre por un prestigioso instituto de sondeos demoscópicos y publicada en el número 114 de la renombrada revista *Foreign Policy*, revelaba que, preguntados por las principales amenazas que afrontaría su país a lo largo de la siguiente década, el 84 por ciento de los entrevistados mencionó expresamente al terrorismo internacional. Quizá, eso sí, no anticipaban que esta violencia se hiciera trágica

realidad en dos de las ciudades más emblemáticas de su propio país.

Lo que finalmente ocurrió fue, por tanto, algo esperado, pero no exactamente lo esperado: una serie concatenada de atentados terroristas en territorio estadounidense, que provocaron destrucción masiva, pero sin recurrir a armas no convencionales. Actos de megaterrorismo cuya materialización efectiva había quedado fuera de lo previsible, estaban más allá de lo verosímil para la gran mayoría de los ciudadanos estadounidenses y de sus gobernantes; no sólo por la determinación suicida de los terroristas, sino también por las consecuencias catastróficas que acarrearían con su proceder. Y, sin embargo, los antecedentes para una embestida así del terrorismo internacional se encontraban ya presentes. Sólo faltaba amalgamarlos y quizá esta mera constatación hubiese sido suficiente para establecer las necesarias medidas de prevención.

Para empezar, el propio World Trade Center neoyorquino ya había sido objeto de un atentado grave. Fue en febrero de 1993, cuando fundamentalistas islámicos colocaron una potente bomba en el aparcamiento subterráneo de una de las dos Torres Gemelas, a fin de que se desplomara sobre la otra. Aunque eso no llegó a suceder, la detonación del artefacto provocó la muerte a seis personas y heridas a varios centenares. Según quedó de manifiesto en el posterior juicio a los implicados en dicho suceso, el atentado había sido instigado por Omar Abdel Rhaman, predicador y dirigente de una organización radical islamista fundada en Egipto. Paradójicamente, el también conocido como jeque ciego residía por aquellos años en Estados Unidos como refugiado político. Pero lo más llamativo es que tenía una estrecha relación con Osama Bin Laden desde mediados los años ochenta, cuando ambos se encontraron por primera vez en Paquistán.

Es más, Omar Abdel Rhaman se había erigido en líder espiritual de la emergente Al Qaeda a inicios de los noventa, después de que Osama Bin Laden consiguiera imponer sus

designios de convertir a esa organización en una amplia red antioccidental especializada en actividades terroristas. Para ello urdió antes el asesinato de algunas personas capaces de contravenir sus deseos. En especial, de un reputado emir con quien el acaudalado saudí mantuvo durante años una estrecha relación y que había formulado la doctrina gracias a la cual se movilizaron decenas de miles de voluntarios musulmanes para combatir en la resistencia antisoviética, desarrollada a su vez con el apoyo de una coalición multinacional que articuló la CIA. Paradojas de nuevo. Desde enero de 1996, el jeque ciego cumple una condena a cadena perpetua por su participación en una trama terrorista urdida, bajo su dirección, dentro de Estados Unidos, donde los miembros de la misma intentaron colocar una bomba en la sede de Naciones Unidas y matar al presidente egipcio, Hosni Mubarak, mientras visitaba dicho organismo internacional.

Además, la primera fatwa de Osama Bin Laden, mencionada páginas atrás, que se hizo pública en agosto de 1996, estaba dedicada en buena medida a proferir amenazas contra Estados Unidos. En ese documento, el precursor del terrorismo global alega tres motivos para atacar directamente blancos estadounidenses: estar desde hacía entonces siete años «ocupando tierras del islam en su lugar más sagrado, la península arábiga»; tratar de «aniquilar lo que queda del pueblo de Irak y de humillar a sus vecinos musulmanes» tras la intervención militar de lo que define como una «alianza entre cruzados y sionistas»; y por último, «servir al minúsculo Estado judío y desviar la atención de su ocupación de Jerusalén y la muerte allí de musulmanes». En conjunto, todas estas circunstancias se califican de «crímenes y pecados» cometidos por los estadounidenses, de una «clara declaración de guerra a Dios, a su profeta y a los musulmanes».

Pero ocurre que el resto de las facetas que configuraron la tragedia del 11 de septiembre también disponía de sus respectivos precedentes. En relación con el secuestro simultáneo de aviones comerciales, cabe recordar que en los mismos inicios del actual terrorismo internacional, concretamente en septiembre de 1970,

se produjo un incidente significativo y premonitorio. El FPLP palestino se hizo con el control de tres aviones en pleno vuelo, fracasando en su intento de hacerlo con un cuarto perteneciente asimismo a la compañía de bandera israelí El Al, pero logrando mantener bajo coacción a más de cuatrocientos rehenes que viajaban en los demás. Más recientemente, en 1993, se puso de manifiesto un ambicioso plan, maquinado por Ramzi Yousef, un paquistaní que actuaba como agente de los servicios secretos iraquíes y contaba con el concurso de extremistas musulmanes de distinta procedencia, para secuestrar simultáneamente al menos doce aviones comerciales estadounidenses con origen o destino en distintos países asiáticos.

Sobre la posibilidad de utilizar un avión de pasajeros como arma en manos de terroristas suicidas, el antecedente que mejor pudo haber alertado de su eventual utilización futura lo encontramos en diciembre de 1994. Cuatro miembros de los GIA pretendieron estrellar un Airbus de Air France procedente de Argel, con más de ciento setenta personas a bordo, en el centro de París. Tras secuestrarlo en el aeropuerto de la capital norteafricana, las autoridades locales permitieron que la aeronave despegara cuando los asaltantes mataron a tres de los rehenes. Los terroristas portaban explosivos y hablaron sobre su martirio durante el vuelo. Afortunadamente, los responsables franceses de la seguridad interior recibieron una advertencia sobre sus intenciones; y el intento quedó desbaratado al convencer a los secuestradores de que era precisa una escala técnica en Marsella. Una vez en tierra, habiendo negado cualquier concesión a los secuestradores, intervino una unidad especial antiterrorista de la gendarmería francesa. Abatidos los asaltantes, los pasajeros fueron finalmente liberados.

Añádase a lo ya dicho que, según reveló el presidente egipcio Hosni Mubarak en junio de 2002, los servicios de información de su país advirtieron a la embajada estadounidense en El Cairo, una semana antes de aquel 11 de septiembre, que la red terrorista dirigida por Osama Bin Laden tenía prevista una acción inminente y a gran escala contra objetivos estadounidenses.

Asimismo, el servicio dedicado al exterior dentro de la inteligencia militar británica, más conocido como MI6, alertó a las agencias estadounidenses de información en 1999, dos años antes de que se produjeran los atentados de Nueva York y Washington, de que según sus fuentes Al Qaeda estaba preparando un plan que consistía en secuestrar un avión para estrellarlo contra edificios o utilizarlo de otras maneras no convencionales. Ese informe secreto no especificaba objetivos.

Con todo, la combinación de secuestros de aviones y de terroristas suicidas dispuestos a convertir un medio habitual de transporte en arma de destrucción masiva resultó, el 11 de septiembre de 2001, excepcionalmente ambiciosa y sorprendente por la coordinación con que se llevaron a cabo los atentados en Nueva York y las proximidades de Washington. Sin embargo, a pesar de que sabemos quiénes lo hicieron y cómo lo hicieron, quedan otros interrogantes que esperan aún respuesta. Con frecuencia, por ejemplo, se alude a esos incidentes como atentados contra Estados Unidos. Pero ¿fue el 11 de septiembre resultado de una conspiración dirigida expresamente contra ese país, como muestra de oposición a su política exterior hacia el mundo árabe en general y los palestinos en particular, como tan a menudo se argumenta? ¿O evidencia más bien el deliberado intento de precipitar un choque entre civilizaciones, concretamente entre la islámica y la occidental, agrediendo a lo que sus instigadores consideran el epicentro de esta última?

Antes de tomar en consideración los distintos elementos de juicio que se proponen a lo largo de las páginas siguientes, quepa tan sólo recordar que, con anterioridad a los sucesos de septiembre de 2001 estuvieron a punto de ocurrir otros —a buen seguro no menos luctuosos caso de haberse llevado a cabo con éxito— en diciembre de 2000 y en un lugar distinto. Una afortunada intervención policial desarrollada al unísono en Fráncfort y en Milán y saldada con la detención de varios militantes de Al Qaeda de origen iraquí, argelino y francés, vino a frustrar los planes que, a su vez, habían ultimado con otra partida de correligionarios residentes en Londres, igualmente

detectada y también desmantelada. El responsable del grupúsculo asentado en Alemania huyó a territorio español, donde finalmente se le detuvo y desde donde fue extraditado. Estaban preparando una serie de atentados simultáneos, con bombas de gran potencia y gas sarín, que planeaban perpetrar hacia finales de ese año nada menos que contra el edificio del Parlamento Europeo, la Catedral y el mercado de Estrasburgo.

4 UNA CRECIENTE LETALIDAD

Ningún otro incidente en la historia del terrorismo contemporáneo tiene parangón con los atentados perpetrados aquel 11 de septiembre. Ninguna organización o engranaje terrorista había llevado a cabo nada semejante. Ni por sus dramáticas consecuencias en términos de vidas humanas y heridos, ni por los cuantiosísimos daños materiales ocasionados. Eso sí, lejos de tratarse de hechos aislados y sin relación con otros avatares recientes del terrorismo internacional, aquellos atentados fueron diseñados y ejecutados como los primeros de una secuencia ulterior compuesta por otros que se pretendían similares en magnitud y alcance. Sus promotores pensaban de antemano en consumir nuevos actos de megaterrorismo cada cierto tiempo, sin detener por ello una campaña sostenida de atentados menos cruentos y de efectos más limitados en distintos lugares del mundo.

Asimismo, los sucesos de las Torres Gemelas y el Pentágono culminaban una tendencia ascendente en la letalidad del terrorismo internacional. Se trata de una evolución que venía observándose desde el final de los años ochenta y que se hizo más evidente aún, pese a algunas fluctuaciones anuales, durante toda la década de los noventa. De hecho, esa tendencia ha continuado con el cambio de milenio. En este sentido, quizá sea oportuno recordar, además de los episodios ya señalados en anteriores páginas y de los que se mencionarán más adelante, algunos otros no menos significativos y no siempre reivindicados por sus autores, cosa por otra parte habitual en el terrorismo internacional de nuestros días. Incidentes a los que quizá en su momento no se prestó la debida atención pero que, considerados retrospectivamente y teniendo en cuenta perspectivas futuras, adquieren sin duda una especial relevancia.

En febrero de 1993, por ejemplo, una serie concatenada de atentados mediante explosivos adosados a no menos de una docena de vehículos provocó la muerte, en la ciudad india de Bombay, a trescientas diecisiete personas, hiriendo a más de mil. Se supone que estos incidentes constituyeron una represalia contra la destrucción de un santuario islámico en dicha zona y, aunque nadie reivindicó nunca los atentados, con posterioridad se puso de manifiesto la implicación de autoridades paquistaníes. Pasado algo más de un año, en marzo de 1994, las instalaciones del centro cultural judío de Buenos Aires quedaron destruidas por la explosión de una potente bomba que un terrorista suicida hizo detonar al introducir la furgoneta que conducía en el recinto de dicha entidad. Cuarenta y seis personas murieron y más de doscientas sufrieron heridas de distinta consideración en este atentado de terrorismo internacional, atribuido a fanáticos musulmanes vinculados a una organización radical con base muy lejos de allí, en territorio libanés.

Cincuenta y ocho turistas extranjeros, al igual que cuatro súbditos egipcios, murieron en noviembre de 1997 tiroteados por miembros de un grupo fundamentalista islámico mientras se encontraban visitando un afamado recinto arqueológico situado en Luxor. Menos de un año después, a principios del mes de agosto de 1998, dos potentes bombas hicieron explosión frente a las embajadas estadounidenses en Kenia y Tanzania, acciones atribuidas también, con escasos márgenes de duda, a integristas musulmanes vinculados con la red tejida por iniciativa de Osama Bin Laden. El trágico saldo de esos atentados ascendió a doscientos trece muertos en Nairobi y once en Dar es Salaam, además de casi cinco mil heridos entre los dos sucesos. En su gran mayoría, las víctimas de la matanza fueron hombres, mujeres y niños africanos que deambulaban por las cercanías de aquellas sedes diplomáticas.

Tras el 11 de septiembre, como era de esperar, las cosas no variaron. Más bien al contrario. Así, por ejemplo, sólo durante 2002 se registraron actos de terrorismo tan significativos como el perpetrado en abril por activistas del autodenominado Ejército

Islámico de Liberación de los Santos Lugares, relacionado con la actual red del terrorismo global, contra una sinagoga sita en la isla tunecina de Yerba. El balance de esos hechos fue de diecinueve muertos, entre ellos catorce turistas de nacionalidad alemana, pues se trata de un destino vacacional muy apreciado en este país. Ya en junio, uno más de entre la incontable serie de atentados suicidas sufridos por la población israelí en ausencia de un proceso de paz sostenido entre dirigentes judíos y autoridades palestinas, causó más de veinte muertos en el cruce de Megido, al sur de Galilea. Todo sucedió cuando un joven, miembro de las denominadas Brigadas Al Qods, integradas dentro del movimiento fundamentalista Yihad Islámica, hizo estallar su coche lleno de explosivos contra un autobús interurbano.

En septiembre, siempre del mismo año, al menos treinta personas fueron asesinadas al irrumpir en un templo hindú de Gandhinagar, al oeste de la India, tres hombres que abrieron fuego contra los fieles allí congregados. En octubre, militantes de la Yemaa Islamiva (Comunidad Islámica), grupo asociado con Al Qaeda, mataron a casi doscientas personas que se divertían en una discoteca de la isla indonesia de Bali. Perekieron sobre todo turistas australianos. Desde el fin de la II Guerra Mundial, ningún otro suceso había provocado tantas víctimas mortales entre ciudadanos de esa nacionalidad. En noviembre, un coche bomba hizo explosión a la entrada de un hotel en la ciudad africana de Mombasa, perdiendo la vida los tres seguidores de Osama Bin Laden que cometieron el atentado suicida, ocho ciudadanos kenianos y tres turistas israelíes, pues el establecimiento acogía regularmente a viajeros del país hebreo. Otros miembros de aquella red terrorista trataron simultáneamente y cerca del mismo lugar de abatir con misiles de baja cota un avión de pasajeros fletado por una compañía de ese país.

Pero lo cierto es que esos crecientes niveles de letalidad que venía registrando el terrorismo internacional durante la década de los noventa —y continúan hasta el presente— se han manifestado también respecto del terrorismo que acontece de modo preferente en los confines de una determinada jurisdicción estatal. Denota

así cambios en las pautas de victimización que son muy probables durante la decadencia de las organizaciones terroristas, aunque también pueden verse adoptados por los dirigentes de ciertos grupos armados que tratan de emular las prácticas de otros movimientos violentos, o que quizá simplemente responden a una decisión tomada para forzar el disenso de los adversarios en un conflicto de desgaste y sin aparente solución de continuidad. Sea como fuere, la amplia difusión de similares procedimientos de violencia a lo largo y ancho del mundo, realizados por grupos y organizaciones de distinto formato, incluso con propósitos en apariencia bien dispares, constituye también un indicador de la globalización del fenómeno terrorista.

Algunos ejemplos resultan bien ilustrativos en este sentido; y son tan sólo episodios que en sus respectivos escenarios sociopolíticos se vienen repitiendo periódicamente con mayor o menor frecuencia pero con igual de pavorosa crueldad. Como el incidente ocurrido en las populosas calles de Argel en enero de 1995, al estallar un coche bomba emplazado allí por integristas islámicos de los GIA que finalmente consiguieron provocar la muerte a cuarenta y dos viandantes. Por cierto, el actual emir o jefe de dicha organización terrorista ya aseguró en el mismo comunicado donde anunciaba su nombramiento que «ni tregua, ni diálogo, ni reconciliación, ni seguridad, sino sangre, sangre, destrucción, destrucción». Recuérdese asimismo el atentado que, transcurriendo el año 1996, llevaron a cabo los denominados LTTE (Liberation Tigers of Tamil Eelam o Tigres de Liberación del Eelam Tamil), cuando hicieron estallar un vehículo cargado con explosivos en las calles de Colombo, capital de Sri Lanka, con el trágico resultado de noventa transeúntes fallecidos y más de un millar de lesionados.

De igual modo, en septiembre de 1999, sendas bombas colocadas por chechenos secesionistas radicalizados junto a los cimientos de dos edificios de apartamentos ubicados en Moscú causaron, respectivamente, noventa y cuatro víctimas mortales entre los residentes del primer inmueble y ciento dieciocho entre los del segundo. Exactamente un año después, a inicios de

septiembre de 2000, un camión cargado de explosivos produjo la muerte a sesenta personas y heridas a otras ciento setenta en Urumqi, capital de la más bien remota provincia noroccidental china de Xinjiang. A buen seguro, el atentado fue uno más de los cometidos desde entrados los años ochenta por miembros de un movimiento armado constituido por separatistas de la etnia uigur a los que aglutina también su identidad religiosa islámica. Más concretamente, por el autoproclamado Movimiento para la Liberación del Turquestán Oriental.

En marzo de 2002, extremistas asimismo musulmanes pertenecientes al grupo Abu Sayyaf, empeñado tanto en establecer mediante la violencia una entidad estatal islámica en el sur del archipiélago filipino como, según parece, en recaudar dinero procedente de los pagos por el rescate de los rehenes que con frecuencia toman, causaron una veintena de muertos y medio centenar de heridos al atacar simultáneamente contra un centro comercial y un barrio residencial de la ciudad General Santos. En mayo de ese año, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARO), que también combinan objetivos políticos e intereses económicos, hicieron estallar una bombona de gas repleta de metralla en el centro de Boj ayá, localidad al noroeste de Colombia. Fueron más de cien las víctimas mortales. Durante ese mismo mes, un atentado nunca reivindicado, como tantos otros similares en esa región del mundo, produjo treinta y cuatro fallecidos en la ciudad de Kaspísk, República de Daguestán. La mitad de quienes perdieron la vida eran niños que contemplaban un desfile militar conmemorativo.

Pero ¿cómo explicar esta aparente deriva del terrorismo internacional, e incluso del fenómeno terrorista en general, hacia la comisión de atentados crecientemente letales? Atentados que, por otra parte, se llevan a cabo sin que ello implique una reducción en la frecuencia de otros incidentes habituales y de alcance más limitado. En primer lugar, cabría sin duda aludir al hecho de que buen número de las organizaciones armadas que de una u otra manera incluyen al terrorismo internacional en su repertorio de actividades violentas parecen haber optado, a lo

largo de al menos los últimos diez años, por volver a sensibilizar a la opinión pública nacional e internacional, que acaban por habituarse al fenómeno terrorista, sea cual fuese el contexto de su práctica. En segundo lugar, al relajamiento de los factores que durante la guerra fría condicionaban y restringían la práctica del terrorismo como instrumento de política exterior. Por último, a una variable de índole cultural, como es la presencia de ideologías que justifican el asesinato en masa de los considerados adversarios o enemigos.

Durante los últimos tres decenios, las distintas opiniones públicas nacionales e internacionales fueron perdiendo sensibilidad respecto a un terrorismo cuya existencia se prolongaba, tal y como ha ocurrido en numerosos países o regiones del mundo. De aquí que quienes instigan o practican actualmente dicha violencia parezcan haber optado por recabar la cobertura de los medios de comunicación masiva, atraer de este modo una mayor atención por parte de la opinión pública, suscitar así cotas más elevadas de alarma social y poner en un brete a los gobernantes recurriendo a innovaciones en sus procedimientos de victimización. Es decir, introduciendo algunas modificaciones en las fórmulas mediante las cuales ocasionan muertos, heridos y destrucción de bienes. Tratando, en concreto, de que los atentados que llevan a cabo resulten, además de muy espectaculares, tanto más indiscriminados que en el pasado y extraordinariamente cruentos.

Esa trayectoria del terrorismo ha sido factible, por otra parte, al desbaratarse, con el colapso del comunismo y el final de la guerra fría, los constreñimientos impuestos hasta entonces y desde los años cincuenta a las actividades de índole subversiva auspiciadas directa o indirectamente por las dos grandes superpotencias entonces existentes: Estados Unidos y la Unión Soviética, una y otra dotadas de sus respectivos ámbitos de influencia dentro del complicado equilibrio geopolítico propio de una situación de bipolaridad. De este modo, la proporción de víctimas mortales por cada incidente atribuido al terrorismo internacional se incrementó de manera muy significativa durante los años noventa

con relación al decenio anterior, aunque en ese promedio se hicieran sentir una serie de incidentes especialmente llamativos y pese a que los medios utilizados para llevar a cabo las actividades violentas propias de dicho fenómeno nunca dejaran de ser relativamente convencionales.

En cierto modo, la paradoja de todo ello reside en que, una vez concluido el equilibrio del terror que caracterizó a la política internacional desde poco después de que concluyera la II Guerra Mundial hasta prácticamente agotada la década de los ochenta, se hizo posible una estructura de oportunidades favorable tanto al incremento en la letalidad del terrorismo internacional como a la configuración de un terrorismo global que, finalmente, ha propiciado la aparición del megaterrorismo. Esta evolución se ve agravada por la privatización del terrorismo internacional, que, además de haber sido durante décadas un fenómeno susceptible de patrocinio estatal, se ha mostrado en nuestros días capaz de establecer por sí mismo relaciones simbióticas con determinadas autoridades gubernamentales e incluso tutelarlas, como ocurriera con Al Qaeda y el régimen talibán existente en Afganistán hasta finales de 2001.

Pero la creciente letalidad del terrorismo obedece también, en tercer lugar, a un factor presente en la mayor parte de los atentados hasta ahora descritos en este capítulo. Es decir, al influjo de idearios carentes de restricciones morales para el homicidio masivo, como ocurre con determinadas actitudes y creencias inherentes a los fundamentalismos que han proliferado en el mundo contemporáneo a partir de distintas tradiciones religiosas. Aunque resulta cuando menos prudente subrayar a este respecto que no es la religión en sí misma sino sus contenidos los que resultan cruciales. Esa inclinación al asesinato masivo de acuerdo con normas y prácticas religiosas se hace más verosímil cuando las víctimas son ajenas a la propia fe, pues se ejecutan como una obligación divina, en respuesta a demandas formuladas en términos teológicos, a mandatos que se pretenden extraídos de escrituras sagradas o a las admoniciones de clérigos influyentes.

Ahora bien, llegados a este punto conviene recordar que la existencia de idearios que carecen de inhibiciones morales para justificar y perpetrar homicidios en masa no es privativa de los fundamentalismos religiosos. También ha sido y es propia de los programas políticos totalitarios en general. Probablemente su mayor exponente conocido está en las prácticas xenófobas y muy particularmente antisemitas del nazismo, surgido en el marco de una tradición intelectual occidental. Más aún, se ha dejado y se deja sentir como una pulsión genocida difícilmente irrefrenable entre los diversos nacionalismos que, formulados en términos étnicos y excluyentes, se encuentran todavía presentes con mayor o menor intensidad en los dominios de la política europea. También en los nada desdeñables sectores de la ultraderecha supremacista estadounidense.

En relación con la impronta religiosa asociada al terrorismo internacional y al terrorismo global propiamente dicho, reclama especial atención en la actualidad, sin lugar a dudas, la violencia practicada por fundamentalistas islámicos que a menudo son incluso suicidas. Se trata ésta de una expresión del fenómeno que ha suscitado gran preocupación, sobre todo entre la opinión pública de las sociedades occidentales más desarrolladas, tras los atentados megaterroristas ocurridos aquel 11 de septiembre en Nueva York y las cercanías de Washington. En nuestro tiempo, tanto ese terrorismo inspirado en el fundamentalismo islámico en general como el de cariz suicida en particular adquirieron carta de naturaleza durante los años ochenta, con las actividades de la milicia shií de Hezbolá (vocablo árabe equivalente en castellano a «Partido de Dios») en el estatalmente desintegrado Líbano.

Durante la década de los noventa, esta variedad de terrorismo, que apela para su justificación a actitudes y creencias propias del integrista musulmán, se ha manifestado con particular notoriedad mediante las acciones violentas de Hamás o la organización igualmente proiraní Yihad Islámica en Oriente Próximo, así como a través de las masacres perpetradas por los GIA, el Grupo Salafista para la Predicación y el Combate u otros

grupos islamistas radicales contra la población argelina, gentes a las que los integristas consideran impías y apóstatas, aunque los primeros también hayan llevado a cabo una serie de atentados en territorio francés a mediados de los noventa. En torno al cambio de milenio, el protagonismo lo han adquirido los terroristas adoctrinados y entrenados como tales en el seno de la red Al Qaeda, que, entre otros muchos atentados de menor alcance ocurridos en distintos lugares del mundo desde la segunda mitad de los noventa, materializaron los del 11 de septiembre de 2001.

Ahora bien, frente a lo que comúnmente se piensa, este terrorismo de inspiración religiosa no sólo afecta a la tradición islámica. La violencia motivada por dogmas teocráticos se ha desarrollado también, aunque por el momento en mucha menor medida, en sectores fundamentalistas de origen tanto cristiano como judío, al igual que ocurre con algunos cultos asiáticos. Determinadas subculturas extremistas, tanto entre los estadounidenses de ascendencia anglosajona como en el seno de algunas comunidades ortodoxas hebreas o incluso dentro de la propia sociedad japonesa, por ejemplo, se envuelven en justificaciones religiosas para recurrir al terrorismo político. Baste recordar el asesinato del entonces primer ministro israelí Isaac Rabin, en el otoño de 1995, a manos de un joven ultraortodoxo judío que afirmaba seguir al pie de la letra órdenes divinas. O la secta Aum Shinrikyo (Verdad Suprema), a la que se atribuye un atentado con gas sarín en una céntrica estación del metropolitano de Tokio, en marzo de aquel mismo año.

En el caso de Estados Unidos es obligado traer a colación, aunque se trate de un episodio de terrorismo interno, que detrás del conocido atentado de abril de 1995 contra un edificio del Gobierno federal en la ciudad de Oklahoma, donde perecieron nada menos que ciento sesenta y ocho personas, había individuos estadounidenses adheridos a un ideario patriótico ultraconservador, ferozmente antigubernamental y fundamentalista en lo religioso. De hecho, todos los ciudadanos estadounidenses procesados en su propio país por delitos de terrorismo durante los años ochenta estaban de uno u otro modo

vinculados al denominado Movimiento de la Identidad Cristiana. Su doctrina aboga, entre otras cosas, por la supremacía de la raza blanca, a la que se supone elegida por Dios para llevar a cabo sus designios en la Tierra, incluso por medio de la violencia.

De aquí que la eventual colusión entre fundamentalistas islámicos del mundo árabe e integristas cristianos estadounidenses con el fin de desarrollar campañas de terrorismo en Estados Unidos no sea una hipótesis descartable. Unos y otros coinciden en su radical oposición a las identidades compuestas, en una visceral hostilidad hacia las autoridades federales y en un acendrado antisemitismo. En un sentido similar, un informe del Ministerio del Interior italiano, presentado durante una rueda de prensa celebrada a finales de enero de 2003, alerta, basándose en contactos detectados, sobre el riesgo de que en la realización de acciones terroristas dentro de ese país lleguen a concordarse extremistas de izquierda, radicales de derecha e integristas musulmanes procedentes del exterior. Todos ellos tendrían en común su aversión a Estados Unidos, a la Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y a Israel.

5 DE LA YIHAD AL TERRORISMO

¿Cuáles son los antecedentes del terrorismo que actualmente se practica en nombre de Alá? ¿Cómo explicar el tránsito desde una determinada manera de entender el credo islámico hasta la implicación consciente de numerosos musulmanes en las tramas del terrorismo global que lidera Osama Bin Laden? En algunos casos se trata de circunstancias previas y relativamente recientes cuya relación con este fenómeno es indirecta o concomitante. En otros, de precedentes más remotos que corresponden a corrientes del pensamiento y a experiencias históricas directamente relacionadas con la violencia ejecutada después por fundamentalistas islámicos de distinta procedencia o con la propia formación de Al Qaeda.

En cierto sentido este nuevo terrorismo entronca con la amalgama entre política y religión que trajo consigo la llamada revolución iraní de 1979. Si bien los instigadores del terrorismo global y sus seguidores no pertenecen a la rama shií del islam, mayoritaria entre los habitantes de la antigua nación persa pero minoritaria entre el conjunto de los musulmanes, el modelo de sociedad instaurado bajo la supervisión del imam Ruhollah Jomeini es parangonable al ambicionado luego por otros fundamentalistas islámicos. Además, las autoridades de ese régimen teocrático ejercieron un decisivo influjo sobre los terroristas suicidas que desde la década de los ochenta han adquirido notoriedad en Oriente Próximo, actuando como precursores de otros como los que llegaron a inmolarse aquel 11 de septiembre. El acceso al poder de los ayatolás evocó entre los árabes algunas aspiraciones latentes y sirvió como referencia a muchos extremistas. Es paradójico que algo más de dos décadas después sea una experiencia criticada por quienes la han vivido y tienen menos de treinta años.

Por otra parte, el terrorismo fundamentalista islámico de nuestro tiempo se sitúa en la línea de un repertorio de violencia practicado con relativo éxito durante los años setenta y ochenta por distintas organizaciones atinadas palestinas, como el ya aludido FPLP, aunque éste y otros grupos similares hicieran entonces suyas orientaciones ideológicas de signo nacionalista pero secularizadas. Sin embargo, a diferencia del significado que durante las últimas décadas de la guerra fría confirieron a la violencia esas organizaciones palestinas, el uso del terrorismo por parte de los actuales integristas musulmanes no es ya preferentemente táctico sino más bien estratégico. No complementa un repertorio de actividades violentas más extenso sino que se practica con carácter preferente y finalista. El terrorismo global que desarrollan los individuos y colectivos asociados a la red Al Qaeda pretende quebrar la confianza colectiva y el sentido de orden en que descansan las sociedades abiertas del mundo occidental para así recomponer el escenario internacional según los designios de sus promotores.

Ahora bien, las bases doctrinales del actual terrorismo practicado por fundamentalistas musulmanes se remontan a la relación entre una idea rígida del poder y un credo religioso de observancia estricta fijada mucho antes, hace nada menos que siete siglos; a la correspondencia entre Gobierno y fe entonces instituida en consonancia con una lectura intransigente y acotada de los textos considerados como sagrados dentro de la tradición islámica, pero cuyos argumentos básicos se han perpetuado sin apenas solución de continuidad desde aquellos tiempos. Así, sobre la base de unos postulados teológicos considerados inamovibles, se sustenta una concepción de la política cuyo rasgo distintivo consiste en la aplicación integral de la sharía o ley divina. Su aplicación es la única forma posible, según este ideario, de que funcione la umma o comunidad de los creyentes en el islam. De hecho, para sus adeptos más fervorosos, la humanidad debe entenderse dividida entre los creyentes y los demás, es decir los miembros de la umma y el resto, los paganos.

Huelga decir que semejante reducción de la política a rígidas pautas de conducta determinadas por preceptos religiosos y a una imagen dicotómica de las sociedades es en sí misma incompatible con los principios y procedimientos de la democracia liberal, de acuerdo con la noción occidental de este tipo de régimen. En los sistemas políticos pluralistas, los gobernantes son responsables ante los gobernados y el Gobierno está limitado, no por disposiciones supuestamente divinas, sino por las normas constitucionales, la fragmentación institucional del poder o la propia existencia de sociedad civil. Ahora bien, el islam no se agota en esas versiones integristas, hostiles por definición al pluralismo y hasta violentas. Entre los más de mil millones de musulmanes han venido prevaleciendo actitudes abiertas y comportamientos pacíficos. En medio de la diversidad apreciable dentro de esa civilización, hay un islam receptivo a las ideas de libertad y democracia. Pero no es el credo propio de los fundamentalistas musulmanes que en la actualidad instigan y ejecutan campañas terroristas.

Para los musulmanes adeptos a una manera integrista de entender las cosas, la umma es una formación social y política que se distingue por su superioridad respecto a cualquier otra. De aquí que se sientan comprometidos a preservarla en su homogeneidad interna y formalmente obligados a defenderla por cualesquiera medios ante eventuales amenazas procedentes del exterior. Todo ello de acuerdo con una interpretación francamente belicista del Corán y de los hadices, es decir, tanto del libro sagrado de referencia inexcusable en la tradición religiosa islámica como de las sentencias y los hechos ejemplares de Mahoma cuya veracidad se tiene por confirmada. Sentencias y hechos que constituyen la sunna o tradición. Pero la comunidad imaginada de los creyentes en el islam también ha de ser protegida, siempre según una visión fundamentalista, frente a los gobernantes musulmanes que incurran en comportamientos tenidos por heréticos. De este modo es como acaban siendo asimilados a los infieles, justificándose así que sean objeto de las mismas penalizaciones previstas para estos últimos.

De aquí que el integrismo islámico, con su dogmática actitud de rechazo hacia cualquier modificación de la doctrina contenida en los textos sagrados y hacia una lectura cronológica de ese legado, se haya desarrollado con especial virulencia cada vez que, por una u otra razón, sus fieles se han persuadido de que existe alguna amenaza externa para el funcionamiento ortodoxo de la práctica religiosa y el orden social inherente a la umma. Más en concreto, cada vez que se considera reproducida en los acontecimientos del presente la idealizada época de los piadosos antepasados y de sus implacables antagonistas, los reiteradamente aludidos cruzados, periodo convertido así en una evocación intemporal e inmediata —reproducido, por ejemplo, en lo que ahora de nuevo se presenta como amenaza occidental sobre los musulmanes—. Y precisamente en la hostilidad hacia el mundo occidental, resultante en buena parte de una dicotomía propicia a las ideologías de la violencia, se encuentran tanto sunníes como shiíes, convergen formulaciones tradicionalistas y reactivas del islamismo.

Por añadidura, hace algo más de doscientos años que la secta de los wahhabíes hizo coincidir ortodoxia religiosa y violencia. En primer lugar, postulando una severidad en las costumbres que es hoy regla oficial de conducta en el reino que ellos mismos contribuyeron a construir, Arabia Saudí, un país cuyos escolares son formalmente adoctrinados en la idea de que es imperativo para los musulmanes el ser leales entre sí e incluso albergar odio hacia los infieles, a quienes deben considerar como sus enemigos. El reciente auge del islamismo radical debe mucho a las donaciones de autoridades y magnates saudíes, sobre todo durante las últimas dos décadas, para promover dentro y fuera del mundo árabe el wahhabismo. Siendo como es un culto extremista y excluyente cuya lectura de los textos sagrados impide cualquier posibilidad de examen racional, no sorprende que los emprendedores del terrorismo global se aprovechen de él para movilizar recursos económicos y extender sus redes. Quince de los diecinueve terroristas suicidas que protagonizaron el 11 de septiembre eran saudíes.

Yes que el movimiento constituido a mediados del siglo xvrrr por aquellos musulmanes intransigentes formuló, en segundo lugar, los argumentos teológicos para una interminable Mamada a la yihad. Este talante agresivo, convertido en componente de una concepción puritana y rigorista del islam, incluye disposiciones tales como las de eliminar al adversario impío que se oponga a la comunidad de los creyentes y deparar igual trato a los musulmanes etiquetados como renegados. De hecho, sus seguidores se han mantenido en permanente conflicto con otras variantes del islam, en particular las más tolerantes. Pero dicha concepción del credo musulmán incluye asimismo la obligación de expandirlo universalmente mediante la espada. Buen exponente de ello son las actividades terroristas que desde el inicio de los noventa se atribuyen a Al Qaeda. En su conocida exhortación de 1998 apelando a la guerra santa contra Estados Unidos, Osama Bin Laden empieza citando precisamente, al pie de la letra, un pasaje coránico que insta a matar paganos se encuentren donde se encuentren.

En definitiva, la yihad, en su acepción colectiva de lucha por el islam o contra quienes se consideran enemigos de la fe y de solución suprema al alcance de los miembros de la comunidad de creyentes para hacer frente a los desafíos del predominio occidental, y en tanto que guerra santa cuyos fines justifican los medios, se concreta actualmente en forma de terrorismo global. Se configura como una violencia de alcance planetario que ha sido desencadenada contra aquellos a los que se caracteriza como impíos, acusados de ignorar conscientemente la ley divina. Es un terrorismo global adaptado, en su estructura organizativa y el repertorio de actividades que emplea, tanto a las innovaciones en tecnología de las comunicaciones como a los avances propios de la sociedad de la información. Un fenómeno que antes y después de aquel 11 de septiembre viene perpetrando atentados por doquier, pero que desde esa fecha ha introducido la inquietante y sostenida amenaza de llevar a cabo nuevos actos de megaterrorismo.

Finalmente, es verosímil que este terrorismo global practicado por fundamentalistas islámicos se haya desarrollado con más facilidad en el contexto de un paulatino proceso de radicalización observado dentro del mundo árabe durante al menos los últimos cincuenta años. Se trata de una evolución relacionada con la profunda crisis de identidad que se percibe en el seno de dicha civilización y agravada por el deficiente tratamiento occidental del conflicto entre palestinos e israelíes. El área del planeta que se extiende desde los desiertos egipcios hasta las estepas turcas y desde las montañas afganas hasta las costas yemeníes ha sido escenario de al menos una veintena de conflagraciones bélicas graves desde la II Guerra Mundial. Corolarios de ello son millones de muertos, éxodos masivos, estructuras políticas demolidas sin alternativa de ningún tipo y una variante empobrecida de la modernidad. Todas estas circunstancias han influido decisivamente en la socialización de generaciones de árabes, propiciando una mayor inclinación a aceptar el integrismo y la violencia.

En torno a dos tercios de las reservas conocidas de petróleo se hallan bajo el suelo en que viven hombres y mujeres árabes. Durante los últimos veinte años, sin embargo, la decadencia económica de esa región del mundo, cuyo crecimiento demográfico es muy acusado, ha sido manifiesta. Entre las razones que explican este estancamiento se encuentran la ineficiencia de las inversiones públicas, la carencia de infraestructuras adecuadas, el precario desarrollo tecnológico o la baja cualificación del capital humano, factores relacionados con la dinámica política y social interna de los países afectados. Pero no pocos de aquellos hombres y mujeres han definido y definen la situación en que viven de tal manera que invariablemente atribuyen la culpa del estado de las cosas a los países occidentales. Muy especialmente a Estados Unidos, para ellos una nación engreída, cuyos ciudadanos no reprochan a sus gobernantes la aplicación de dobles raseros en las relaciones internacionales ni el sostenimiento de regímenes árabes despóticos.

Éstos y otros muchos problemas subyacen a la endémica frustración que afecta a amplias capas de adolescentes y jóvenes árabes residentes en zonas urbanas degradadas, a menudo hijos de emigrantes rurales que se trasladaron a las ciudades en pos de mejores condiciones de vida para ellos y sus descendientes. Una frustración que tampoco es ajena a la que sufren muchos descendientes de inmigrantes establecidos fuera del mundo árabe, en algunos de los países más desarrollados del mundo occidental, donde a menudo no se consideran integrados en la sociedad de acogida ni tampoco apegados al lugar del que procedían sus progenitores. No pocos militantes de los GIA argelinos fueron reclutados a mediados de los noventa entre hijos de magrebíes residentes en suburbios de distintas ciudades francesas. De igual modo que Zacarias Moussaoui, implicado en los atentados del 11 de septiembre, es un francés de origen argelino que nació en Narbona y pasó su juventud, entre alegrías y frustraciones, entre búsqueda de identidad y exclusión social, en distintas localidades del entorno.

Una frustración que, en un sentido más amplio, enlaza con la generalizada entre los musulmanes desde hace más de un siglo, cuando el creciente desfase entre los países árabes y las naciones occidentales hizo patente que la civilización islámica se encontraba en decadencia. Entonces surgieron movimientos contrarios al dominio político y cultural, a la explotación colonial ejercida por europeos y estadounidenses. Durante buena parte del siglo xx los nacionalistas y revolucionarios seculares adquirieron la hegemonía en ese sector árabe contestatario. La corriente de los musulmanes radicales permaneció en un segundo plano hasta bien entrada la década de los setenta. En la actualidad, una población rejuvenecida, desarraigada y con privaciones, es propensa a encontrar en el credo islámico en general, y en la interpretación de esa fe que ofrecen los sectores integristas en particular, una reconfortante opción. Algo que responde a sus sentimientos de frustración y desorientación, a la búsqueda de sentido vital y a la necesidad de identidad colectiva en una sociedad mundial crecientemente interconectada.

Pero el fundamentalismo musulmán no sólo resulta atractivo para las multitudes empobrecidas y hasta desesperadas. También lo es para individuos de las clases medias urbanas. Allí donde éstas existen pudieron haber sido el estrato modernizante de las sociedades árabes, pero se vieron igualmente afectadas por sentimientos de pérdida y fracaso colectivo. De unos y otros segmentos de la población proceden, por ejemplo, los adheridos a Al Qaeda, si bien la clase media suele estar ampliamente sobrerrepresentada entre los dirigentes. En cualquier caso, a unos y otros segmentos de la población el fundamentalismo islámico les ofrece una sólida identidad colectiva, articulada y sin incertidumbres. Pero se trata de una identidad colectiva que incluye entre sus elementos constitutivos la yihad, la guerra santa considerada como única manera de realzar el poder y la gloria del islam.

De aquí que el avance de estos planteamientos se viera favorecido en los años setenta por la revolución iraní y, en la década de los noventa, gracias al éxito de la resistencia contra la ocupación soviética de Afganistán. Ya en el nuevo milenio, fracasadas o en curso otras tentativas como las de Bosnia, Chechenia, Argelia o Cachemira —por mencionar sólo algunas especialmente notorias— se atribuyen iguales resultados de éxito al uso del terrorismo o, mejor aún, del megaterrorismo... tal y como se hizo realidad aquel 11 de septiembre, pese a que por sí mismo no haya permitido a sus instigadores galvanizar grandes masas de musulmanes y extender la yihad con el fin de reestablecer el califato en el entorno árabe e instaurar nuevos regímenes islámicos en el sureste asiático y otras regiones del mundo.

Ahora bien, el desarrollo de aquellas ideas y su puesta en práctica debe mucho a agitadores provenientes de los estratos más acomodados de la sociedad árabe. Ayman Zawahiri, por ejemplo, es quizá la persona cuyo influjo mejor explica que Osama Bin Laden dejara de pensar en sí mismo como un muyahidín animado por convicciones religiosas para convertirse en emprendedor de un terrorismo global practicado en nombre de

Alá. Ambos convergían en su manera de entender el islam y se encontraron por primera vez en 1986, en Peshawar. Nacido en el seno de una de las familias más influyentes y respetadas de Egipto, Ayman Zawahiri se había unido a una organización de extremistas musulmanes a los quince años de edad y estudió medicina. Más tarde fundó un temible grupo terrorista, la Yihad Islámica egipcia. Ya como médico personal de Osama Bin Laden, jefe del comité religioso y miembro del consejo consultivo de la incipiente Al Qaeda, favoreció a las facciones egipcias más radicales para transformar la entera estructura de los combatientes árabes afganos en una amplia red de terrorismo global.

Difícilmente sorprenderá que el paulatino proceso de radicalización que ha aquejado a importantes segmentos del mundo árabe y que ha venido acompañado de una generalizada crisis de identidad tenga relación con los avatares del conflicto entre palestinos e israelíes. Muy amplios segmentos de las poblaciones de los distintos países árabes han terminado por compartir la causa común de hacer frente al sionismo y a quienes lo apoyan. De aquí que el deficiente tratamiento deparado por las naciones occidentales al prolongado conflicto entre palestinos e israelíes, muy en concreto la política de las autoridades estadounidenses respecto a Oriente Próximo, haya suscitado un resentimiento generalizado y estimulado aún más la radicalización perceptible desde hace décadas en el seno del mundo árabe. Y con ello, a la postre, la propia deriva terrorista del fundamentalismo islámico en esa región del planeta y la configuración misma de una población de referencia asequible a los emprendedores de ese terrorismo global que apela a las facetas más agresivas del integrismo musulmán.

Por otra parte, es posible que los avatares del conflicto entre israelíes y palestinos carezcan ya de una incidencia significativa sobre las decisiones que toman los promotores de un terrorismo que, según se alega, es practicado por mandato coránico. En medio del enardecimiento mutuo entre pretorianos judíos y terroristas suicidas, el dirigente y fundador de Hamás, jeque

Ahmed Yasin, ha venido declarando que sus correligionarios no buscan más compromisos localizados y sólo les vale la guerra santa, lo que no es óbice para que Osama Bin Laden y sus seguidores se esfuercen por utilizar la dramática realidad de ese prolongado antagonismo como excusa para justificar el terrorismo global y conseguir aceptación popular en el mundo árabe. Una tentativa oportunamente criticada por Yassir Arafat, en su calidad de presidente de la Autoridad Nacional Palestina.

Pero tanto el que se reclama emir de Al Qaeda como los suyos están convencidos de encontrarse inmersos en una suerte de conflagración a escala planetaria entre devotos e impíos, entre fieles al islam y paganos hostiles a la comunidad de los creyentes. En la práctica, la afirmación y reafirmación de su identidad religiosa dejan a un lado cualesquiera otras consideraciones políticas que no sean la paulatina unificación de la nación islámica a partir de un creciente número de regímenes en los cuales se aplique estrictamente la sharía.

6 TRAS EL TERRORISMO SUICIDA

Quienes perpetraron los actos megaterroristas del 11 de septiembre eran diecinueve fundamentalistas islámicos, todos ellos varones y jóvenes, decididos a inmolarsse para estar seguros de que los atentados tendrían el éxito deseado. Se trataba pues de terroristas suicidas. Sus operaciones difieren de otro tipo de acciones terroristas porque la propia muerte del ejecutor asegura el cumplimiento de los objetivos previamente establecidos; esto es, los terroristas se disponen a morir ellos mismos para asegurar la muerte de otros. Si fueran meros suicidas, o incluso si se condujesen como suicidas, al no poder llevar a cabo actividades terroristas, quizá optarían por quitarse la vida sin tratar de arrebatársela a otras personas, o por perecer voluntariamente como resultado de una huelga de hambre. Esto último es lo que excepcionalmente hicieron en 1981 diez miembros del IRA encarcelados.

Pero no hablamos de meros suicidas: hablamos de terroristas decididos a matar premeditadamente. Son la bomba ideal, dotada de una inusitada capacidad para acertar en el blanco y sin preocupación alguna por cómo huir del lugar de los hechos una vez realizado su cometido, lo que hace menos complicada la tarea de perpetrar atentados altamente cruentos. El mero hecho de aludir a esta variedad del terrorismo estremece y desasosiega. No en vano, el terrorismo suicida se ha convertido en el más devastador de nuestros días cuando recurre a medios convencionales para generar destrucción e inocular miedo. Pero dispone de un potencial de letalidad mucho mayor en la medida en que viene pertrechado de armas no convencionales. Además, esas auténticas bombas humanas en que se convierten los terroristas suicidas eluden con preocupante facilidad las medidas de detención y respuesta habitualmente utilizadas para contener

el terrorismo. Son percibidas como una amenaza terrorista imprevisible e inevitable como ninguna otra, lo cual suscita mayor ansiedad y pánico entre las gentes que temen sufrir sus consecuencias.

Pero ¿en qué medida es el terrorismo suicida una de las innovaciones que conlleva la actual oleada del fenómeno, caracterizada entre otras cosas por su inspiración religiosa?

¿Hay algo más que fanatismo religioso detrás de la inquietante realidad de los terroristas suicidas? Ciertamente, entre los antecedentes remotos del terrorismo suicida es posible aludir a la secta de los asesinos, cuyas actividades se prodigaron entre los siglos xli y xui. Cuando el asesino abatía a sus víctimas —por lo general, musulmanes sunníes y, ocasionalmente, cruzados— no hacía esfuerzo alguno por escapar ni esperaba rescate. Sobrevivir a una misión era entendido como una desgracia. Desde mediados del siglo xvii hasta bien entrado el xx, la práctica de ataques suicidas fue adoptada como forma de resistencia anticolonial en el seno de distintas comunidades musulmanas asiáticas. Los miembros de estas comunidades, al igual que los de aquella secta, tenían al martirio por acto sacramental, aspiración loable a la vez que mandato divino, siempre según la interpretación extraída de ciertos textos religiosos y el parecer de algunas autoridades clericales.

Esa percepción es análoga a la que tienen de sus propósitos los actuales terroristas suicidas, a cuyos incentivos se añaden las promesas de que el mártir no sufrirá dolor mientras ejecute su acción; y tras la muerte ascenderá de inmediato a un paraíso glorioso. Un lugar que se describe atravesado por ríos de leche y vino, abundante en lagos de miel, donde el mártir disfrutará de setenta y dos vírgenes, verá el rostro de Alá y podrá reunirse con varias decenas de sus familiares predilectos. El mensaje escrito que dejó tras de sí Mohammed Atta, líder de los secuestradores del 11 de septiembre, está lleno de exhortaciones al martirio y no deja duda alguna sobre lo que esperaba en el más allá. El mismo convencimiento exhiben los terroristas suicidas, en su gran mayoría varones adolescentes o veinteañeros, que

frecuentemente conmocionan las ciudades israelíes haciendo estallar los explosivos que llevan adosados a su cuerpo en autobuses o calles. Lejos del anonimato, graban en video testimonios proselitistas de fe antes de encaminarse a hacer efectiva su homicida autoinmolación.

Sin embargo, el suicidio como tal se encuentra estrictamente prohibido por el islam; y de acuerdo con esta religión quienes lo cometen no acceden a paraíso alguno. Ahora bien, siempre de acuerdo con este mismo credo, perder la vida en situación de yihad —más concretamente en combate dentro de una guerra santa contra los enemigos de la comunidad de los creyentes— proporciona ese acceso privilegiado al paraíso. Así, para bendecir los atentados cometidos por terroristas suicidas, conferirles la condición de mártires autoelegidos y convertirlos en legítimos beneficiarios de incentivos selectivos muy preciados, las autoridades religiosas adscritas a sectores integristas del mundo islámico no han hecho otra cosa que declarar aquellos actos como propios de la yihad. De este modo resulta evidente la lógica cultural subyacente a la opción de los terroristas suicidas que antes de serlo se han adherido a una u otra corriente del fundamentalismo islámico.

Al quedar definidos como mártires —creyentes persuadidos de estar haciendo suprema profesión de fe con sus acciones y en modo alguno tenidos por suicidas ni por criminales—, ellos y sus actos pueden homenajearse dentro de su entorno social. Si la búsqueda del martirio está bien vista e incluso altamente valorada en una subcultura religiosa, hasta los allegados del terrorista suicida, lejos de expresar duelo alguno, a buen seguro intervendrán en la exaltación orgullosa del que ha perdido deliberadamente su vida matando infieles o renegados. Así, los terroristas suicidas serán ensalzados como modelo a seguir para otros adolescentes y jóvenes fanatizados, a los que el odio y la desesperación pueden servir de motivación añadida si deciden convertirse en mártires reverenciados. Por ejemplo, los jóvenes y adolescentes palestinos que hoy se inmolan matando judíos indiscriminadamente fueron niños socializados en el

traumatizante ambiente de violencia que caracterizó a la primera intifada, y muchos de ellos adoctrinados en escuelas coránicas regentadas por fundamentalistas islámicos.

¿Esto lo explica todo? Seguramente no. Para empezar, porque el recurso al terrorismo suicida no es algo exclusivo de fundamentalistas islámicos. Al Fatah y otras organizaciones nacionalistas o de la izquierda radical palestina, en principio no confesionales, son responsables de un pequeño pero significativo porcentaje de los atentados suicidas perpetrados en territorio israelí durante la última década. El terrorismo suicida ha formado parte, asimismo, del repertorio de actividades terroristas desplegado a lo largo de la segunda mitad de los noventa por los irredentistas kurdos del PKK en Turquía, pese a su ideario marxista-leninista. Se sabe, por ejemplo, que no pocos de sus activistas suicidas sufrieron coacciones e intimidación a manos de otros miembros del grupo para que aceptaran las misiones encomendadas. Se avenían para no ser ejecutados ni entregados a la policía turca.

Desde finales de los ochenta, esa modalidad del terrorismo la han practicado también los LTTE (Liberation Tigers of Tamil Eelam o Tigres de Liberación del Eelam Tamil), organización surgida a principios de esa década en Sri Lanka. Este grupo guerrillero nacionalista dispone de dos secciones dedicadas a la preparación de militantes dispuestos a cometer atentados suicidas. Tal y como ha reconocido uno de sus máximos dirigentes, en declaraciones publicadas por el International Herald Tribune el 15 de enero de 2003, el terrorismo suicida fue introducido en el repertorio de actividades violentas desarrollado por los LTTE como una táctica ofensiva. Es decir, a modo de una estrategia ideada para compensar la desventaja numérica de los guerrilleros tamiles con respecto a la envergadura militar de sus adversarios y asegurarse así de infligirles el máximo daño posible con un mínimo de pérdidas propias. En este caso como en otros, la decisión de cometer atentados suicidas se adoptó de acuerdo con un cálculo de costes y beneficios llevado a cabo por los dirigentes del movimiento rebelde.

En Oriente Próximo, los atentados suicidas empezaron a adquirir especial notoriedad en 1983. Ese año, una serie de coches y camiones cargados de dinamita, y conducidos por terroristas suicidas decididos a que los vehículos colisionaran frontalmente contra el blanco, produjeron ochenta muertos en la embajada de Estados Unidos en Beirut; doscientos cuarenta y uno en el cuartel general de los infantes de marina estadounidenses, que desarrollaban tareas de mantenimiento de la paz en aquella ciudad; cincuenta y ocho entre las tropas francesas destacadas allí mismo con idéntica misión; y en fin, ochenta y ocho en un edificio oficial israelí en Tiro. Éstos y otros veintisiete episodios similares ocurrieron sólo en el Líbano y hasta 1986. Aunque esos primeros incidentes fueron atribuidos a fundamentalistas shiíes de Yihad Islámica y Hezbolá, lo cierto es que tres cuartas partes del total de atentados suicidas perpetrados mediante aquel cruento procedimiento los llevaron a cabo militantes de grupos armados nacionalistas y laicos, probablemente instigados a ello por los servicios secretos sirios.

Por otra parte, es concebible que la realidad actual de los terroristas suicidas, tanto en el contexto del prolongado conflicto que mantienen palestinos e israelíes como en relación con el emergente terrorismo global, no derive directamente de una lógica inherente a la doctrina del fundamentalismo islámico ni de la valoración social concedida al martirio dentro de una determinada subcultura religiosa. Abadia Shami, un conocido responsable de la Yihad Islámica palestina en Gaza, respondía de este modo a la pregunta que sobre la práctica de atentados suicidas le fue formulada en 1994 por periodistas de una cadena de televisión establecida en la zona:

No poseemos el armamento de que dispone nuestro enemigo. No tenemos aviones ni misiles, ni siquiera un cañón con el que podamos luchar contra la injusticia. El instrumento más efectivo para infligir daño y perjuicio con el mínimo de pérdidas son las operaciones de esta naturaleza. Éste es un método legítimo, basado en el martirio. El mártir recibe el privilegio de entrar en el paraíso y se libera del dolor y la miseria.

Estas declaraciones se reprodujeron en un artículo incluido en el volumen noveno de la revista académica internacional *Terrorism and Political Violence*. Interesa observar cómo, antes de referirse a la eventual justificación religiosa de los atentados suicidas y a las recompensas inmateriales que esperan a quienes los perpetren, el venerado dirigente entrevistado alude, por una parte, al carácter asimétrico del enfrentamiento armado y a las carencias armamentísticas de su propia organización; y por otra, a la necesidad de causar el mayor quebranto posible al enemigo pero minimizando el número de bajas —que por lo demás se asumen como inevitables entre los propios activistas disponibles.

Diríase que, entre las organizaciones que practican sistemáticamente el terrorismo, el cálculo táctico precede a cualquier pulsión fanática en la decisión de recurrir también sistemáticamente a los atentados suicidas. Es decir, que los atentados suicidas constituyen antes una sopesada estrategia terrorista de bajo costo que un imperativo de la guerra santa. Más aún si se tiene en cuenta que la exhibición de mártires pertenecientes al propio bando adquiere gran importancia propagandística. De este modo, los incentivos religiosos pueden muy bien producirse a posteriori, en un intento de conferir una legitimidad trascendental a esa innovación utilitaria en el repertorio del terrorismo protagonizado por fundamentalistas musulmanes, que para muchos de ellos no es sino la variante actualizada de un tipo ancestral de violencia. Ello facilita el adoctrinamiento y entrenamiento específico por el que atraviesan las futuras bombas humanas en los grupos armados a que pertenecen, si bien lo habitual es que quienes acaban inmolándose para matar más y mejor tengan ya alguna experiencia previa en actividades terroristas.

Estos argumentos pueden también aplicarse al denominado movimiento de resistencia islámica Hamás, fundado en 1987 al iniciarse la primera intifada palestina. Sus dirigentes optaron por recurrir al terrorismo suicida en territorio israelí a partir de 1993 con atentados cuya periodicidad y factura, según la situación política y circunstancias internas de la organización, revelan

asimismo la estimación táctica hecha respecto al uso de dicha variedad de violencia. Con el recurso a atentados suicidas se trataba de desbaratar el recién iniciado proceso de paz entre palestinos e israelíes, así como provocar una reacción desmesurada por parte de las autoridades judías que radicalizara las posiciones e impidiera cualquier acuerdo. Ello no excluye el intercambio de experiencias entre sus militantes temporalmente exiliados en territorio libanés a principios de los noventa y los de la organización shií Hezbolá, que habría influido sobre la posterior evolución estratégica de Hamás, sin olvidar el afán de venganza que estimulan los actos de terrorismo perpetrados por extremistas hebreos o las incursiones abusivas del ejército israelí.

Hamás ha reivindicado más de la mitad de los atentados suicidas cometidos desde el inicio de los noventa y hasta 2001 en centros urbanos o zonas comerciales de Israel, siendo la Yihad Islámica palestina responsable de una tercera parte de los episodios del mismo tipo, cuyo total asciende a cincuenta y tres. Ambas organizaciones tienen su origen en los Hermanos Musulmanes. En conjunto, sus atentados suicidas equivalen al diez, por ciento del total de los incidentes terroristas protagonizados por individuos y grupos radicales palestinos durante aquel periodo. Son datos publicados en 2002 por el Centro de Estudios sobre Seguridad Nacional, de la Universidad de Haifa. Cada atentado suicida cuesta unos 150 dólares, a los que se deben añadir los entre 12.000 y 15.000 que han venido recibiendo las familias de los considerados mártires, gracias a fondos proporcionados por varias entidades árabes en general y palestinas en particular, en ocasiones costeadas por el derrocado presidente de Irak, Sadam Husein.

Pero la retórica utilizada por las organizaciones palestinas que hacen suyos los postulados del fundamentalismo islámico y recurren al terrorismo suicida insiste tanto en proclamas antisionistas como en la crítica de la ocupación militar judía de Cisjordania y Gaza. También, sin embargo, en la obligación que tienen todos los musulmanes de unirse a los combatientes de la yihad y en la necesidad de extender el espíritu de la guerra santa

entre la comunidad de los creyentes mientras haya enemigos que, según se alega, usurpan las tierras del islam. De acuerdo con los datos de que dispone el International Policy Institute for Counter-Terrorism, sito en Herzlyia, en torno a un cuarenta por ciento de la población palestina justifica regularmente los atentados suicidas, porcentaje de apoyo a esta expresión de terrorismo que se eleva hasta un setenta por ciento entre los seguidores del movimiento de resistencia islámica Hamás.

El terrorismo suicida resulta por lo común, además de muy letal, altamente indiscriminado. Eso es algo inherente al empleo de esta singular táctica violenta. Reducir al mínimo de una o dos las bajas propias y maximizar las pérdidas infligidas al adversario implica que en los atentados suicidas perezcan gentes de toda condición, tanto civiles como militares. Quienes deciden adoptar esta táctica y ordenan que se ejecute lo saben bien. Pero lo asumen y lo justifican. Para los LTTE, por ejemplo, los militares de Sri Lanka son únicamente el instrumento de una política que los terroristas califican de genocida, de modo que tampoco hacen distinciones entre políticos y soldados, entre quienes toman decisiones públicas y los que están inmersos en la acción militar. Tampoco entre autoridades y militares, por un lado, y los civiles circunstantes de cualquier género o edad por el otro, como de hecho revelan una y otra vez las horrendas consecuencias del terrorismo suicida.

Justificaciones del mismo estilo podemos encontrar en la «Carta al pueblo estadounidense», atribuida con fundamento a Osama Bin Laden. Este documento apareció en noviembre de 2002, inicialmente en lengua árabe y accesible desde un portal saudí de Internet reiteradamente utilizado por Al Qaeda. Después se tradujo al inglés por islamistas radicales residentes en el Reino Unido para divulgarlo a través de la propia red de redes, en sitios donde el texto se acompañaba a veces de información sobre cómo fabricar bombas o sobre el uso de armas químicas y bacteriológicas. En dicha carta, cuya aparente finalidad era la de explicar a los estadounidenses por qué se lucha concretamente contra ellos y qué se les pide, se aprueban las agresiones contra

civiles, tanto estadounidenses en particular como occidentales en general, en los siguientes términos:

El pueblo estadounidense es el que elige libremente a su Gobierno; una elección que emana del acuerdo con sus políticas. De este modo, el pueblo estadounidense ha elegido, consentido y afirmado su apoyo a la opresión israelí de los palestinos, la ocupación y usurpación de sus tierras [...].

El pueblo estadounidense es el que paga los impuestos con que se financian los aviones que nos bombardean en Afganistán, los tanques que golpean y destruyen nuestras casas en Palestina, los ejércitos que ocupan nuestras tierras en el Golfo de Arabia y las flotas que aseguran el bloqueo de Irak [...]. Por tanto, el pueblo estadounidense es el que financia los ataques contra nosotros y el que supervisa el gasto de esos dineros del modo en que desean, a través de sus candidatos electos.

Además, el Ejército estadounidense es parte del pueblo estadounidense. Ésta es la razón por la que el pueblo estadounidense no puede ser inocente de todos los crímenes cometidos contra nosotros por los estadounidenses y los judíos.

Alá, el Todopoderoso, ha legislado el permiso y la opción de tomar la revancha. Así, si se nos ataca, tenemos el derecho de atacar. Si quienquiera destruye nuestros pueblos y ciudades, entonces tenemos el derecho de destruir sus pueblos y ciudades. Si quien sea ha robado nuestra riqueza, entonces tenemos el derecho de destruir su economía. Y si quien sea ha matado a nuestros civiles, entonces tenemos derecho a matar a los suyos.

Y, a todo esto, ¿a qué están llamados los estadounidenses, según Osama Bin Laden y quienes pertenecen a su red del terrorismo global? ¿Qué es lo que estos musulmanes fundamentalistas piden a los estadounidenses y, por extensión, al resto de los occidentales? La carta es clara, concisa y contundente a este respecto: «Lo primero a lo que les llamamos es al islam».

7 ¿CHOQUE DE CIVILIZACIONES?

A estas alturas es muy posible que casi nadie lo recuerde. Pero el 24 de agosto de 1994 tres muchachos de nacionalidad francesa, hijos de inmigrantes argelinos que se habían instalado en un suburbio parisino a finales de los sesenta, ametrallaron y causaron la muerte a dos turistas españoles en el hotel Atlas Asni de Marrakech. El crimen fue planeado por un carnicero de origen marroquí, residente también en la capital francesa, que dedicaba la mayor parte de su tiempo a la mezquita del barrio y a captar jóvenes árabes dentro de una corriente fundamentalista del islam. Esta tarea le vino facilitada por la radicalización que entre los futuros adeptos, quizá orientados ya hacia un puritanismo wahhabí, produjeron acontecimientos como la intervención occidental durante la primera guerra del Golfo de 1991, los avatares de la crisis argelina o las contiendas que tuvieron lugar en la antigua Yugoslavia.

A los adolescentes captados se les mostraban videos grabados en Bosnia, por ejemplo, en los que se veía a mujeres musulmanas descuartizadas, a hombres de obediencia islámica mutilados y a sus hijos muertos a golpes.

Así es como acababan finalmente persuadidos de que estaba en marcha una suerte de ofensiva mundial contra el islam. A esos muchachos, a los tres que acabaron disparando contra turistas españoles, ya sólo les faltaba que alguien les ofreciera dinero para sumarse a la defensa colectiva de la comunidad de los creyentes y, con el dinero, la posibilidad de dejar atrás la marginalidad y el aburrimiento de su barrio parisino. Y ocurrió de esa manera. Pakistán fue el primer destino de su viaje. Afganistán, el segundo y definitivo. En ambos países aprendieron a manejar armas de combate y perdieron el miedo a morir. A la vuelta, el carnicero parisino, que recibía fondos de un proveedor

de armas a grupos de integristas islámicos, les instó a que perpetraran atracos para sufragar gastos y les conminó a realizar un atentado en Marruecos, contra un hotel. A su juicio, una acción de esas características aseguraba impacto y celebridad, para convertirse en auténticos soldados de Alá. Los asesinos la llevaron a cabo, convencidos como estaban de contribuir al combate contra una conspiración cristiana, sionista y capitalista.

No pocos de los datos contenidos en este relato prefiguran el alcance y funcionamiento de las actuales redes del terrorismo global, desde los procesos de captación y adoctrinamiento ideológico en el seno de comunidades inmigrantes asentadas en ciudades europeas hasta el adiestramiento en el uso de armas y explosivos dentro de territorio afgano. Por otra parte, el asesinato de turistas occidentales fue práctica habitual de islamistas radicales entre 1993 y 1997 como manera de afectar a las autoridades egipcias y, según justificaban los dirigentes de ese sector musulmán fanatizado, porque con los extranjeros llegaban el sida, la droga y el espionaje. Tan sólo durante el año 2002, los visitantes occidentales han sido blanco reiterado del terrorismo internacional. Baste recordar atentados como los perpetrados en la isla tunecina de Yerba en abril, donde perecieron diecinueve personas, catorce de ellas alemanas. O en la ciudad portuaria de Karachi en mayo de ese mismo año, donde resultaron muertos once expertos navales de nacionalidad francesa.

Pero ningún episodio terrorista había resultado tan cruento desde aquel 11 de septiembre como el que tuvo lugar en la isla indonesia de Bali exactamente trece meses después. La detonación de un potente explosivo frente a una discoteca ocasionó cerca de doscientos muertos y más de trescientos heridos, en su mayoría australianos. Ahora bien, los terroristas que mataron a dos turistas españoles en Marraquech, los que acribillaron a varias docenas de viajeros en Luxor, los que asesinaron a aquellos excursionistas alemanes en Yerba, los que quitaron la vida a los empleados franceses en Karachi o los que provocaron la masacre de Bali eran radicales islamistas relacionados con una trama de dimensiones globales y actuaban

convencidos de estar combatiendo al mundo occidental. Igual que en tantos otros incidentes contra entidades cristianas, empresas norteamericanas o intereses europeos en distintos países africanos y asiáticos.

Cabe entonces preguntarse: ¿acaso es el actual terrorismo internacional exponente de lo que ha dado en denominarse choque de civilizaciones? Samuel Huntington, como es sabido, sostiene en su conocida obra sobre la reconfiguración del orden mundial tras el colapso de los regímenes comunistas que el final de la guerra fría no nos lleva a un entorno internacional más pacífico, sino a una situación que implica conflictos de índole religiosa entre las principales civilizaciones existentes en nuestros días. Básicamente, entre las civilizaciones china, japonesa, hindú, islámica, ortodoxa y occidental. El argumento va más allá y apunta que la civilización islámica es la más propensa a implicarse en conflictos violentos, mientras que la occidental, probablemente debido a su predominio y a la animosidad que esta situación genera, es el objetivo más verosímil de ataques de otras civilizaciones. Pues bien, ¿en qué medida se acomoda o no el terrorismo internacional a lo planteado desde esta línea de análisis?

Leonard Weinberg y William Eubank han analizado estadísticamente datos referidos a cinco mil cuatrocientos incidentes de terrorismo internacional. En su minucioso estudio, publicado como contribución a la obra colectiva *The future of terrorism*, aparecida en el año 2000, comprobaron que, desde el final de la guerra fría, la evolución del fenómeno parece acomodarse a lo argumentado en la conocida hipótesis sobre el choque entre civilizaciones. Por una parte, los incidentes en que los terroristas y los blancos de su violencia proceden de civilizaciones diferentes superan, durante la década de los noventa, a aquellos en los cuales tanto agresores como víctimas pertenecen a la misma civilización. Es decir, lo contrario de lo que había ocurrido en los dos decenios precedentes, aunque el punto de inflexión tiende a situarse a mediados de los ochenta. Este dato invitaría a pensar que la violencia asociada a

antagonismos entre civilizaciones, especialmente entre la musulmana y la occidental, estaba incrementándose de manera significativa algunos años antes de que cayera el Muro de Berlín.

Por otra parte, la gran mayoría de quienes han perpetrado esos atentados son individuos o grupos de origen islámico, fundamentalistas musulmanes en concreto, mientras que los blancos preferentes vienen siendo personas e intereses adscritos al ámbito de la civilización occidental. Esta relación se mantiene incluso si, para eludir cualquier distorsión en las cifras debida a los atentados que tienen lugar en el marco específico del conflicto entre palestinos e israelíes, consideramos a los objetivos judíos en una categoría separada. Aunque los blancos occidentales no son tampoco los únicos contra los que se dirige un terrorismo inspirado en el islamismo radical. En las regiones indias de Cachemira y Gujarat, por ejemplo, gracias al apoyo que varios grupos armados de radicales musulmanes reciben por parte de los servicios secretos paquistaníes, la violencia terrorista se ejecuta contra civiles y militares hindúes, en el contexto de una conflictividad entre comunidades religiosas que ha causado decenas de miles de muertos desde finales de los ochenta.

Cabría preguntarse si estas pautas del terrorismo internacional son ya el resultado de una situación de conflicto manifiesto entre civilizaciones o, por el contrario, anticipan el potencial de desarrollo subyacente a dicho antagonismo y pueden interpretarse como un indicador de tendencias futuras. Potencial y tendencias cuya realización dependerá, en buena medida, del estilo de las respuestas nacionales y multinacionales adoptadas para combatir el terrorismo global. De cualquier manera, el predominio de un terrorismo internacional llevado a cabo por fundamentalistas islámicos contra objetivos occidentales encuentra su patético reverso en la creciente violencia del mismo tipo, aunque todavía de mucha menor letalidad, que extremistas europeos y norteamericanos vienen perpetrando contra musulmanes en sus propias sociedades. Human Rights Watch denunció en noviembre de 2002 que las agresiones xenófobas sufridas por ciudadanos estadounidenses islámicos o de origen

árabe se habían incrementado en un mil setecientos por ciento durante el primer año transcurrido desde el 11 de septiembre. (Pag 123)

¿Otros ejemplos recientes y más cercanos? A mediados de junio de 2002, un grupo de jóvenes neonazis lanzó de madrugada un cóctel Molotov contra la vivienda habitada por una familia magrebí de nueve miembros en la localidad catalana de Sant Vincenc de Castellet. A primeros de octubre, ese mismo año, un hombre armado con un fusil de caza recorrió las zonas más concurridas de noche por jóvenes de origen magrebí en la ciudad francesa de Dunkerque. Gritaba que iba a matarlos a todos. Mató a un adolescente de diecisiete años e hirió a otras tres personas. Algo más de un mes después, en noviembre, en la localidad alemana de Wolfenbuettel fueron detenidos cinco ultraderechistas, de entre quince y veintidós años, acusados de incendiar una mezquita a la que acuden normalmente inmigrantes turcos. Estas acciones violentas, inspiradas en la exaltación de la raza blanca y el odio a los árabes musulmanes afectan gravemente la cohesión social en entornos multiculturales y reclaman tanto una respuesta política como un tratamiento jurídico equivalente al que se depara a otras variedades de terrorismo.

En todo caso, ¿qué dicen aquellos individuos y colectivos de confesión musulmana a los cuales se atribuye la práctica del terrorismo internacional contra blancos occidentales? ¿Se consideran ellos mismos implicados en un conflicto entre la civilización islámica y la civilización occidental? ¿Están empeñados en lograr que el islam se imponga violentamente sobre cualquier otra religión? ¿A qué se refería el clérigo Abu Bakar Bashir, de 64 años y responsable de una escuela coránica en Java, acusado por las autoridades estadounidenses y australianas de dirigir la Yemaa Islamiya, cuando preguntado por los periodistas sobre si tenía algo que decir a los familiares de las ciento ochenta y siete víctimas mortales, en su mayoría turistas occidentales, del atentado perpetrado en Bali el 12 de octubre de 2002 y atribuido a ese grupo radical, respondió: «Lo único que

les puedo recomendar es que se conviertan al islam lo antes posible»?

Exactamente al mes de ese terrible atentado, el propio Osama Bin Laden remitió a la cadena árabe de televisión Al Yazira, con sede en Qatar, una grabación en la que celebraba esos y otros destacados ataques recientes contra personas e intereses occidentales. Recientemente, un barco mercante de bandera francesa había sido objeto de un ataque terrorista en aguas del mar Arábigo; y lo mismo les ocurrió a unos soldados estadounidenses destacados no lejos de allí. Además, una partida de cincuenta islamistas radicales de origen checheno secuestró durante tres días a ochocientas personas en un teatro de Moscú, antes de que una unidad especializada de los servicios rusos de seguridad interviniera ocasionando la muerte a cincuenta terroristas; y sin impedir que, debido a la toxicidad de un gas utilizado en la operación de rescate, pereciesen más de cien rehenes. Pues bien, el emir o máximo dirigente de la red terrorista Al Qaeda justificaba de esta manera todos esos atentados, anticipándonos con sus palabras una respuesta a aquellos interrogantes:

Todas las operaciones que se han producido contra los alemanes en Túnez, contra los franceses en Karachi, contra australianos y británicos en Bali, contra un petrolero francés en Yemen y contra los marines en Kuwait, así como la toma de rehenes en Moscú, todo esto no es más que una respuesta de los musulmanes que se preocupan por la religión.

Así como nos matáis y nos bombardeáis, también lo sufriréis vosotros. Al igual que matáis, moriréis.

Más aún: en la primavera de 2002, ciento cincuenta académicos e intelectuales religiosos saudíes hicieron pública a través de Internet una carta abierta titulada «Cómo podemos coexistir». En el trasfondo del documento se adivinaban, claro está, los sucesos del precedente 11 de septiembre. La carta abierta afirmaba una serie de los valores que el islam tendría en común con otras religiones, subrayando al mismo tiempo que el problema reside en la ignorancia de las creencias musulmanas por parte de los

occidentales y llegando a citar versos coránicos favorables a los cristianos. Semanas más tarde, a inicios del mes de mayo de 2002, en uno de los sitios web entonces a disposición de la red terrorista Al Qaeda, concretamente el del denominado Centre for Islamic Studies and Research, apareció un furibundo documento de catorce páginas con el encabezamiento «Por favor, póstrense en privado» y suscrito por Abu al Bara. Se trataba de una respuesta a la mencionada carta abierta de los intelectuales y académicos religiosos saudíes.

Tras sostener que los contenidos de esa carta abierta son una prueba de derrotismo y que los musulmanes no tienen nada en común con los occidentales, acusar a estos últimos de experticia en el colonialismo y culpar a los signatarios de no seguir algunos dogmas básicos del islam, el autor de la respuesta insiste en que un musulmán es mejor que un millón de impíos y se pregunta, un tanto retóricamente, si el Profeta buscó un entendimiento mutuo con los infieles o por el contrario combatirlos para hacer que se sometieran al dominio musulmán. Argumentos que desarrolla antes de advertir lo que sigue:

Una persona tiene sólo tres opciones: convertirse en musulmán, vivir bajo el dominio del islam o ser muerto.

8 HASTA DÓNDE LLEGA AL QAEDA

Diciembre de 2002. La policía española detiene en su domicilio, sito en la pequeña localidad riojana de Tüdelilla, a un hombre de nacionalidad argelina al que las autoridades de su país buscaban por homicidio y pertenencia a organización terrorista. Había llegado huyendo de Francia un ario antes, tras haber combatido' junto a otros muyahidines voluntarios en las guerras civiles que asolaron Bosnia y Kosovo. Antes de eso se entrenó en los campos de Al Qaeda en territorio afgano, especializándose en la confección y el manejo de explosivos. Pese a no tener trabajo ni ingresos conocidos, adquirió una casa de campo con tres plantas y tenía vehículo propio. Raramente se dejaba ver por el pueblo y se movía más bien de noche, pero todos los indicios apuntan a que su función consistía en hacer propaganda de la yihad, impartiendo charlas en centros religiosos musulmanes y promoviendo escuelas islámicas de orientación fundamentalista en distintos municipios españoles. También se dedicaba al reclutamiento de jóvenes inmigrantes de origen árabe para la práctica del terrorismo internacional.

Marzo de 2003. Un paquistaní al que se acusa de estar implicado en la trama financiera internacional de Al Qaeda es detenido en Logroño, esta vez por miembros de la Guardia Civil que siguen instrucciones judiciales a petición de las autoridades francesas y están colaborando con agencias de seguridad alemanas. El sospechoso es propietario de un locutorio en la capital riojana y parece que sus negocios, al igual que los de unos empresarios valencianos también arrestados y con quienes mantiene vínculos, podrían estar relacionados con la financiación de actos terroristas. En concreto, con la recaudación y transferencia del dinero utilizado para realizar el atentado suicida que en abril del año anterior provocó la muerte a diecinueve

personas junto a una sinagoga en la isla tunecina de Yerba. Según versiones de los vecinos, al comercio en cuestión apenas entraban clientes, a diferencia de otros semejantes ubicados en las proximidades, aunque por las tardes solían reunirse en sus dependencias unas seis u ocho personas que luego abandonaban el lugar en coches de gran cilindrada.

En suma, ha habido actividades de reclutamiento y recaudación de fondos en territorio español, desde donde se ha canalizado dinero para las actividades terroristas de Al Qaeda en otros ámbitos, utilizando como tapadera empresas dedicadas a la promoción y construcción de viviendas. También actividades de refugio y cobertura logística. Debido en buena medida a razones de proximidad geográfica, así como al fenómeno de la inmigración y a las mayores facilidades de entrada que ofrece España, las redes del actual terrorismo global se han ido diseminando desde mediados los años noventa a lo largo de la costa mediterránea, y el valle del Ebro, por algunas provincias andaluzas del interior y en Madrid. Se trata de células bien conectadas con otras establecidas en países europeos como Alemania o Italia. Cinco de los terroristas suicidas que cometieron los atentados megaterroristas del 11 de septiembre viajaron por España semanas antes. Al Qaeda ha utilizado el territorio español como una de sus principales bases europeas. Es probable que sus ciudadanos y gobernantes se conviertan en blanco del terrorismo global.

De los campos de entrenamiento en la provincia afgana de Paktia a las bases para el proselitismo y la financiación establecidas en localidades de La Rioja, y de ahí a la ejecución de atentados en las costas del Magreb. Antes de eso, reuniones en Tarragona para ultimar los preparativos del 11 de septiembre. Afganistán, España, Francia, Argelia, Bosnia, Kosovo, Pakistán, Alemania, Túnez, Estados Unidos... ¿hasta dónde llega Al Qaeda? Este entramado terrorista tiene presencia en unos setenta países y activistas dispuestos a ejecutar atentados en no menos de cuarenta, tanto en sociedades donde la población musulmana abunda o es mayoritaria como entre comunidades islámicas de

inmigrantes asentadas en naciones occidentales. En estas últimas busca establecer estructuras de apoyo y movilizar recursos. En las primeras cuenta con campos de entrenamiento e importantes instalaciones logísticas, especialmente en territorios de difícil acceso y donde la autoridad estatal está muy debilitada o es incapaz de ejercer las funciones de control que quedan dentro de su ámbito jurisdiccional.

Al Qaeda es un entramado terrorista complejo y flexible, único por su alcance transnacional y composición multiétnica. Como indicador evidente de que se trata de una red de terrorismo global, su presencia se extiende desde los archipiélagos del sureste asiático hasta las metrópolis estadounidenses, desde la zona trifronteriza del cono sur latinoamericano hasta los confines transcaucásicos, pasando por las riberas mediterráneas. Dispone de unos tres mil miembros, en su mayoría suníes y procedentes de países árabes. Tras la intervención militar estadounidense en Afganistán en el otoño de 2001, una sustanciosa porción de estos militantes permanece concentrada en torno a la frontera entre ese país y su vecino Pakistán; en menor medida, al otro lado de la frontera iraní; también en Indonesia; y en algunas naciones del llamado cuerno de África, hacia donde la red terrorista global se había extendido desde inicios de los noventa; así como en territorios desérticos del Yemen y, finalmente, en la conflictiva zona del Cáucaso, como por ejemplo en el desfiladero de Pankisi, en la frontera entre Georgia y Rusia.

Pero la red terrorista de Al Qaeda está constituida también por células permanentes o semipermanentes de militantes adiestrados distribuidos por muchas otras regiones del planeta. La estricta compartimentación de esta red terrorista le permite mantener estándares muy elevados de secretismo y seguridad. Esas células, por lo común de entre dos y quince miembros, se articulan con independencia de los grupos locales asociados a Al Qaeda que pudieran existir en su misma zona, disponen de infraestructura aparte y se procuran la mayor parte de sus propios recursos. Las hay distribuidas por Europa occidental, especialmente en el Reino Unido, Alemania e Italia, además de España. También por

el norte y el este de África, el sureste asiático y Norteamérica. Generalmente carecen de instrucciones minuciosas, aunque sus componentes han recibido entrenamiento terrorista básico y, además de captar nuevos miembros —por lo común de entre comunidades de musulmanes expatriados—, pueden tomar la iniciativa para cometer atentados ocasionales.

Hay células especializadas en el robo y falsificación de documentos, otras centradas en la adquisición de recursos económicos y, finalmente, las dispuestas a perpetrar atentados. Cuando estas últimas no se encuentran implicadas en la realización de actos terroristas, permanecen inactivas o dormidas, a la espera de que se produzca una oportunidad propicia para llevar a cabo acciones violentas, o de recibir instrucciones formales de quienes toman las decisiones en la organización. Pueden cooperar en atentados cometidos por otros correligionarios. Especialmente en los encomendados a aquellos miembros más dedicados y comprometidos de la red terrorista global. Partidas cuidadosamente seleccionadas de militantes que reciben una generosa financiación para llevar a cabo con éxito objetivos específicos y a menudo muy espectaculares, como los atentados del 11 de septiembre. Se ha detectado también la existencia de células autoconstituidas que plantean por si mismas la realización de un determinado atentado y tratan luego de recabar la conexión y el apoyo financiero de Al Qaeda.

Esta red terrorista global utiliza teléfonos celulares o vía satélite, mensajes encriptados a través del correo electrónico y otros sistemas proporcionados por Internet para sus comunicaciones internas y en tiempo real. Despliega una intensa y sostenida actividad a través de Internet, herramienta que sus dirigentes consideran el principal medio para transmitir propaganda contra el mundo occidental, muy efectiva para crear y recrear una cultura global de la guerra santa entre los musulmanes, cualquiera que sea el lugar donde residan. Al Qaeda mantiene un sitio web en lengua árabe, que sostiene y estimula el apoyo que disfruta entre musulmanes radicales de todo el mundo, además de servir como medio para transmitir a sus células

información codificada relacionada con operaciones terroristas en curso. Si algo caracteriza a la red terrorista global dirigida por Osama Bin Laden es precisamente que conjuga las nuevas tecnologías de información y comunicación con una interpretación tradicional y fundamentalista de la yihad.

El llamado comité militar de Al Qaeda es el que se encarga de reclutar y adiestrar nuevos activistas, además de planificar y dirigir la comisión de atentados. Sus responsables, entre los que desempeñó un destacado papel Khalid Sheik Mohammed, quien planeó los atentados del 11 de septiembre pero fue detenido en Rawalpindi en marzo de 2003, gestionan campos de entrenamiento en distintos lugares del mundo. A quienes superan las pruebas previstas les asignan destinos en países o zonas relevantes por la existencia de poblaciones o comunidades musulmanas, donde se les encomienda que establezcan células. Este comité militar es uno de los cinco establecidos en 1998 por debajo del consejo consultivo de Al Qaeda, instancia que proporciona la dirección estratégica y es donde se toman las decisiones tácticas más importantes. El resto de los comités atiende, respectivamente, a asuntos económicos, comunicaciones, estudios islámicos y prensa o publicidad. En el de estudios islámicos se integran varios clérigos y académicos religiosos, que elaboran las fatwas y otros escritos de propaganda.

La actual red del terrorismo global dispone también de un número indeterminado, pero a buen seguro bastante más elevado, de correligionarios dispuestos a movilizarse ocasionalmente. Sólo durante la década de los noventa, ha procurado entrenamiento a más de diez mil activistas propios y de movimientos islamistas asociados. De hecho, mantiene conexiones, tan aparentemente tenues como de hecho muy robustas, con numerosos grupos armados, a muchos de los cuales ha conseguido absorber. Así, por ejemplo, proporciona especialistas, entrenamiento y recursos a grupos políticos y organizaciones armadas islamistas en el sureste asiático con el objetivo compartido de crear un régimen musulmán que incluya el sur de Tailandia, Malaisia, Singapur, Brunei, Indonesia,

Camboya y buena parte de Filipinas. Conexiones similares mantiene con movimientos fundamentalistas de Argelia, Libia, Egipto, Pakistán, Bangladesh, Somalia, Palestina, Sudán, Yemen, Chechenia, Tayikistán o Somalia. Desde Abu Sayyaf o la Yemaa Islamiya hasta los GIA. Al Qaeda ha articulado de este modo al islamismo radical en todo el mundo.

Además, se estima que Al Qaeda permanece infiltrada en una quinta parte del total de las asociaciones islámicas conocidas, incluyendo partidos políticos y organizaciones no gubernamentales que se presentan como entidades caritativas. Mantiene también un contingente de miembros especializados en actividades guerrilleras que operan sobre todo en Afganistán. Sus aproximadamente dos mil combatientes estuvieron en su día integrados en el ejército de los talibán. Proviene sobre todo de países árabes y en su mayoría participaron en la guerra contra la ocupación soviética de Afganistán o lo han hecho en otros conflictos localizados como el de Cachemira. Están bien equipados y su presencia sigue siendo muy significativa en el territorio afgano pese a las serias pérdidas que sufrieron durante la intervención militar estadounidense tras los atentados del 11 de septiembre. Aún hoy constituyen una reserva de militantes experimentados para nutrir células de la red terrorista dispersas por muy distintos lugares del planeta.

Osama Bin Laden es el máximo dirigente de Al Qaeda y podría aducirse que esta red terrorista persistirá mientras disponga de su líder carismático, por cuanto el desarrollo de la misma y su preeminencia se deben en buena medida a la aplicación de las modernas técnicas de gestión empresarial aprendidas por el máximo referente del terrorismo global en las aulas universitarias y los negocios familiares. Sin embargo, existe un procedimiento mediante el cual se designan sucesores que son ascendidos de inmediato a cualquier cargo que sea preciso cubrir. Ayman Zawahiri es la persona designada para reemplazar a Osama Bin Laden en caso de necesidad. De hecho, el médico egipcio ya es responsable directo de las decisiones más inmediatas y cotidianas, así como de los documentos elaborados por la

organización. Sólo si la red terrorista global se viese a la vez y en un corto espacio de tiempo privada del liderazgo que ejercen el emprendedor por excelencia de la misma y su sucesor designado, cabría conjeturar un debilitamiento de su estructura como consecuencia de los posibles faccionalismos y escisiones internas.

A todo esto, ¿cómo se financia Al Qaeda, cuyo presupuesto anual rondaría, según las estimaciones más solventes, los cincuenta millones de dólares? ¿De dónde procede el dinero con que se mantiene esta red del terrorismo global y se llevan a cabo sus atentados? En parte, como es bien sabido, de la propia fortuna personal de Osama Bin Laden y de las numerosas inversiones realizadas a inicios de los noventa en Sudán, del comercio de la miel en Yemen, de los rendimientos de algunas pesquerías en Kenia o de las inversiones en equipamiento hospitalario y productos lácteos hechas en los países escandinavos. Hasta el 11 de septiembre, Al Qaeda se beneficiaba también del apoyo económico que el régimen de los talibán recibió mientras lo reconocieron Arabia Saudí, Pakistán y los Emiratos Árabes Unidos. Una serie de datos han puesto de manifiesto la especial responsabilidad de autoridades y magnates afincados en el primero de esos países en lo que se refiere a la financiación del terrorismo global practicado en nombre de una concepción fundamentalista del credo islámico.

En noviembre de 2002 se supo, por ejemplo, que miles de dólares donados por la esposa del embajador saudí en Washington terminaron en manos de dos de los terroristas suicidas del 11 de septiembre. Anécdota, si se quiere, pero exponente del hecho de que grandes sumas de dinero procedentes de instituciones públicas y entidades privadas de Arabia Saudí han financiado a Al Qaeda. Una demanda judicial presentada cuatro meses antes por setecientas familias de víctimas del 11 de septiembre acusaba de financiar la red terrorista global de Osama Bin Laden a tres miembros de la familia real saudí, al igual que a tres bancos y otras tantas organizaciones no gubernamentales con sede en el mismo reino, como la Al Haraeim Islamic Foundation

o la International Islamic Relief Organization. Además, gran número de entidades caritativas musulmanas establecidas en otros países e infiltradas por miembros de Al Qaeda han transferido a esta red terrorista global importantes sumas de dinero extraídas del porcentaje que los devotos musulmanes deben dedicar a obras de beneficencia.

Recientemente, Al Qaeda ha diversificado los métodos con que maneja el flujo de fondos y también las inversiones. Es muy posible, por ejemplo, que siga dependiendo en una medida nada desdeñable del sistema ancestral de la hawala, un procedimiento informal, rápido, seguro, barato y carente de escrutinio oficial alguno para transferir dinero entre lugares muy distantes entre sí a través de intermediarios cuyas relaciones se basan en la confianza mutua. También es muy verosímil que Al Qaeda, al igual que otras organizaciones terroristas, se esté sirviendo de los paraísos fiscales localizados en el mundo occidental para financiarse, al tratarse de territorios de baja tributación en los que las entidades bancarias ofrecen a sus clientes la necesaria opacidad. A nadie podría extrañar que la red terrorista global tenga depositados fondos en entidades bancarias de países occidentales cuyas autoridades se han negado a rubricar el Convenio para la Represión de la Financiación del Terrorismo, aprobado por Naciones Unidas en diciembre de 1999 y que ya se encuentra en vigor.

De igual modo, hay indicios más que suficientes para sospechar que los gestores económicos de la red terrorista global están invirtiendo en oro y piedras preciosas, siempre con el propósito de reunir recursos financieros que permitan desarrollar las actividades violentas de Al Qaeda. La facilidad con la que una organización terrorista puede obtener fondos y blanquear dinero —mediante, por ejemplo, un mercado de diamantes carente de autorregulación— es extraordinaria. A todo ello hay que añadir otros negocios de carácter ilegal o ilícito, como el tráfico de opio, el fraude con tarjetas de crédito o el hurto, estos últimos practicados habitualmente por las células de la red terrorista

distribuidas por todo el mundo y a las que los dirigentes de la red terrorista global reclaman autofinanciación.

De cualquier manera, Al Qaeda sigue teniendo acceso a un monto considerable de variados recursos financieros, pese al bloqueo de cuentas bancarias y activos relacionados con la red terrorista global llevado a cabo tras el 11 de septiembre. Con ello puede continuar sus actividades terroristas, encaminadas a unificar políticamente la comunidad de los creyentes en el islam y, al mismo tiempo, destruir la civilización occidental.

9 ABOMBAS DEL APOCALIPSIS

Al Qaeda dispone de un manual de once volúmenes y el último está dedicado a armas de destrucción masiva. Elaborado probablemente en 1999, constituye un añadido a la obra con que los dirigentes de la actual red del terrorismo global venían instruyendo, desde algunos años antes, en el uso de armas y explosivos a jóvenes fundamentalistas islámicos procedentes tanto del mundo árabe como de comunidades musulmanas establecidas fuera de él. La información contenida en el disco duro de un ordenador portátil olvidado por seguidores de Osama Bin Laden cuando huían de Kabul en el otoño de 2001 sugiere que trabajaban ya en la adquisición de agentes químicos y biológicos susceptibles de utilizarse como munición. Una nota escrita en abril de 1999 por el propio Ayman Zawahiri advertía de que, pese a su extremado peligro, resulta relativamente simple producir desde carbunco hasta fiebre de las Montañas Rocosas.

Poco después, los dirigentes de la red del terrorismo global pusieron en marcha un plan para la elaboración de armas químicas y biológicas que en dos años había registrado algunos avances significativos, en particular referidos al desarrollo de gases nerviosos. Una serie de vídeos obtenidos durante el verano de 2002 en Afganistán por el enviado de la cadena televisiva CNN a dicho país confirmaba que Al Qaeda estaba experimentando con esos elementos tóxicos. En varias casetes se explicaba con detalle la fabricación de trinitroglicerina y explosivos de gran potencia. Pero otras imágenes mostraban perros que agonizaban y morían tras haber sido expuestos a algunas emanaciones, quizá de cianuro. Documentos de la red terrorista hallados con anterioridad contenían la fórmula del gas sarin. Hay fragmentos de las grabaciones de los cuales se deduce que esta organización de fundamentalistas islámicos podría haber

logrado colocar gases tóxicos en granadas de mortero. Todo esto, sin embargo, ¿tiene algo que ver con acontecimientos de índole terrorista más recientes y sobre todo más cercanos?

Sí, y cabe recordar algunos, incluso algo anteriores al 11 de septiembre. En marzo de 2001, por ejemplo. Un tunecino de treinta y tres años, destacado militante de Al Qaeda, viajó por ferrocarril desde Milán hasta Pamplona. Tras visitar al imam integrista de una mezquita sita en la capital navarra, continuó viaje hacia Valencia, esta vez en autobús. A través de una célula establecida en Alemania con la que mantenía vínculos habituales, había solicitado autorización al propio Osama Bin Laden para llevar a cabo un atentado con armas dotadas de componentes químicos, según pusieron de evidencia las conversaciones telefónicas intervenidas por la policía italiana en su domicilio milanés. En este caso no se sabe con certeza dónde y cuándo pensaba llevar a cabo la acción terrorista. Pero la célula de Fráncfort con que había entablado contacto fue desbaratada inmediatamente después por agentes de la seguridad alemana y el incidente previsto no llegó a producirse.

Febrero de 2002. Otro suceso significativo, casi un año después. Nueve extremistas musulmanes de origen marroquí adheridos al denominado Grupo Salafista para la Predicación y el Combate, organización relacionada con Al Qaeda, fueron arrestados en una barriada de la periferia al sur de Roma. Tenían en su poder cuatro kilogramos de cianuro, un mapa actualizado de la red hídrica de la capital italiana y un plano detallado de sedes diplomáticas estadounidenses contra las que pensaban atentar. Ahora bien, se sospecha con fundamento que los detenidos también pretendían contaminar con ferrocianuro potásico las aguas de la ciudad y hubieran provocado una tragedia con la cantidad de dicha sustancia que les fue incautada, si llegan a introducirla por los canales de distribución que abastecen algunos edificios residenciales, quizá los que suministran a la delegación estadounidense. Pocos miligramos del conocido veneno bastan para ocasionar la muerte a un ser humano.

En noviembre de ese mismo año, el jefe de la unidad contra el terrorismo internacional de la policía alemana manifestó su desasosiego porque, según informes de inteligencia, un conocido miembro de Al Qaeda, entrenado en la comisión de atentados con toxinas venenosas y agentes biológicos, podría estar planeando atentados simultáneos en varios países europeos. Interpol, al igual que diversas agencias policiales británicas y francesas, participaba de ese temor a acciones terroristas más o menos inminentes con armas químicas o bacteriológicas contra objetivos seleccionados en distintas ciudades europeas. Un mes después, dos argelinos y un marroquí, que habían viajado primero a Afganistán y luego por Chechenia, fueron detenidos por agentes del contraespionaje francés, al descubrirse en su domicilio, situado en un suburbio al noroeste de París, productos químicos con los que podrían cometer atentados. Además, los agentes se incautaron de propaganda de grupos islámicos radicales y de unos cinco mil dólares en efectivo.

Enero de 2003. Unidades de la policía británica detuvieron en varias casas de Londres y del condado de Dorset, en la costa suroeste del país, a un total de diez personas de origen magrebí, de entre quince y treinta años, acusadas de haber fabricado ricina con propósitos terroristas. En pequeñas cantidades, esa sustancia tóxica, relativamente fácil de manufacturar y obtener, puede ser utilizada para perpetrar un asesinato, pero sus consecuencias sólo serían las que se atribuyen a las armas de destrucción masiva si, por ejemplo, cientos de kilogramos de la misma se pulverizaran en el ambiente con aerosoles. Algunos meses antes, en noviembre, otros tres norteafricanos de aproximadamente las mismas edades, todos ellos con residencia y trabajo en el Reino Unido, aunque con pasaportes falsos, también habían sido arrestados por la división antiterrorista de Scotland Yard bajo la sospecha de estar preparando un atentado con gas cianuro en el metro de Londres. Según todos los indicios, formaban parte de un grupo denominado Frente de Africa del Norte, asociado también con Al Qaeda.

¿Incidentes aislados y sin demasiada importancia? ¿Falsas alarmas quizá, como en enero de 2003, cuando la policía española detuvo, a instancias de un juez francés, a dieciséis presuntos radicales islamistas establecidos en Cataluña y luego se demostró que las supuestas sustancias peligrosas de que disponían no eran sino jabones líquidos? Por una parte, es evidente que el uso terrorista de elementos químicos o biológicos por parte de organizaciones o individuos se limita en la práctica a dos sucesos bien conocidos y ninguno de ellos está relacionado con fundamentalistas islámicos. El primero, la suelta de gas sarín en el metro de Tokio que llevaron a cabo adeptos de la secta Aum Shinrikiyo (Verdad Suprema) en marzo de 1995, con el resultado de doce muertos y unos cuarenta heridos de consideración. El segundo suceso, la campaña de cuatro envíos postales contaminados con esporas de carbunco que suscitó gran inquietud en la opinión pública de Estados Unidos durante el mes de octubre de 2001. Cinco personas perdieron la vida como consecuencia de esas cartas impregnadas de ántrax.

Así pues, la probabilidad de que ocurran actos terroristas con elementos químicos o bacteriológicos parecería ser más bien baja. Sin embargo, los efectos de un atentado que no utilice esas armas de destrucción masiva de manera tan limitada como en los hechos registrados hasta ahora serían extraordinariamente graves. Sólo las consecuencias que el cuantioso uso de sustancias venenosas y gases tóxicos ha tenido en el marco de conflagraciones bélicas a gran escala, o su utilización por parte de tiranos irresponsables contra los propios gobernados como castigo al disenso o por voluntad de genocidio, pueden ayudarnos a estimar la magnitud del impacto que tendrían determinados atentados megaterroristas con tales componentes. Por eso suscita una razonable inquietud constatar que los emprendedores del actual terrorismo global se han interesado por las armas químicas y biológicas. Más aún que hayan mostrado su disposición a utilizarlas indiscriminadamente en el marco de la yihad que preconizan. En realidad, el riesgo de ese tipo de

atentados no convencionales es hoy mucho mayor que hace una década.

Al Qaeda viene combinando el acopio y la sofisticación de sus arsenales convencionales con la experimentación con armas químicas y bacteriológicas. Una utilización limitada de estas últimas resulta previsible por su idoneidad para alimentar estados mentales generalizados de ansiedad en sociedades abiertas y densamente pobladas. Especialmente por lo que se refiere a atentados que incorporen gases abrasivos y nerviosos o gérmenes letales de los que todavía proliferan. Aunque lo que verdaderamente desasosiega es un dato proporcionado por la Agencia Internacional de Energía Atómica: mil toneladas de uranio enriquecido y de plutonio carecen de las necesarias salvaguardias. Este mismo organismo especializado denuncia que el tráfico ilícito de elementos radioactivos o nucleares se ha duplicado desde el desmembramiento del Imperio soviético. En noviembre de 2002, sin ir más lejos, el máximo responsable de la agencia rusa de regulación nuclear admitió, por enésima vez, que cantidades significativas de uranio habían desaparecido de las instalaciones nucleares bajo su responsabilidad.

Desde 1993 o posiblemente antes, Osama Bin Laden ha intentado en repetidas ocasiones hacerse con esa clase de materiales y proporcionar a su red terrorista internacional el conocimiento técnico que permita transformarlos en artefactos mortíferos. Fue durante su estancia en Jartum, a principios de los noventa, cuando el emprendedor de Al Qaeda expresó un especial interés por las armas de destrucción masiva. No sólo químicas y biológicas, sino también nucleares. Las autoridades sudanesas le facilitaron las cosas por lo que se refiere a las dos primeras; y Bin Laden intentó comprar un cilindro con uranio seguramente traído de Sudáfrica y entonces valorado en un millón y medio de dólares. En 1998, un ayudante del emir del terrorismo global fue arrestado en Múnich, acusado de haber actuado en nombre del magnate de origen saudí unos tres años antes, a fin de obtener materiales nucleares enriquecidos.

En agosto de aquel mismo año, según los servicios de la inteligencia militar israelí, Osama Bin Laden pagó más de dos millones de libras esterlinas a un intermediario en Kazajstán, quien se comprometió a entregarle uno de los maletines con armas nucleares tácticas o munición especial de demolición atómica, de unos treinta kilos de peso cada uno, procedentes del arsenal soviético. En 1997, el general Alexander Lebed, que fuera secretario del Comité de Seguridad Nacional siendo Boris Yeltsin máximo mandatario ruso, dijo que, de un total contabilizado de ciento treinta y dos maletines nucleares sólo se tenían localizados cuarenta y ocho. A principios de 1999, Osama Bin Laden hizo unas esclarecedoras declaraciones acerca de estos asuntos al periodista pakistaní Rahimullah Yuufzai, precisamente el primero que lo entrevistó tras los atentados del 11 de septiembre. Reproducidas en enero de 1999 por la revista Time, los argumentos que sobre armas de destrucción masiva vierte Bin Laden del actual terrorismo global son preocupantemente explícitos: «La adquisición de al meas para la defensa de los musulmanes es un deber religioso. Si hubiese adquirido esas armas, estaría cumpliendo con una obligación. Sería un pecado que los musulmanes no trataran de poseer las armas con las que prevenir que los infieles infrinjan daño a los musulmanes».

Con anterioridad a este testimonio, Bin Laden había hecho un llamamiento para que la nación islámica dispusiese de una fuerza nuclear gracias a la cual pudiera estar verdaderamente preparada para la yihad contra los que, en su visión fundamentalista de las cosas, define como infieles occidentales. Es posible que Al Qaeda disponga ya de parte de los componentes imprescindibles para elaborar una bomba nuclear, tras haberlos adquirido a través del Movimiento Islámico de Uzbekistán en las antiguas repúblicas soviéticas donde su comercio ilícito prolifera. Bashiruddin Mahmood, un científico paquistaní jubilado que trabajó cerca de cuarenta años en el programa atómico de su país y no oculta sus simpatías por el fundamentalismo islámico, ha admitido recientemente que se entrevistó en al menos dos

ocasiones con Osama Bin Laden en Afganistán, antes de que tuvieran lugar los atentados de Nueva York y Washington.

Hasta hace bien poco, los expertos en materia de seguridad y defensa solían dar por descontado que los terroristas quieren mucha gente mirando pero no demasiados cadáveres. Tras el incremento en la letalidad del terrorismo internacional desde el inicio de los años noventa, que culminó con los actos megaterroristas del 11 de septiembre, la validez de esa afirmación se ha puesto en tela de juicio. A partir de entonces, la cuestión no era sólo si tan catastróficos atentados constituían el preludio de otros similares perpetrados por medios más bien convencionales, sino si anticipaban el uso de armas de destrucción masiva por los nuevos terroristas, con resultados incluso más devastadores que los registrados aquel día. En concreto, no sólo si los instigadores del terrorismo global combinarían un repertorio de atentados tradicionales mediante bombas, misiles y otros métodos adecuados para sus propósitos con actos violentos acompañados de cantidades letales de elementos químicos nocivos o gérmenes patógenos, sino también, y muy especialmente, si llegarán a provocar un episodio nuclear.

No siempre que hablamos de un atentado terrorista con componentes tóxicos o bacteriológicos estamos hablando necesariamente de destrucción masiva. Pero hablar de terrorismo nuclear es hacerlo de destrucción masiva y de efectos difíciles de anticipar en su totalidad. Puede tratarse de la detonación de un artefacto nuclear de fisión, lo que causaría decenas o centenares de miles de muertos en áreas metropolitanas, o de un atentado contra algún reactor en funcionamiento. Al Qaeda planeó en un primer momento estrellar las aeronaves secuestradas el 11 de septiembre contra instalaciones nucleares. Una idea que se decidió abandonar «por el momento», tal y como confirmé a un periodista de la cadena televisiva en lengua árabe Al Yazira — doce meses después de ocurridos los hechos— el máximo responsable del comité militar de la red terrorista global, acompañado por el coordinador de los atentados que finalmente

se dirigieron contra las Torres Gemelas, el Pentágono y un tercer blanco todavía no especificado, pero fallido.

Para llevar a cabo un atentado nuclear es necesario, igual que ocurre con cualquier otro acto terrorista cuyo objetivo sea la destrucción masiva, que previamente se adopte la decisión de matar a mucha gente. Esta voluntad existe entre los miembros de Al Qaeda, al amparo de un integrismo islámico colmado de sentimientos de ira y desesperación que oportunamente explotan sus dirigentes, pero carente en todo caso de inhibiciones morales para el asesinato masivo de quienes no se someten a los preceptos de su mismo credo religioso, considerado por sus devotos como superior a cualquier otro. Pero ejecutar un incidente megaterrorista de esas características requiere también, como es lógico, medios que vayan más allá de los recursos humanos y económicos de que normalmente disponen las organizaciones terroristas. Requiere tanto conocimientos científicos altamente especializados para diseñar y fabricar un artefacto atómico como materiales inestables y peligrosos, difíciles de adquirir y de almacenar.

Al Qaeda dispone de dinero y tiempo para producir esas bombas del Apocalipsis. Quizá no sea la única organización terrorista en las mismas circunstancias. Así que desde aquel 11 de septiembre lo inverosímil se ha hecho creíble. En enero de 2003 se celebró una reunión especial del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. En ella se adoptó una declaración, un llamamiento a los Estados miembro para que intensifiquen sus esfuerzos contra el terrorismo internacional. El documento, de catorce puntos, fue aprobado por unanimidad y solicita una acción urgente para prevenir y combatir todo tipo de apoyo a los terroristas, ya sea activo o pasivo. La declaración dice también: «Existe un peligro serio y creciente de que los terroristas accedan a materiales nucleares, químicos, biológicos u otros potencialmente letales; y, por tanto, es necesario fortalecer los controles sobre esos materiales».

Con todo, la detonación de algún artefacto nuclear sigue siendo la forma menos verosímil de un terrorismo con armas de

destrucción masiva. Su probabilidad es menor que la de atentados con sustancias químicas o componentes bacteriológicos. Y, sin embargo, en caso de que se materializara tendría inimaginables consecuencias para la cohesión interna y la gobernabilidad de las sociedades eventualmente afectadas, así como para el orden mundial en su conjunto. La opción terrorista nuclear más probable a corto plazo consiste en el uso de explosivos adosados a materiales radioactivos contaminantes. Es decir, las bombas sucias. En mayo de 2002 fue detenido en Chicago, a su regreso de una estancia en Pakistán, un joven estadounidense de origen hispano, de poco más de treinta años, que se había convertido al islam. Se le acusó de haber sido adiestrado para colaborar con la red del terrorismo global, y de estar preparando un artefacto emisor de radioactividad que pretendía colocar en una ciudad de la costa este norteamericana.

Tras el éxito de los atentados contra las Torres Gemelas, es posible que los actuales dirigentes de Al Qaeda opten por continuar gestionando en su beneficio el ambiente de miedo inducido desde entonces; y no decidan repetir acciones tan excepcionalmente destructivas y espectaculares, ya sea mediante armas convencionales o dispositivos no convencionales e incluso nucleares, hasta que consideren suficientemente atenuado el impacto de aquellos dramáticos sucesos. Se estima que ese lapso de tiempo oscila entre los dos y los tres años. Que entonces lleguen a conseguirlo es, para qué nos vamos a engañar, bastante probable. Lo cual no equivale a decir que nada puede hacerse contra el terrorismo global.

10 CONTRA UN TERROR GLOBAL

Poco antes de que tropas estadounidenses, acompañadas por efectivos británicos, invadieran Irak a finales de marzo de 2003, el presidente George W. Bush decidió arengar a algunos de los soldados que se disponían a partir hacia la región del Golfo Pérsico. Enardeció a los numerosos jóvenes uniformados que le estaban escuchando en una base militar ubicada en la costa este de su país cuando, al referirse a los atentados del 11 de septiembre, dijo que si atacaban el régimen de Sadam Husein iban a devolver el golpe recibido. No sería extraño que llegaran a descubrirse conexiones entre esa dictadura árabe y Al Qaeda, pues aquélla las ha mantenido en el pasado con otras organizaciones terroristas, pero en el momento de iniciarse la guerra no existían pruebas al respecto. Sin embargo, la amenaza del terrorismo global fue utilizada como excusa para bombardear Bagdad. Y no sólo por boca del máximo mandatario de Estados Unidos. Entre las élites políticas y los ciudadanos de ese país prevalecía el convencimiento de que contra semejante amenaza a la seguridad nacional había que actuar militar y unilateralmente.

En el otoño de 2001, Estados Unidos había desarrollado una campaña militar en Afganistán, precisamente como represalia por los atentados que destruyeron las Torres Gemelas, produjeron importantes daños en las dependencias del Pentágono, provocaron que una aeronave comercial se estrellara en los campos de Pennsylvania y causaron la muerte a unas tres mil personas. Tan mortíferos hechos habían sido planeados y ejecutados por Al Qaeda, y ésta se beneficiaba del santuario que les proporcionaba la cruel teocracia de los talibán. A diferencia de lo ocurrido en la reciente guerra contra Irak, en aquella ocasión los gobiernos occidentales aceptaron la intervención militar estadounidense como un asunto de legítima defensa y ésta

se emprendió con un amplio respaldo internacional. Desde mediados los años ochenta, sin embargo, las autoridades estadounidenses sólo habían recurrido al despliegue de fuerzas militares contra el terrorismo internacional en cuatro ocasiones, pese a que el número de atentados contra ciudadanos e intereses estadounidenses ocurridos durante ese tiempo superaba los dos mil cuatrocientos.

¿Cómo se explica esto? ¿Resulta evidente el porqué de la intervención en el exterior mediante el concurso de fuerzas armadas? Desde luego, ninguno de los incidentes anteriores a los del 11 de septiembre había resultado ni remotamente tan catastrófico y letal. Ninguno de los precedentes había suscitado tanto desasosiego y miedo entre la opinión pública estadounidense. Más aún, ninguno de esos atentados previos de terrorismo internacional tuvo lugar en el territorio de Estados Unidos. Pero ¿es todo esto suficiente para entender la decisión que tomaron entonces las autoridades de este país?

Sucesos de cariz megaterrorista como los ocurridos aquel 11 de septiembre carecían de antecedentes por lo que se refiere a su localización y magnitud. Quienes optaron por responder militarmente se vieron obligados a actuar con rapidez y es muy posible que condicionados por fórmulas análogas ya existentes para abordar la situación. Si así fue, como parece razonable imaginar, interesa saber qué circunstancias incidieron en el pasado sobre la decisión de utilizar los ejércitos en misión contraterrorista fuera de la propia jurisdicción estatal. Conocerlas puede ayudar a comprender y valorar adecuadamente tanto lo que aconteció en Afganistán como lo que cabe esperar de otras situaciones similares en el futuro. A este respecto, la revista académica internacional *Terrorism and Political Violence* publicó en su número de la primavera de 2001 un interesante artículo de Michele L. Malvesti, en el cual se identificaban los principales factores que explican una estrategia estadounidense contra el terrorismo basada en intervenciones militares en el exterior.

De acuerdo con la autora, analista oficial de inteligencia hasta hace poco y después investigadora en la Universidad de Tufts, los

responsables estadounidenses se han inclinado por desarrollar acciones militares como respuesta a incidentes de terrorismo internacional cuando éstos reúnen seis rasgos específicos. Primero, que quienes lo perpetren o instiguen sean identificados con relativa celeridad. Segundo, que los autores del hecho o sus patrocinadores estén implicados con anterioridad en otros atentados contra ciudadanos e intereses de Estados Unidos. Tercero, que se trate de una violencia dirigida contra personas vinculadas directamente con el Gobierno estadounidense. Cuarto, que el incidente en cuestión se haya consumado y sea irreversible. Quinto, que los considerados responsables de dicho acto terrorista sean conocidos por hacer ostensibles sus actitudes desafiantes hacia Estados Unidos. Finalmente, que los perpetradores del atentado y sus promotores resulten política y militarmente vulnerables ante una eventual represalia.

En otras palabras, la decisión estadounidense de recurrir a sus fuerzas armadas contra el terrorismo internacional estaría determinada por las características específicas que concurren en cada incidente dado. Esta interpretación, que postula una relación lineal entre el atentado terrorista y la opción de responder militarmente, omite el complicado proceso político en el que se inscribe la toma de decisiones tan delicadas. Toda una serie de actores e instituciones nacionales están implicadas en su elaboración. No se trata de una mera orden adoptada de manera automática por el presidente de Estados Unidos, en tanto que comandante en Jefe de sus fuerzas armadas, cuando algún incidente se acomoda al modelo preestablecido. De hecho, en las interrelaciones entre la presidencia y el legislativo estadounidense, por lo que se refiere a la decisión de intervenir militarmente contra el terrorismo internacional fuera de las propias fronteras, ha habido notables diferencias según ostentara la primera Ronald Reagan o Bill Clinton, por ejemplo.

Este último fue mucho más proclive a que desde la Casa Blanca se consultara con el Congreso en tales casos, si bien eso ha sido más bien la excepción que la norma. Sin duda, la opinión pública y los medios de comunicación influyen también decisivamente.

Además, en los casos anteriores al 11 de septiembre, las decisiones adoptadas resultaron muy controvertidas, poniendo de manifiesto confusión y desavenencias en el seno del ejecutivo estadounidense. Pero si, como demuestra el estudio anteriormente aludido, Estados Unidos decide responder militarmente a incidentes de terrorismo internacional sólo cuando se estima que sus autores o quienes les respaldan son lo suficientemente débiles, al margen de que este juicio resulte de un cálculo erróneo, la toma de decisiones al respecto denota un patrón diferencial, si se quiere discriminatorio, sin duda preocupante.

Afganistán, por ejemplo, fue un objetivo aceptable de la cólera estadounidense tras los atentados del 11 de septiembre debido, en primer lugar, a que el Gobierno de los talibán acogía a Osama Bin Laden y buena parte de Al Qaeda, la red terrorista global que perpetró aquellos atentados megaterroristas de Nueva York y Washington. Pero debido también, en segundo término, a que se trataba de un país con paupérrimos indicadores de desarrollo socioeconómico, graves fracturas internas de carácter tribal, muy aislado internacionalmente y con una capacidad defensiva extraordinariamente limitada. Arabia Saudí, por el contrario, país opulento que dispone de las mayores reservas mundiales de petróleo, nunca hubiera reunido las condiciones para ser objeto de las represalias militares estadounidenses. Y ello pese a que dicho régimen, al mando de un sultán, hace muchos años que viene generando doctrina para justificar la violencia antioccidental de los fundamentalistas islámicos, y permitiendo que la red mundializada del terrorismo se abasteciera en su propio sistema financiero.

Este enfoque diferencial crea dificultades para legitimar cualquier respuesta militar que Estados Unidos desencadene unilateralmente con el fin de combatir el terrorismo internacional. La campaña en Afganistán puso de manifiesto el alcance y las limitaciones que comportan el unilateralismo y la respuesta militar contra el terrorismo global. Al Qaeda es una red que por su configuración y amplitud no puede ser desbaratada

militarmente, aunque la lucha contra este terrorismo global posibilita que las fuerzas armadas desempeñen un papel del que tradicionalmente estaban exentas.

De hecho, el desarrollo de estas capacidades contra el terrorismo internacional ha sido incorporado por la Alianza Atlántica a su nueva concepción estratégica. Así, la intervención de las tropas estadounidenses en Afganistán ha debilitado en parte la infraestructura del terrorismo global, privando a sus emprendedores del control que ejercían sobre el régimen talibán. Pero el país centroasiático sigue sumido en la inseguridad, Al Qaeda no ha sido destruida, mantiene células en numerosos países y puede estar pertrechándose de armas de destrucción masiva.

Además, esas operaciones militares sobre territorio afgano se llevaron a cabo con no pocos errores en la señalización de blancos, graves daños colaterales infligidos a la población civil y un tratamiento degradante de los adversarios cautivos. Más de seiscientos, entre combatientes talibán y supuestos miembros de Al Qaeda, permanecen detenidos indefinidamente en la base militar estadounidense de Guantánamo, en Cuba, sin estar formalmente acusados de delito alguno, carentes de acceso a abogados y privados de las visitas de sus familiares. Todo ello invita a imaginar cómo se percibirán esos extravíos en el mundo árabe. Y también a reflexionar sobre los efectos contraproducentes que entraña este modelo de respuesta militar al terrorismo global. Modelo criticable también por incluir alianzas de conveniencia con regímenes represivos o cuyos procedimientos distan mucho de ser los propios de una democracia en funcionamiento.

Diríase que el unilateralismo militar estadounidense contra el terrorismo global cohesiona a amplios segmentos del mundo árabe e islámico en torno a actitudes antiamericanas y antioccidentales, lo que a su vez se traduce en inestabilidad para los regímenes árabes moderados y en simpatías por Al Qaeda. Y esta simpatía hacia los terroristas proporciona a éstos recursos humanos y materiales. A título de ejemplo, en las elecciones

celebradas en Pakistán en octubre de 2002, los islamistas radicales se hicieron con el control de dos de las cuatro provincias del país, las fronteras con Afganistán. Otra ilustración aleccionadora. En diciembre de ese mismo año, el Comité Internacional de la Cruz Roja repartía comida en la región etíope habitada por la etnia afar, una zona afectada por la sequía y asolada por el hambre. Los trabajadores que habitualmente descargaban los sacos de trigo, soja y aceite que traían en camiones por caminos arenosos vestían camisetas con el rostro impreso de Osama Bin Laden, prendas de moda en los mercadillos de la zona, mayoritariamente musulmana.

El terrorismo global se ha invocado —sin otro fundamento que algunos datos circunstanciales y la expectativa creíble de que antes o después Sadam Husein transferiría tecnología destructiva a Al Qaeda— para tratar de justificar ante las opiniones públicas occidentales la segunda invasión estadounidense de Irak. Ahora bien, los efectos de la contienda no deben desconsiderarse en relación con el comportamiento que a corto y medio plazo exhiba la actual red del terrorismo global. Desde mediados los noventa, Al Qaeda viene insistiendo en tres hechos que obligarían a la yihad: la presencia de tropas extranjeras en el suelo sagrado para el islam, donde están Medina y la Meca; la ocupación de las tierras palestinas por parte de los israelíes; y la continuada agresión contra el pueblo iraquí tras la primera guerra del Golfo. En febrero de 2003, Osama Bin Laden se apresuró a definir una eventual intervención militar estadounidense en Irak como «cruzada» y «ataque sobre todo contra la gente del islam». Los servicios de inteligencia del mundo occidental coinciden en que esas palabras incrementan el riesgo de atentados terroristas.

Tras el 11 de septiembre, numerosos países han introducido medidas legislativas y reformas tanto en sus estructuras de seguridad interior como en las de defensa nacional. El terrorismo internacional pasó a convertirse en una de las principales preocupaciones de la opinión pública, especialmente en sociedades industriales avanzadas con formas democráticas de gobierno. Según un Eurobarómetro fechado en otoño de 2001, el

86 por ciento de los entrevistados percibía dicho fenómeno como una amenaza personal. A inicios del 2003, más de la mitad de los europeos consideraban que el temor a un atentado terrorista era muy alto o bastante alto, si extrapolamos los datos de un sondeo realizado por la empresa demoscópica Gallup Europa. Así, la necesidad de desarrollar políticas aplicables a los nuevos desafíos contra la seguridad nacional y colectiva se incorporó de manera generalizada a las agendas gubernamentales. Las políticas incluían programas sanitarios de respuesta e ingenios de detección temprana ante posibles atentados terroristas con armas nucleares, bacteriológicas, radiológicas o químicas.

Aquellas naciones que tenían ya experiencia en la lucha contra el terrorismo dentro de su propio ámbito estatal, como España, han adaptado sus disposiciones y agencias especializadas. En otros casos, la mayoría, el reto consiste en adoptar normas e instituciones con las que hacer frente a las actividades del terrorismo internacional aun cuando la sociedad en cuestión no haya padecido con anterioridad los embates de esa violencia. Estados Unidos, donde la política antiterrorista había permanecido estrechamente ligada a los ámbitos decisorios en materia de defensa y asuntos exteriores, optó por crear un nuevo ministerio dedicado a la seguridad interior. Quizá porque fue el país que sufrió directamente los atentados del 11 de septiembre, se entiende la facilidad con que gentes que valoran en grado sumo las libertades civiles hayan acogido sin demasiadas críticas la promulgación de legislaciones que discriminan a los extranjeros no residentes conculcando derechos fundamentales suyos, y que pueden estimular actitudes xenófobas, en especial hacia árabes y personas de creencias musulmanas.

Sin embargo, en atención a razones éticas y de eficacia, las democracias liberales deben reaccionar ante la violencia terrorista con mesura y sin incurrir en excesos que menoscaben los principios y procedimientos en que se sustentan dichos sistemas políticos tolerantes. El terrorismo supone una violación flagrante de los derechos humanos y es esencial que el respeto por ellos constituya un imperativo de las medidas antiterroristas.

Con todo, debido a las limitaciones de que adolecen los gobiernos nacionales para hacer frente a un fenómeno que atraviesa fronteras y está mundializado en la práctica, es precisa una efectiva cooperación multinacional. También se requiere un plan auténticamente multifuncional, tanto en tareas preventivas como reactivas. Ni una óptima cooperación multinacional ni un plan multifuncional compartido son tareas fáciles de alcanzar. Baste traer a colación, en el ámbito de las relaciones transatlánticas, que estadounidenses y europeos tienden a diferir sustancialmente en el análisis del fenómeno terrorista y en las medidas más adecuadas para combatirlo.

¿Qué hacer, pues, contra un terrorismo global? Para empezar, es preciso fortalecer la colaboración de diferentes agencias judiciales, policiales y de inteligencia, sobre todo pero no exclusivamente entre las democracias liberales. Contener el terrorismo transnacional, controlar la financiación que reciben las organizaciones terroristas, evitar que llegue a utilizarse un repertorio que incluya armas de destrucción masiva, o incluso la eventual desaparición de Al Qaeda como red terrorista global, son objetivos que requieren años de intensa cooperación bilateral y multilateral, especialmente en ámbitos como la Unión Europea o Naciones Unidas. Pero en cuestiones de seguridad nacional en general y de amenazas terroristas en particular, nada es tan importante como la información. Detrás de lo ocurrido aquel 11 de septiembre hubo problemas de decisión política y fallos en los servicios de inteligencia, tanto en la coordinación entre las distintas agencias estadounidenses con competencias en la materia como en el intercambio entre éstas y los servicios secretos de otros países allegados.

Por otra parte, la cooperación internacional debe manifestarse en esfuerzos encaminados a la resolución de aquellos conflictos regionales que sirven como pretexto a los islamistas violentos. Si bien es probable que el tan necesitado arreglo del contencioso entre palestinos e israelíes no tenga consecuencias inmediatas, aunque sí a largo plazo, sobre la dinámica del actual terrorismo global. Por último, una acción colectiva multinacional contra esa

violencia debe contribuir sustancialmente al diálogo intercultural e interconfesional, dentro y fuera de las fronteras estatales; entre gentes de distinta civilización y creencias que habitan regiones del planeta distintas y distantes entre sí, así como entre personas que viven en países crecientemente multiculturales. Ésta es una faceta educativa, dentro de ese plan multifuncional contra el terrorismo, en que las sociedades civiles nacionales y especialmente la prensa tienen un importantísimo margen de implicación. De lo que se trata es, en definitiva, de que cualquier persona tenga siempre más de tres opciones.

6 TRAS EL TERRORISMO SUICIDA

Quienes perpetraron los actos megaterroristas del 11 de septiembre eran diecinueve fundamentalistas islámicos, todos ellos varones y jóvenes, decididos a inmolarsse para estar seguros de que los atentados tendrían el éxito deseado. Se trataba pues de terroristas suicidas. Sus operaciones difieren de otro tipo de acciones terroristas porque la propia muerte del ejecutor asegura el cumplimiento de los objetivos previamente establecidos; esto es, los terroristas se disponen a morir ellos mismos para asegurar la muerte de otros. Si fueran meros suicidas, o incluso si se condujesen como suicidas, al no poder llevar a cabo actividades terroristas, quizá optarían por quitarse la vida sin tratar de arrebatársela a otras personas, o por perecer voluntariamente como resultado de una huelga de hambre. Esto último es lo que excepcionalmente hicieron en 1981 diez miembros del IRA encarcelados.

Pero no hablamos de meros suicidas: hablamos de terroristas decididos a matar premeditadamente. Son la bomba ideal, dotada de una inusitada capacidad para acertar en el blanco y sin preocupación alguna por cómo huir del lugar de los hechos una vez realizado su cometido, lo que hace menos complicada la tarea de perpetrar atentados altamente cruentos. El mero hecho de aludir a esta variedad del terrorismo estremece y desasosiega. No en vano, el terrorismo suicida se ha convertido en el más devastador de nuestros días cuando recurre a medios convencionales para generar destrucción e inocular miedo. Pero dispone de un potencial de letalidad mucho mayor en la medida en que viene pertrechado de armas no convencionales. Además, esas auténticas bombas humanas en que se convierten los terroristas suicidas eluden con preocupante facilidad las medidas de detención y respuesta habitualmente utilizadas para contener

el terrorismo. Son percibidas como una amenaza terrorista imprevisible e inevitable como ninguna otra, lo cual suscita mayor ansiedad y pánico entre las gentes que temen sufrir sus consecuencias.

Pero ¿en qué medida es el terrorismo suicida una de las innovaciones que conlleva la actual oleada del fenómeno, caracterizada entre otras cosas por su inspiración religiosa?

¿Hay algo más que fanatismo religioso detrás de la inquietante realidad de los terroristas suicidas? Ciertamente, entre los antecedentes remotos del terrorismo suicida es posible aludir a la secta de los asesinos, cuyas actividades se prodigaron entre los siglos XII y XIII. Cuando el asesino abatía a sus víctimas —por lo general, musulmanes sunníes y, ocasionalmente, cruzados— no hacía esfuerzo alguno por escapar ni esperaba rescate. Sobrevivir a una misión era entendido como una desgracia. Desde mediados del siglo xvii hasta bien entrado el XX, la práctica de ataques suicidas fue adoptada como forma de resistencia anticolonial en el seno de distintas comunidades musulmanas asiáticas. Los miembros de estas comunidades, al igual que los de aquella secta, tenían al martirio por acto sacramental, aspiración loable a la vez que mandato divino, siempre según la interpretación extraída de ciertos textos religiosos y el parecer de algunas autoridades clericales.

Esa percepción es análoga a la que tienen de sus propósitos los actuales terroristas suicidas, a cuyos incentivos se añaden las promesas de que el mártir no sufrirá dolor mientras ejecute su acción; y tras la muerte ascenderá de inmediato a un paraíso glorioso. Un lugar que se describe atravesado por ríos de leche y vino, abundante en lagos de miel, donde el mártir disfrutará de setenta y dos vírgenes, verá el rostro de Alá y podrá reunirse con varias decenas de sus familiares predilectos. El mensaje escrito que dejó tras de sí Mohammed Atta, líder de los secuestradores del 11 de septiembre, está lleno de exhortaciones al martirio y no deja duda alguna sobre lo que esperaba en el más allá. El mismo convencimiento exhiben los terroristas suicidas, en su gran mayoría varones adolescentes o veinteañeros, que

frecuentemente conmocionan las ciudades israelíes haciendo estallar los explosivos que llevan adosados a su cuerpo en autobuses o calles. Lejos del anonimato, graban en video testimonios proselitistas de fe antes de encaminarse a hacer efectiva su homicida autoinmolación.

Sin embargo, el suicidio como tal se encuentra estrictamente prohibido por el islam; y de acuerdo con esta religión quienes lo cometen no acceden a paraíso alguno. Ahora bien, siempre de acuerdo con este mismo credo, perder la vida en situación de yihad —más concretamente en combate dentro de una guerra santa contra los enemigos de la comunidad de los creyentes— proporciona ese acceso privilegiado al paraíso. Así, para bendecir los atentados cometidos por terroristas suicidas, conferirles la condición de mártires autoelegidos y convertirlos en legítimos beneficiarios de incentivos selectivos muy preciados, las autoridades religiosas adscritas a sectores integristas del mundo islámico no han hecho otra cosa que declarar aquellos actos como propios de la yihad. De este modo resulta evidente la lógica cultural subyacente a la opción de los terroristas suicidas que antes de serlo se han adherido a una u otra corriente del fundamentalismo islámico.

Al quedar definidos como mártires —creyentes persuadidos de estar haciendo suprema profesión de fe con sus acciones y en modo alguno tenidos por suicidas ni por criminales—, ellos y sus actos pueden homenajearse dentro de su entorno social. Si la búsqueda del martirio está bien vista e incluso altamente valorada en una subcultura religiosa, hasta los allegados del terrorista suicida, lejos de expresar duelo alguno, a buen seguro intervendrán en la exaltación orgullosa del que ha perdido deliberadamente su vida matando infieles o renegados. Así, los terroristas suicidas serán ensalzados como modelo a seguir para otros adolescentes y jóvenes fanatizados, a los que el odio y la desesperación pueden servir de motivación añadida si deciden convertirse en mártires reverenciados. Por ejemplo, los jóvenes y adolescentes palestinos que hoy se inmolan matando judíos indiscriminadamente fueron niños socializados en el

traumatizante ambiente de violencia que caracterizó a la primera intifada, y muchos de ellos adoctrinados en escuelas coránicas regentadas por fundamentalistas islámicos.

¿Esto lo explica todo? Seguramente no. Para empezar, porque el recurso al terrorismo suicida no es algo exclusivo de fundamentalistas islámicos. Al Fatah y otras organizaciones nacionalistas o de la izquierda radical palestina, en principio no confesionales, son responsables de un pequeño pero significativo porcentaje de los atentados suicidas perpetrados en territorio israelí durante la última década. El terrorismo suicida ha formado parte, asimismo, del repertorio de actividades terroristas desplegado a lo largo de la segunda mitad de los noventa por los irredentistas kurdos del PKK en Turquía, pese a su ideario marxista-leninista. Se sabe, por ejemplo, que no pocos de sus activistas suicidas sufrieron coacciones e intimidación a manos de otros miembros del grupo para que aceptaran las misiones encomendadas. Se avenían para no ser ejecutados ni entregados a la policía turca.

Desde finales de los ochenta, esa modalidad del terrorismo la han practicado también los LTTE (Liberation Tigers of Tamil Eelam o Tigres de Liberación del Eelam Tamil), organización surgida a principios de esa década en Sri Lanka. Este grupo guerrillero nacionalista dispone de dos secciones dedicadas a la preparación de militantes dispuestos a cometer atentados suicidas. Tal y como ha reconocido uno de sus máximos dirigentes, en declaraciones publicadas por el International Herald Tribune el 15 de enero de 2003, el terrorismo suicida fue introducido en el repertorio de actividades violentas desarrollado por los LTTE como una táctica ofensiva. Es decir, a modo de una estrategia ideada para compensar la desventaja numérica de los guerrilleros tamiles con respecto a la envergadura militar de sus adversarios y asegurarse así de infligirles el máximo daño posible con un mínimo de pérdidas propias. En este caso como en otros, la decisión de cometer atentados suicidas se adoptó de acuerdo con un cálculo de costes y beneficios llevado a cabo por los dirigentes del movimiento rebelde.

En Oriente Próximo, los atentados suicidas empezaron a adquirir especial notoriedad en 1983. Ese año, una serie de coches y camiones cargados de dinamita, y conducidos por terroristas suicidas decididos a que los vehículos colisionaran frontalmente contra el blanco, produjeron ochenta muertos en la embajada de Estados Unidos en Beirut; doscientos cuarenta y uno en el cuartel general de los infantes de marina estadounidenses, que desarrollaban tareas de mantenimiento de la paz en aquella ciudad; cincuenta y ocho entre las tropas francesas destacadas allí mismo con idéntica misión; y en fin, ochenta y ocho en un edificio oficial israelí en Tiro. Éstos y otros veintisiete episodios similares ocurrieron sólo en el Líbano y hasta 1986. Aunque esos primeros incidentes fueron atribuidos a fundamentalistas shiíes de Yihad Islámica y Hezbolá, lo cierto es que tres cuartas partes del total de atentados suicidas perpetrados mediante aquel cruento procedimiento los llevaron a cabo militantes de grupos armados nacionalistas y laicos, probablemente instigados a ello por los servicios secretos sirios.

Por otra parte, es concebible que la realidad actual de los terroristas suicidas, tanto en el contexto del prolongado conflicto que mantienen palestinos e israelíes como en relación con el emergente terrorismo global, no derive directamente de una lógica inherente a la doctrina del fundamentalismo islámico ni de la valoración social concedida al martirio dentro de una determinada subcultura religiosa. Abadia Shami, un conocido responsable de la Yihad Islámica palestina en Gaza, respondía de este modo a la pregunta que sobre la práctica de atentados suicidas le fue formulada en 1994 por periodistas de una cadena de televisión establecida en la zona:

No poseemos el armamento de que dispone nuestro enemigo. No tenemos aviones ni misiles, ni siquiera un cañón con el que podamos luchar contra la injusticia. El instrumento más efectivo para infligir daño y perjuicio con el mínimo de pérdidas son las operaciones de esta naturaleza. Éste es un método legítimo, basado en el martirio. El mártir recibe el privilegio de entrar en el paraíso y se libera del dolor y la miseria.

Estas declaraciones se reprodujeron en un artículo incluido en el volumen noveno de la revista académica internacional *Terrorism and Political Violence*. Interesa observar cómo, antes de referirse a la eventual justificación religiosa de los atentados suicidas y a las recompensas inmateriales que esperan a quienes los perpetren, el venerado dirigente entrevistado alude, por una parte, al carácter asimétrico del enfrentamiento armado y a las carencias armamentísticas de su propia organización; y por otra, a la necesidad de causar el mayor quebranto posible al enemigo pero minimizando el número de bajas —que por lo demás se asumen como inevitables entre los propios activistas disponibles.

Diríase que, entre las organizaciones que practican sistemáticamente el terrorismo, el cálculo táctico precede a cualquier pulsión fanática en la decisión de recurrir también sistemáticamente a los atentados suicidas. Es decir, que los atentados suicidas constituyen antes una sopesada estrategia terrorista de bajo costo que un imperativo de la guerra santa. Más aún si se tiene en cuenta que la exhibición de mártires pertenecientes al propio bando adquiere gran importancia propagandística. De este modo, los incentivos religiosos pueden muy bien producirse a posteriori, en un intento de conferir una legitimidad trascendental a esa innovación utilitaria en el repertorio del terrorismo protagonizado por fundamentalistas musulmanes, que para muchos de ellos no es sino la variante actualizada de un tipo ancestral de violencia. Ello facilita el adoctrinamiento y entrenamiento específico por el que atraviesan las futuras bombas humanas en los grupos armados a que pertenecen, si bien lo habitual es que quienes acaban inmolándose para matar más y mejor tengan ya alguna experiencia previa en actividades terroristas.

Estos argumentos pueden también aplicarse al denominado movimiento de resistencia islámica Hamás, fundado en 1987 al iniciarse la primera intifada palestina. Sus dirigentes optaron por recurrir al terrorismo suicida en territorio israelí a partir de 1993 con atentados cuya periodicidad y factura, según la situación política y circunstancias internas de la organización, revelan

asimismo la estimación táctica hecha respecto al uso de dicha variedad de violencia. Con el recurso a atentados suicidas se trataba de desbaratar el recién iniciado proceso de paz entre palestinos e israelíes, así como provocar una reacción desmesurada por parte de las autoridades judías que radicalizara las posiciones e impidiera cualquier acuerdo. Ello no excluye el intercambio de experiencias entre sus militantes temporalmente exiliados en territorio libanés a principios de los noventa y los de la organización shií Hezbolá, que habría influido sobre la posterior evolución estratégica de Hamás, sin olvidar el afán de venganza que estimulan los actos de terrorismo perpetrados por extremistas hebreos o las incursiones abusivas del ejército israelí.

Hamás ha reivindicado más de la mitad de los atentados suicidas cometidos desde el inicio de los noventa y hasta 2001 en centros urbanos o zonas comerciales de Israel, siendo la Yihad Islámica palestina responsable de una tercera parte de los episodios del mismo tipo, cuyo total asciende a cincuenta y tres. Ambas organizaciones tienen su origen en los Hermanos Musulmanes. En conjunto, sus atentados suicidas equivalen al diez, por ciento del total de los incidentes terroristas protagonizados por individuos y grupos radicales palestinos durante aquel periodo. Son datos publicados en 2002 por el Centro de Estudios sobre Seguridad Nacional, de la Universidad de Haifa. Cada atentado suicida cuesta unos 150 dólares, a los que se deben añadir los entre 12.000 y 15.000 que han venido recibiendo las familias de los considerados mártires, gracias a fondos proporcionados por varias entidades árabes en general y palestinas en particular, en ocasiones costeadas por el derrocado presidente de Irak, Sadam Husein.

Pero la retórica utilizada por las organizaciones palestinas que hacen suyos los postulados del fundamentalismo islámico y recurren al terrorismo suicida insiste tanto en proclamas antisionistas como en la crítica de la ocupación militar judía de Cisjordania y Gaza. También, sin embargo, en la obligación que tienen todos los musulmanes de unirse a los combatientes de la yihad y en la necesidad de extender el espíritu de la guerra santa

entre la comunidad de los creyentes mientras haya enemigos que, según se alega, usurpan las tierras del islam. De acuerdo con los datos de que dispone el International Policy Institute for Counter-Terrorism, sito en Herzlyya, en torno a un cuarenta por ciento de la población palestina justifica regularmente los atentados suicidas, porcentaje de apoyo a esta expresión de terrorismo que se eleva hasta un setenta por ciento entre los seguidores del movimiento de resistencia islámica Hamás.

El terrorismo suicida resulta por lo común, además de muy letal, altamente indiscriminado. Eso es algo inherente al empleo de esta singular táctica violenta. Reducir al mínimo de una o dos las bajas propias y maximizar las pérdidas infligidas al adversario implica que en los atentados suicidas perezcan gentes de toda condición, tanto civiles como militares. Quienes deciden adoptar esta táctica y ordenan que se ejecute lo saben bien. Pero lo asumen y lo justifican. Para los LTTE, por ejemplo, los militares de Sri Lanka son únicamente el instrumento de una política que los terroristas califican de genocida, de modo que tampoco hacen distinciones entre políticos y soldados, entre quienes toman decisiones públicas y los que están inmersos en la acción militar. Tampoco entre autoridades y militares, por un lado, y los civiles circunstantes de cualquier género o edad por el otro, como de hecho revelan una y otra vez las horrendas consecuencias del terrorismo suicida.

Justificaciones del mismo estilo podemos encontrar en la «Carta al pueblo estadounidense», atribuida con fundamento a Osama Bin Laden. Este documento apareció en noviembre de 2002, inicialmente en lengua árabe y accesible desde un portal saudí de Internet reiteradamente utilizado por Al Qaeda. Después se tradujo al inglés por islamistas radicales residentes en el Reino Unido para divulgarlo a través de la propia red de redes, en sitios donde el texto se acompañaba a veces de información sobre cómo fabricar bombas o sobre el uso de armas químicas y bacteriológicas. En dicha carta, cuya aparente finalidad era la de explicar a los estadounidenses por qué se lucha concretamente contra ellos y qué se les pide, se aprueban las agresiones contra

civiles, tanto estadounidenses en particular como occidentales en general, en los siguientes términos:

El pueblo estadounidense es el que elige libremente a su Gobierno; una elección que emana del acuerdo con sus políticas. De este modo, el pueblo estadounidense ha elegido, consentido y afirmado su apoyo a la opresión israelí de los palestinos, la ocupación y usurpación de sus tierras [...].

El pueblo estadounidense es el que paga los impuestos con que se financian los aviones que nos bombardean en Afganistán, los tanques que golpean y destruyen nuestras casas en Palestina, los ejércitos que ocupan nuestras tierras en el Golfo de Arabia y las flotas que aseguran el bloqueo de Irak [...]. Por tanto, el pueblo estadounidense es el que financia los ataques contra nosotros y el que supervisa el gasto de esos dineros del modo en que desean, a través de sus candidatos electos.

Además, el Ejército estadounidense es parte del pueblo estadounidense. Ésta es la razón por la que el pueblo estadounidense no puede ser inocente de todos los crímenes cometidos contra nosotros por los estadounidenses y los judíos.

Alá, el Todopoderoso, ha legislado el permiso y la opción de tomar la revancha. Así, si se nos ataca, tenemos el derecho de atacar. Si quienquiera destruye nuestros pueblos y ciudades, entonces tenemos el derecho de destruir sus pueblos y ciudades. Si quien sea ha robado nuestra riqueza, entonces tenemos el derecho de destruir su economía. Y si quien sea ha matado a nuestros civiles, entonces tenemos derecho a matar a los suyos.

Y, a todo esto, ¿a qué están llamados los estadounidenses, según Osama Bin Laden y quienes pertenecen a su red del terrorismo global? ¿Qué es lo que estos musulmanes fundamentalistas piden a los estadounidenses y, por extensión, al resto de los occidentales? La carta es clara, concisa y contundente a este respecto: «Lo primero a lo que les llamamos es al islam».

7 ¿CHOQUE DE CIVILIZACIONES?

A estas alturas es muy posible que casi nadie lo recuerde. Pero el 24 de agosto de 1994 tres muchachos de nacionalidad francesa, hijos de inmigrantes argelinos que se habían instalado en un suburbio parisino a finales de los sesenta, ametrallaron y causaron la muerte a dos turistas españoles en el hotel Atlas Asni de Marraquech. El crimen fue planeado por un carnicero de origen marroquí, residente también en la capital francesa, que dedicaba la mayor parte de su tiempo a la mezquita del barrio y a captar jóvenes árabes dentro de una corriente fundamentalista del islam. Esta tarea le vino facilitada por la radicalización que entre los futuros adeptos, quizá orientados ya hacia un puritanismo wahhabí, produjeron acontecimientos como la intervención occidental durante la primera guerra del Golfo de 1991, los avatares de la crisis argelina o las contiendas que tuvieron lugar en la antigua Yugoslavia.

A los adolescentes captados se les mostraban videos grabados en Bosnia, por ejemplo, en los que se veía a mujeres musulmanas descuartizadas, a hombres de obediencia islámica mutilados y a sus hijos muertos a golpes.

Así es como acababan finalmente persuadidos de que estaba en marcha una suerte de ofensiva mundial contra el islam. A esos muchachos, a los tres que acabaron disparando contra turistas españoles, ya sólo les faltaba que alguien les ofreciera dinero para sumarse a la defensa colectiva de la comunidad de los creyentes y, con el dinero, la posibilidad de dejar atrás la marginalidad y el aburrimiento de su barrio parisino. Y ocurrió de esa manera. Pakistán fue el primer destino de su viaje. Afganistán, el segundo y definitivo. En ambos países aprendieron a manejar armas de combate y perdieron el miedo a morir. A la vuelta, el carnicero parisino, que recibía fondos de un proveedor

de armas a grupos de integristas islámicos, les instó a que perpetraran atracos para sufragar gastos y les conminó a realizar un atentado en Marruecos, contra un hotel. A su juicio, una acción de esas características aseguraba impacto y celebridad, para convertirse en auténticos soldados de Alá. Los asesinos la llevaron a cabo, convencidos como estaban de contribuir al combate contra una conspiración cristiana, sionista y capitalista.

No pocos de los datos contenidos en este relato prefiguran el alcance y funcionamiento de las actuales redes del terrorismo global, desde los procesos de captación y adoctrinamiento ideológico en el seno de comunidades inmigrantes asentadas en ciudades europeas hasta el adiestramiento en el uso de armas y explosivos dentro de territorio afgano. Por otra parte, el asesinato de turistas occidentales fue práctica habitual de islamistas radicales entre 1993 y 1997 como manera de afectar a las autoridades egipcias y, según justificaban los dirigentes de ese sector musulmán fanatizado, porque con los extranjeros llegaban el sida, la droga y el espionaje. Tan sólo durante el año 2002, los visitantes occidentales han sido blanco reiterado del terrorismo internacional. Baste recordar atentados como los perpetrados en la isla tunecina de Yerba en abril, donde perecieron diecinueve personas, catorce de ellas alemanas. O en la ciudad portuaria de Karachi en mayo de ese mismo año, donde resultaron muertos once expertos navales de nacionalidad francesa.

Pero ningún episodio terrorista había resultado tan cruento desde aquel 11 de septiembre como el que tuvo lugar en la isla indonesia de Bali exactamente trece meses después. La detonación de un potente explosivo frente a una discoteca ocasionó cerca de doscientos muertos y más de trescientos heridos, en su mayoría australianos. Ahora bien, los terroristas que mataron a dos turistas españoles en Marraquech, los que acribillaron a varias docenas de viajeros en Luxor, los que asesinaron a aquellos excursionistas alemanes en Yerba, los que quitaron la vida a los empleados franceses en Karachi o los que provocaron la masacre de Bali eran radicales islamistas relacionados con una trama de dimensiones globales y actuaban

convencidos de estar combatiendo al mundo occidental. Igual que en tantos otros incidentes contra entidades cristianas, empresas norteamericanas o intereses europeos en distintos países africanos y asiáticos.

Cabe entonces preguntarse: ¿acaso es el actual terrorismo internacional exponente de lo que ha dado en denominarse choque de civilizaciones? Samuel Huntington, como es sabido, sostiene en su conocida obra sobre la reconfiguración del orden mundial tras el colapso de los regímenes comunistas que el final de la guerra fría no nos lleva a un entorno internacional más pacífico, sino a una situación que implica conflictos de índole religiosa entre las principales civilizaciones existentes en nuestros días. Básicamente, entre las civilizaciones china, japonesa, hindú, islámica, ortodoxa y occidental. El argumento va más allá y apunta que la civilización islámica es la más propensa a implicarse en conflictos violentos, mientras que la occidental, probablemente debido a su predominio y a la animosidad que esta situación genera, es el objetivo más verosímil de ataques de otras civilizaciones. Pues bien, ¿en qué medida se acomoda o no el terrorismo internacional a lo planteado desde esta línea de análisis?

Leonard Weinberg y William Eubank han analizado estadísticamente datos referidos a cinco mil cuatrocientos incidentes de terrorismo internacional. En su minucioso estudio, publicado como contribución a la obra colectiva *The future of terrorism*, aparecida en el año 2000, comprobaron que, desde el final de la guerra fría, la evolución del fenómeno parece acomodarse a lo argumentado en la conocida hipótesis sobre el choque entre civilizaciones. Por una parte, los incidentes en que los terroristas y los blancos de su violencia proceden de civilizaciones diferentes superan, durante la década de los noventa, a aquellos en los cuales tanto agresores como víctimas pertenecen a la misma civilización. Es decir, lo contrario de lo que había ocurrido en los dos decenios precedentes, aunque el punto de inflexión tiende a situarse a mediados de los ochenta. Este dato invitaría a pensar que la violencia asociada a

antagonismos entre civilizaciones, especialmente entre la musulmana y la occidental, estaba incrementándose de manera significativa algunos años antes de que cayera el Muro de Berlín.

Por otra parte, la gran mayoría de quienes han perpetrado esos atentados son individuos o grupos de origen islámico, fundamentalistas musulmanes en concreto, mientras que los blancos preferentes vienen siendo personas e intereses adscritos al ámbito de la civilización occidental. Esta relación se mantiene incluso si, para eludir cualquier distorsión en las cifras debida a los atentados que tienen lugar en el marco específico del conflicto entre palestinos e israelíes, consideramos a los objetivos judíos en una categoría separada. Aunque los blancos occidentales no son tampoco los únicos contra los que se dirige un terrorismo inspirado en el islamismo radical. En las regiones indias de Cachemira y Gujarat, por ejemplo, gracias al apoyo que varios grupos armados de radicales musulmanes reciben por parte de los servicios secretos paquistaníes, la violencia terrorista se ejecuta contra civiles y militares hindúes, en el contexto de una conflictividad entre comunidades religiosas que ha causado decenas de miles de muertos desde finales de los ochenta.

Cabría preguntarse si estas pautas del terrorismo internacional son ya el resultado de una situación de conflicto manifiesto entre civilizaciones o, por el contrario, anticipan el potencial de desarrollo subyacente a dicho antagonismo y pueden interpretarse como un indicador de tendencias futuras. Potencial y tendencias cuya realización dependerá, en buena medida, del estilo de las respuestas nacionales y multinacionales adoptadas para combatir el terrorismo global. De cualquier manera, el predominio de un terrorismo internacional llevado a cabo por fundamentalistas islámicos contra objetivos occidentales encuentra su patético reverso en la creciente violencia del mismo tipo, aunque todavía de mucha menor letalidad, que extremistas europeos y norteamericanos vienen perpetrando contra musulmanes en sus propias sociedades. Human Rights Watch denunció en noviembre de 2002 que las agresiones xenófobas sufridas por ciudadanos estadounidenses islámicos o de origen

árabe se habían incrementado en un mil setecientos por ciento durante el primer año transcurrido desde el 11 de septiembre. (Pag 123)

¿Otros ejemplos recientes y más cercanos? A mediados de junio de 2002, un grupo de jóvenes neonazis lanzó de madrugada un cóctel Molotov contra la vivienda habitada por una familia magrebí de nueve miembros en la localidad catalana de Sant Vincenc de Castellet. A primeros de octubre, ese mismo año, un hombre armado con un fusil de caza recorrió las zonas más concurridas de noche por jóvenes de origen magrebí en la ciudad francesa de Dunkerque. Gritaba que iba a matarlos a todos. Mató a un adolescente de diecisiete años e hirió a otras tres personas. Algo más de un mes después, en noviembre, en la localidad alemana de Wolfenbuettel fueron detenidos cinco ultraderechistas, de entre quince y veintidós años, acusados de incendiar una mezquita a la que acuden normalmente inmigrantes turcos. Estas acciones violentas, inspiradas en la exaltación de la raza blanca y el odio a los árabes musulmanes afectan gravemente la cohesión social en entornos multiculturales y reclaman tanto una respuesta política como un tratamiento jurídico equivalente al que se depara a otras variedades de terrorismo.

En todo caso, ¿qué dicen aquellos individuos y colectivos de confesión musulmana a los cuales se atribuye la práctica del terrorismo internacional contra blancos occidentales? ¿Se consideran ellos mismos implicados en un conflicto entre la civilización islámica y la civilización occidental? ¿Están empeñados en lograr que el islam se imponga violentamente sobre cualquier otra religión? ¿A qué se refería el clérigo Abu Bakar Bashir, de 64 años y responsable de una escuela coránica en Java, acusado por las autoridades estadounidenses y australianas de dirigir la Yemaa Islamiya, cuando preguntado por los periodistas sobre si tenía algo que decir a los familiares de las ciento ochenta y siete víctimas mortales, en su mayoría turistas occidentales, del atentado perpetrado en Bali el 12 de octubre de 2002 y atribuido a ese grupo radical, respondió: «Lo único que

les puedo recomendar es que se conviertan al islam lo antes posible»?

Exactamente al mes de ese terrible atentado, el propio Osama Bin Laden remitió a la cadena árabe de televisión Al Yazira, con sede en Qatar, una grabación en la que celebraba esos y otros destacados ataques recientes contra personas e intereses occidentales. Recientemente, un barco mercante de bandera francesa había sido objeto de un ataque terrorista en aguas del mar Árabe; y lo mismo les ocurrió a unos soldados estadounidenses destacados no lejos de allí. Además, una partida de cincuenta islamistas radicales de origen checheno secuestró durante tres días a ochocientas personas en un teatro de Moscú, antes de que una unidad especializada de los servicios rusos de seguridad interviniera ocasionando la muerte a cincuenta terroristas; y sin impedir que, debido a la toxicidad de un gas utilizado en la operación de rescate, pereciesen más de cien rehenes. Pues bien, el emir o máximo dirigente de la red terrorista Al Qaeda justificaba de esta manera todos esos atentados, anticipándonos con sus palabras una respuesta a aquellos interrogantes:

Todas las operaciones que se han producido contra los alemanes en Túnez, contra los franceses en Karachi, contra australianos y británicos en Bali, contra un petrolero francés en Yemen y contra los marines en Kuwait, así como la toma de rehenes en Moscú, todo esto no es más que una respuesta de los musulmanes que se preocupan por la religión.

Así como nos matáis y nos bombardeáis, también lo sufriréis vosotros. Al igual que matáis, moriréis.

Más aún: en la primavera de 2002, ciento cincuenta académicos e intelectuales religiosos saudíes hicieron pública a través de Internet una carta abierta titulada «Cómo podemos coexistir». En el trasfondo del documento se adivinaban, claro está, los sucesos del precedente 11 de septiembre. La carta abierta afirmaba una serie de los valores que el islam tendría en común con otras religiones, subrayando al mismo tiempo que el problema reside en la ignorancia de las creencias musulmanas por parte de los

occidentales y llegando a citar versos coránicos favorables a los cristianos. Semanas más tarde, a inicios del mes de mayo de 2002, en uno de los sitios web entonces a disposición de la red terrorista Al Qaeda, concretamente el del denominado Centre for Islamic Studies and Research, apareció un furibundo documento de catorce páginas con el encabezamiento «Por favor, póstrense en privado» y suscrito por Abu al Bara. Se trataba de una respuesta a la mencionada carta abierta de los intelectuales y académicos religiosos saudíes.

Tras sostener que los contenidos de esa carta abierta son una prueba de derrotismo y que los musulmanes no tienen nada en común con los occidentales, acusar a estos últimos de experticia en el colonialismo y culpar a los signatarios de no seguir algunos dogmas básicos del islam, el autor de la respuesta insiste en que un musulmán es mejor que un millón de impíos y se pregunta, un tanto retóricamente, si el Profeta buscó un entendimiento mutuo con los infieles o por el contrario combatirlos para hacer que se sometieran al dominio musulmán. Argumentos que desarrolla antes de advertir lo que sigue:

Una persona tiene sólo tres opciones: convertirse en musulmán, vivir bajo el dominio del islam o ser muerto.

8 HASTA DÓNDE LLEGA AL QAEDA

Diciembre de 2002. La policía española detiene en su domicilio, sito en la pequeña localidad riojana de Tudelilla, a un hombre de nacionalidad argelina al que las autoridades de su país buscaban por homicidio y pertenencia a organización terrorista. Había llegado huyendo de Francia un año antes, tras haber combatido' junto a otros muyahidines voluntarios en las guerras civiles que asolaron Bosnia y Kosovo. Antes de eso se entrenó en los campos de Al Qaeda en territorio afgano, especializándose en la confección y el manejo de explosivos. Pese a no tener trabajo ni ingresos conocidos, adquirió una casa de campo con tres plantas y tenía vehículo propio. Raramente se dejaba ver por el pueblo y se movía más bien de noche, pero todos los indicios apuntan a que su función consistía en hacer propaganda de la yihad, impartiendo charlas en centros religiosos musulmanes y promoviendo escuelas islámicas de orientación fundamentalista en distintos municipios españoles. También se dedicaba al reclutamiento de jóvenes inmigrantes de origen árabe para la práctica del terrorismo internacional.

Marzo de 2003. Un paquistaní al que se acusa de estar implicado en la trama financiera internacional de Al Qaeda es detenido en Logroño, esta vez por miembros de la Guardia Civil que siguen instrucciones judiciales a petición de las autoridades francesas y están colaborando con agencias de seguridad alemanas. El sospechoso es propietario de un locutorio en la capital riojana y parece que sus negocios, al igual que los de unos empresarios valencianos también arrestados y con quienes mantiene vínculos, podrían estar relacionados con la financiación de actos terroristas. En concreto, con la recaudación y transferencia del dinero utilizado para realizar el atentado suicida que en abril del año anterior provocó la muerte a diecinueve

personas junto a una sinagoga en la isla tunecina de Yerba. Según versiones de los vecinos, al comercio en cuestión apenas entraban clientes, a diferencia de otros semejantes ubicados en las proximidades, aunque por las tardes solían reunirse en sus dependencias unas seis u ocho personas que luego abandonaban el lugar en coches de gran cilindrada.

En suma, ha habido actividades de reclutamiento y recaudación de fondos en territorio español, desde donde se ha canalizado dinero para las actividades terroristas de Al Qaeda en otros ámbitos, utilizando como tapadera empresas dedicadas a la promoción y construcción de viviendas. También actividades de refugio y cobertura logística. Debido en buena medida a razones de proximidad geográfica, así como al fenómeno de la inmigración y a las mayores facilidades de entrada que ofrece España, las redes del actual terrorismo global se han ido diseminando desde mediados los años noventa a lo largo de la costa mediterránea, y el valle del Ebro, por algunas provincias andaluzas del interior y en Madrid. Se trata de células bien conectadas con otras establecidas en países europeos como Alemania o Italia. Cinco de los terroristas suicidas que cometieron los atentados megaterroristas del 11 de septiembre viajaron por España semanas antes. Al Qaeda ha utilizado el territorio español como una de sus principales bases europeas. Es probable que sus ciudadanos y gobernantes se conviertan en blanco del terrorismo global.

De los campos de entrenamiento en la provincia afgana de Paktia a las bases para el proselitismo y la financiación establecidas en localidades de La Rioja, y de ahí a la ejecución de atentados en las costas del Magreb. Antes de eso, reuniones en Tarragona para ultimar los preparativos del 11 de septiembre. Afganistán, España, Francia, Argelia, Bosnia, Kosovo, Pakistán, Alemania, Túnez, Estados Unidos... ¿hasta dónde llega Al Qaeda? Este entramado terrorista tiene presencia en unos setenta países y activistas dispuestos a ejecutar atentados en no menos de cuarenta, tanto en sociedades donde la población musulmana abunda o es mayoritaria como entre comunidades islámicas de

inmigrantes asentadas en naciones occidentales. En estas últimas busca establecer estructuras de apoyo y movilizar recursos. En las primeras cuenta con campos de entrenamiento e importantes instalaciones logísticas, especialmente en territorios de difícil acceso y donde la autoridad estatal está muy debilitada o es incapaz de ejercer las funciones de control que quedan dentro de su ámbito jurisdiccional.

Al Qaeda es un entramado terrorista complejo y flexible, único por su alcance transnacional y composición multiétnica. Como indicador evidente de que se trata de una red de terrorismo global, su presencia se extiende desde los archipiélagos del sureste asiático hasta las metrópolis estadounidenses, desde la zona trifronteriza del cono sur latinoamericano hasta los confines transcaucásicos, pasando por las riberas mediterráneas. Dispone de unos tres mil miembros, en su mayoría suníes y procedentes de países árabes. Tras la intervención militar estadounidense en Afganistán en el otoño de 2001, una sustanciosa porción de estos militantes permanece concentrada en torno a la frontera entre ese país y su vecino Pakistán; en menor medida, al otro lado de la frontera iraní; también en Indonesia; y en algunas naciones del llamado cuerno de África, hacia donde la red terrorista global se había extendido desde inicios de los noventa; así como en territorios desérticos del Yemen y, finalmente, en la conflictiva zona del Cáucaso, como por ejemplo en el desfiladero de Pankisi, en la frontera entre Georgia y Rusia.

Pero la red terrorista de Al Qaeda está constituida también por células permanentes o semipermanentes de militantes adiestrados distribuidos por muchas otras regiones del planeta. La estricta compartimentación de esta red terrorista le permite mantener estándares muy elevados de secretismo y seguridad. Esas células, por lo común de entre dos y quince miembros, se articulan con independencia de los grupos locales asociados a Al Qaeda que pudieran existir en su misma zona, disponen de infraestructura aparte y se procuran la mayor parte de sus propios recursos. Las hay distribuidas por Europa occidental, especialmente en el Reino Unido, Alemania e Italia, además de España. También por

el norte y el este de África, el sureste asiático y Norteamérica. Generalmente carecen de instrucciones minuciosas, aunque sus componentes han recibido entrenamiento terrorista básico y, además de captar nuevos miembros —por lo común de entre comunidades de musulmanes expatriados—, pueden tomar la iniciativa para cometer atentados ocasionales.

Hay células especializadas en el robo y falsificación de documentos, otras centradas en la adquisición de recursos económicos y, finalmente, las dispuestas a perpetrar atentados. Cuando estas últimas no se encuentran implicadas en la realización de actos terroristas, permanecen inactivas o dormidas, a la espera de que se produzca una oportunidad propicia para llevar a cabo acciones violentas, o de recibir instrucciones formales de quienes toman las decisiones en la organización. Pueden cooperar en atentados cometidos por otros correligionarios. Especialmente en los encomendados a aquellos miembros más dedicados y comprometidos de la red terrorista global. Partidas cuidadosamente seleccionadas de militantes que reciben una generosa financiación para llevar a cabo con éxito objetivos específicos y a menudo muy espectaculares, como los atentados del 11 de septiembre. Se ha detectado también la existencia de células autoconstituidas que plantean por si mismas la realización de un determinado atentado y tratan luego de recabar la conexión y el apoyo financiero de Al Qaeda.

Esta red terrorista global utiliza teléfonos celulares o vía satélite, mensajes encriptados a través del correo electrónico y otros sistemas proporcionados por Internet para sus comunicaciones internas y en tiempo real. Despliega una intensa y sostenida actividad a través de Internet, herramienta que sus dirigentes consideran el principal medio para transmitir propaganda contra el mundo occidental, muy efectiva para crear y recrear una cultura global de la guerra santa entre los musulmanes, cualquiera que sea el lugar donde residan. Al Qaeda mantiene un sitio web en lengua árabe, que sostiene y estimula el apoyo que disfruta entre musulmanes radicales de todo el mundo, además de servir como medio para transmitir a sus células

información codificada relacionada con operaciones terroristas en curso. Si algo caracteriza a la red terrorista global dirigida por Osama Bin Laden es precisamente que conjuga las nuevas tecnologías de información y comunicación con una interpretación tradicional y fundamentalista de la yihad.

El llamado comité militar de Al Qaeda es el que se encarga de reclutar y adiestrar nuevos activistas, además de planificar y dirigir la comisión de atentados. Sus responsables, entre los que desempeñó un destacado papel Khalid Sheik Mohammed, quien planeó los atentados del 11 de septiembre pero fue detenido en Rawalpindi en marzo de 2003, gestionan campos de entrenamiento en distintos lugares del mundo. A quienes superan las pruebas previstas les asignan destinos en países o zonas relevantes por la existencia de poblaciones o comunidades musulmanas, donde se les encomienda que establezcan células. Este comité militar es uno de los cinco establecidos en 1998 por debajo del consejo consultivo de Al Qaeda, instancia que proporciona la dirección estratégica y es donde se toman las decisiones tácticas más importantes. El resto de los comités atiende, respectivamente, a asuntos económicos, comunicaciones, estudios islámicos y prensa o publicidad. En el de estudios islámicos se integran varios clérigos y académicos religiosos, que elaboran las fatwas y otros escritos de propaganda.

La actual red del terrorismo global dispone también de un número indeterminado, pero a buen seguro bastante más elevado, de correligionarios dispuestos a movilizarse ocasionalmente. Sólo durante la década de los noventa, ha procurado entrenamiento a más de diez mil activistas propios y de movimientos islamistas asociados. De hecho, mantiene conexiones, tan aparentemente tenues como de hecho muy robustas, con numerosos grupos armados, a muchos de los cuales ha conseguido absorber. Así, por ejemplo, proporciona especialistas, entrenamiento y recursos a grupos políticos y organizaciones armadas islamistas en el sureste asiático con el objetivo compartido de crear un régimen musulmán que incluya el sur de Tailandia, Malaisia, Singapur, Brunei, Indonesia,

Camboya y buena parte de Filipinas. Conexiones similares mantiene con movimientos fundamentalistas de Argelia, Libia, Egipto, Pakistán, Bangladesh, Somalia, Palestina, Sudán, Yemen, Chechenia, Tayikistán o Somalia. Desde Abu Sayyaf o la Yemaa Islamiya hasta los GIA. Al Qaeda ha articulado de este modo al islamismo radical en todo el mundo.

Además, se estima que Al Qaeda permanece infiltrada en una quinta parte del total de las asociaciones islámicas conocidas, incluyendo partidos políticos y organizaciones no gubernamentales que se presentan como entidades caritativas. Mantiene también un contingente de miembros especializados en actividades guerrilleras que operan sobre todo en Afganistán. Sus aproximadamente dos mil combatientes estuvieron en su día integrados en el ejército de los talibán. Proviene sobre todo de países árabes y en su mayoría participaron en la guerra contra la ocupación soviética de Afganistán o lo han hecho en otros conflictos localizados como el de Cachemira. Están bien equipados y su presencia sigue siendo muy significativa en el territorio afgano pese a las serias pérdidas que sufrieron durante la intervención militar estadounidense tras los atentados del 11 de septiembre. Aún hoy constituyen una reserva de militantes experimentados para nutrir células de la red terrorista dispersas por muy distintos lugares del planeta.

Osama Bin Laden es el máximo dirigente de Al Qaeda y podría aducirse que esta red terrorista persistirá mientras disponga de su líder carismático, por cuanto el desarrollo de la misma y su preeminencia se deben en buena medida a la aplicación de las modernas técnicas de gestión empresarial aprendidas por el máximo referente del terrorismo global en las aulas universitarias y los negocios familiares. Sin embargo, existe un procedimiento mediante el cual se designan sucesores que son ascendidos de inmediato a cualquier cargo que sea preciso cubrir. Ayman Zawahiri es la persona designada para reemplazar a Osama Bin Laden en caso de necesidad. De hecho, el médico egipcio ya es responsable directo de las decisiones más inmediatas y cotidianas, así como de los documentos elaborados por la

organización. Sólo si la red terrorista global se viese a la vez y en un corto espacio de tiempo privada del liderazgo que ejercen el emprendedor por excelencia de la misma y su sucesor designado, cabría conjeturar un debilitamiento de su estructura como consecuencia de los posibles faccionalismos y escisiones internas.

A todo esto, ¿cómo se financia Al Qaeda, cuyo presupuesto anual rondaría, según las estimaciones más solventes, los cincuenta millones de dólares? ¿De dónde procede el dinero con que se mantiene esta red del terrorismo global y se llevan a cabo sus atentados? En parte, como es bien sabido, de la propia fortuna personal de Osama Bin Laden y de las numerosas inversiones realizadas a inicios de los noventa en Sudán, del comercio de la miel en Yemen, de los rendimientos de algunas pesquerías en Kenia o de las inversiones en equipamiento hospitalario y productos lácteos hechas en los países escandinavos. Hasta el 11 de septiembre, Al Qaeda se beneficiaba también del apoyo económico que el régimen de los talibán recibió mientras lo reconocieron Arabia Saudí, Pakistán y los Emiratos Árabes Unidos. Una serie de datos han puesto de manifiesto la especial responsabilidad de autoridades y magnates afincados en el primero de esos países en lo que se refiere a la financiación del terrorismo global practicado en nombre de una concepción fundamentalista del credo islámico.

En noviembre de 2002 se supo, por ejemplo, que miles de dólares donados por la esposa del embajador saudí en Washington terminaron en manos de dos de los terroristas suicidas del 11 de septiembre. Anécdota, si se quiere, pero exponente del hecho de que grandes sumas de dinero procedentes de instituciones públicas y entidades privadas de Arabia Saudí han financiado a Al Qaeda. Una demanda judicial presentada cuatro meses antes por setecientas familias de víctimas del 11 de septiembre acusaba de financiar la red terrorista global de Osama Bin Laden a tres miembros de la familia real saudí, al igual que a tres bancos y otras tantas organizaciones no gubernamentales con sede en el mismo reino, como la Al Haraeim Islamic Foundation o la International Islamic Relief Organization. Además, gran

número de entidades caritativas musulmanas establecidas en otros países e infiltradas por miembros de Al Qaeda han transferido a esta red terrorista global importantes sumas de dinero extraídas del porcentaje que los devotos musulmanes deben dedicar a obras de beneficencia.

Recientemente, Al Qaeda ha diversificado los métodos con que maneja el flujo de fondos y también las inversiones. Es muy posible, por ejemplo, que siga dependiendo en una medida nada desdeñable del sistema ancestral de la hawala, un procedimiento informal, rápido, seguro, barato y carente de escrutinio oficial alguno para transferir dinero entre lugares muy distantes entre sí a través de intermediarios cuyas relaciones se basan en la confianza mutua. También es muy verosímil que Al Qaeda, al igual que otras organizaciones terroristas, se esté sirviendo de los paraísos fiscales localizados en el mundo occidental para financiarse, al tratarse de territorios de baja tributación en los que las entidades bancarias ofrecen a sus clientes la necesaria opacidad. A nadie podría extrañar que la red terrorista global tenga depositados fondos en entidades bancarias de países occidentales cuyas autoridades se han negado a rubricar el Convenio para la Represión de la Financiación del Terrorismo, aprobado por Naciones Unidas en diciembre de 1999 y que ya se encuentra en vigor.

De igual modo, hay indicios más que suficientes para sospechar que los gestores económicos de la red terrorista global están invirtiendo en oro y piedras preciosas, siempre con el propósito de reunir recursos financieros que permitan desarrollar las actividades violentas de Al Qaeda. La facilidad con la que una organización terrorista puede obtener fondos y blanquear dinero —mediante, por ejemplo, un mercado de diamantes carente de autorregulación— es extraordinaria. A todo ello hay que añadir otros negocios de carácter ilegal o ilícito, como el tráfico de opio, el fraude con tarjetas de crédito o el hurto, estos últimos practicados habitualmente por las células de la red terrorista distribuidas por todo el mundo y a las que los dirigentes de la red terrorista global reclaman autofinanciación.

De cualquier manera, Al Qaeda sigue teniendo acceso a un monto considerable de variados recursos financieros, pese al bloqueo de cuentas bancarias y activos relacionados con la red terrorista global llevado a cabo tras el 11 de septiembre. Con ello puede continuar sus actividades terroristas, encaminadas a unificar políticamente la comunidad de los creyentes en el islam y, al mismo tiempo, destruir la civilización occidental.

9 ¿ABOMBAS DEL APOCALIPSIS?

Al Qaeda dispone de un manual de once volúmenes y el último está dedicado a armas de destrucción masiva. Elaborado probablemente en 1999, constituye un añadido a la obra con que los dirigentes de la actual red del terrorismo global venían instruyendo, desde algunos años antes, en el uso de armas y explosivos a jóvenes fundamentalistas islámicos procedentes tanto del mundo árabe como de comunidades musulmanas establecidas fuera de él. La información contenida en el disco duro de un ordenador portátil olvidado por seguidores de Osama Bin Laden cuando huían de Kabul en el otoño de 2001 sugiere que trabajaban ya en la adquisición de agentes químicos y biológicos susceptibles de utilizarse como munición. Una nota escrita en abril de 1999 por el propio Ayman Zawahiri advertía de que, pese a su extremado peligro, resulta relativamente simple producir desde carbunco hasta fiebre de las Montañas Rocosas.

Poco después, los dirigentes de la red del terrorismo global pusieron en marcha un plan para la elaboración de armas químicas y biológicas que en dos años había registrado algunos avances significativos, en particular referidos al desarrollo de gases nerviosos. Una serie de vídeos obtenidos durante el verano de 2002 en Afganistán por el enviado de la cadena televisiva CNN a dicho país confirmaba que Al Qaeda estaba experimentando con esos elementos tóxicos. En varias casetes se explicaba con detalle la fabricación de trinitroglicerina y explosivos de gran potencia. Pero otras imágenes mostraban perros que agonizaban y morían tras haber sido expuestos a algunas emanaciones, quizá de cianuro. Documentos de la red terrorista hallados con anterioridad contenían la fórmula del gas sarin. Hay fragmentos de las grabaciones de los cuales se deduce que esta organización de fundamentalistas islámicos podría haber

logrado colocar gases tóxicos en granadas de mortero. Todo esto, sin embargo, ¿tiene algo que ver con acontecimientos de índole terrorista más recientes y sobre todo más cercanos?

Sí, y cabe recordar algunos, incluso algo anteriores al 11 de septiembre. En marzo de 2001, por ejemplo. Un tunecino de treinta y tres años, destacado militante de Al Qaeda, viajó por ferrocarril desde Milán hasta Pamplona. Tras visitar al imam integrista de una mezquita sita en la capital navarra, continuó viaje hacia Valencia, esta vez en autobús. A través de una célula establecida en Alemania con la que mantenía vínculos habituales, había solicitado autorización al propio Osama Bin Laden para llevar a cabo un atentado con armas dotadas de componentes químicos, según pusieron de evidencia las conversaciones telefónicas intervenidas por la policía italiana en su domicilio milanés. En este caso no se sabe con certeza dónde y cuándo pensaba llevar a cabo la acción terrorista. Pero la célula de Fráncfort con que había entablado contacto fue desbaratada inmediatamente después por agentes de la seguridad alemana y el incidente previsto no llegó a producirse.

Febrero de 2002. Otro suceso significativo, casi un año después. Nueve extremistas musulmanes de origen marroquí adheridos al denominado Grupo Salafista para la Predicación y el Combate, organización relacionada con Al Qaeda, fueron arrestados en una barriada de la periferia al sur de Roma. Tenían en sus poder cuatro kilogramos de cianuro, un mapa actualizado de la red hídrica de la capital italiana y un plano detallado de sedes diplomáticas estadounidenses contra las que pensaban atentar. Ahora bien, se sospecha con fundamento que los detenidos también pretendían contaminar con ferrocianuro potásico las aguas de la ciudad y hubieran provocado una tragedia con la cantidad de dicha sustancia que les fue incautada, si llegan a introducirla por los canales de distribución que abastecen algunos edificios residenciales, quizá los que suministran a la delegación estadounidense. Pocos miligramos del conocido veneno bastan para ocasionar la muerte a un ser humano.

En noviembre de ese mismo año, el jefe de la unidad contra el terrorismo internacional de la policía alemana manifestó su desasosiego porque, según informes de inteligencia, un conocido miembro de Al Qaeda, entrenado en la comisión de atentados con toxinas venenosas y agentes biológicos, podría estar planeando atentados simultáneos en varios países europeos. Interpol, al igual que diversas agencias policiales británicas y francesas, participaba de ese temor a acciones terroristas más o menos inminentes con armas químicas o bacteriológicas contra objetivos seleccionados en distintas ciudades europeas. Un mes después, dos argelinos y un marroquí, que habían viajado primero a Afganistán y luego por Chechenia, fueron detenidos por agentes del contraespionaje francés, al descubrirse en su domicilio, situado en un suburbio al noroeste de París, productos químicos con los que podrían cometer atentados. Además, los agentes se incautaron de propaganda de grupos islámicos radicales y de unos cinco mil dólares en efectivo.

Enero de 2003. Unidades de la policía británica detuvieron en varias casas de Londres y del condado de Dorset, en la costa suroeste del país, a un total de diez personas de origen magrebí, de entre quince y treinta años, acusadas de haber fabricado ricina con propósitos terroristas. En pequeñas cantidades, esa sustancia tóxica, relativamente fácil de manufacturar y obtener, puede ser utilizada para perpetrar un asesinato, pero sus consecuencias sólo serían las que se atribuyen a las armas de destrucción masiva si, por ejemplo, cientos de kilogramos de la misma se pulverizaran en el ambiente con aerosoles. Algunos meses antes, en noviembre, otros tres norteafricanos de aproximadamente las mismas edades, todos ellos con residencia y trabajo en el Reino Unido, aunque con pasaportes falsos, también habían sido arrestados por la división antiterrorista de Scotland Yard bajo la sospecha de estar preparando un atentado con gas cianuro en el metro de Londres. Según todos los indicios, formaban parte de un grupo denominado Frente de África del Norte, asociado también con Al Qaeda.

¿Incidentes aislados y sin demasiada importancia? ¿Falsas alarmas quizá, como en enero de 2003, cuando la policía española detuvo, a instancias de un juez francés, a dieciséis presuntos radicales islamistas establecidos en Cataluña y luego se demostró que las supuestas sustancias peligrosas de que disponían no eran sino jabones líquidos? Por una parte, es evidente que el uso terrorista de elementos químicos o biológicos por parte de organizaciones o individuos se limita en la práctica a dos sucesos bien conocidos y ninguno de ellos está relacionado con fundamentalistas islámicos. El primero, la suelta de gas sarín en el metro de Tokio que llevaron a cabo adeptos de la secta Aum Shinrikiyo (Verdad Suprema) en marzo de 1995, con el resultado de doce muertos y unos cuarenta heridos de consideración. El segundo suceso, la campaña de cuatro envíos postales contaminados con esporas de carbunco que suscitó gran inquietud en la opinión pública de Estados Unidos durante el mes de octubre de 2001. Cinco personas perdieron la vida como consecuencia de esas cartas impregnadas de ántrax.

Así pues, la probabilidad de que ocurran actos terroristas con elementos químicos o bacteriológicos parecería ser más bien baja. Sin embargo, los efectos de un atentado que no utilice esas armas de destrucción masiva de manera tan limitada como en los hechos registrados hasta ahora serían extraordinariamente graves. Sólo las consecuencias que el cuantioso uso de sustancias venenosas y gases tóxicos ha tenido en el marco de conflagraciones bélicas a gran escala, o su utilización por parte de tiranos irresponsables contra los propios gobernados como castigo al disenso o por voluntad de genocidio, pueden ayudarnos a estimar la magnitud del impacto que tendrían determinados atentados megaterroristas con tales componentes. Por eso suscita una razonable inquietud constatar que los emprendedores del actual terrorismo global se han interesado por las armas químicas y biológicas. Más aún que hayan mostrado su disposición a utilizarlas indiscriminadamente en el marco de la yihad que preconizan. En realidad, el riesgo de ese tipo de

atentados no convencionales es hoy mucho mayor que hace una década.

Al Qaeda viene combinando el acopio y la sofisticación de sus arsenales convencionales con la experimentación con armas químicas y bacteriológicas. Una utilización limitada de estas últimas resulta previsible por su idoneidad para alimentar estados mentales generalizados de ansiedad en sociedades abiertas y densamente pobladas. Especialmente por lo que se refiere a atentados que incorporen gases abrasivos y nerviosos o gérmenes letales de los que todavía proliferan. Aunque lo que verdaderamente desasosiega es un dato proporcionado por la Agencia Internacional de Energía Atómica: mil toneladas de uranio enriquecido y de plutonio carecen de las necesarias salvaguardias. Este mismo organismo especializado denuncia que el tráfico ilícito de elementos radioactivos o nucleares se ha duplicado desde el desmembramiento del Imperio soviético. En noviembre de 2002, sin ir más lejos, el máximo responsable de la agencia rusa de regulación nuclear admitió, por enésima vez, que cantidades significativas de uranio habían desaparecido de las instalaciones nucleares bajo su responsabilidad.

Desde 1993 o posiblemente antes, Osama Bin Laden ha intentado en repetidas ocasiones hacerse con esa clase de materiales y proporcionar a su red terrorista internacional el conocimiento técnico que permita transformarlos en artefactos mortíferos. Fue durante su estancia en Jartum, a principios de los noventa, cuando el emprendedor de Al Qaeda expresó un especial interés por las armas de destrucción masiva. No sólo químicas y biológicas, sino también nucleares. Las autoridades sudanesas le facilitaron las cosas por lo que se refiere a las dos primeras; y Bin Laden intentó comprar un cilindro con uranio seguramente traído de Sudáfrica y entonces valorado en un millón y medio de dólares. En 1998, un ayudante del emir del terrorismo global fue arrestado en Múnich, acusado de haber actuado en nombre del magnate de origen saudí unos tres años antes, a fin de obtener materiales nucleares enriquecidos.

En agosto de aquel mismo año, según los servicios de la inteligencia militar israelí, Osama Bin Laden pagó más de dos millones de libras esterlinas a un intermediario en Kazajstán, quien se comprometió a entregarle uno de los maletines con armas nucleares tácticas o munición especial de demolición atómica, de unos treinta kilos de peso cada uno, procedentes del arsenal soviético. En 1997, el general Alexander Lebed, que fuera secretario del Comité de Seguridad Nacional siendo Boris Yeltsin máximo mandatario ruso, dijo que, de un total contabilizado de ciento treinta y dos maletines nucleares sólo se tenían localizados cuarenta y ocho. A principios de 1999, Osama Bin Laden hizo unas esclarecedoras declaraciones acerca de estos asuntos al periodista pakistaní Rahimullah Yuufzai, precisamente el primero que lo entrevistó tras los atentados del 11 de septiembre. Reproducidas en enero de 1999 por la revista Time, los argumentos que sobre armas de destrucción masiva vierte Bin Laden del actual terrorismo global son preocupantemente explícitos: «La adquisición de al meas para la defensa de los musulmanes es un deber religioso. Si hubiese adquirido esas armas, estaría cumpliendo con una obligación. Sería un pecado que los musulmanes no trataran de poseer las armas con las que prevenir que los infieles infrinjan daño a los musulmanes».

Con anterioridad a este testimonio, Bin Laden había hecho un llamamiento para que la nación islámica dispusiese de una fuerza nuclear gracias a la cual pudiera estar verdaderamente preparada para la yihad contra los que, en su visión fundamentalista de las cosas, define como infieles occidentales. Es posible que Al Qaeda disponga ya de parte de los componentes imprescindibles para elaborar una bomba nuclear, tras haberlos adquirido a través del Movimiento Islámico de Uzbekistán en las antiguas repúblicas soviéticas donde su comercio ilícito prolifera. Bashiruddin Mahmood, un científico paquistaní jubilado que trabajó cerca de cuarenta años en el programa atómico de su país y no oculta sus simpatías por el fundamentalismo islámico, ha admitido recientemente que se entrevistó en al menos dos

ocasiones con Osama Bin Laden en Afganistán, antes de que tuvieran lugar los atentados de Nueva York y Washington.

Hasta hace bien poco, los expertos en materia de seguridad y defensa solían dar por descontado que los terroristas quieren mucha gente mirando pero no demasiados cadáveres. Tras el incremento en la letalidad del terrorismo internacional desde el inicio de los años noventa, que culminó con los actos megaterroristas del 11 de septiembre, la validez de esa afirmación se ha puesto en tela de juicio. A partir de entonces, la cuestión no era sólo si tan catastróficos atentados constituían el prelude de otros similares perpetrados por medios más bien convencionales, sino si anticipaban el uso de armas de destrucción masiva por los nuevos terroristas, con resultados incluso más devastadores que los registrados aquel día. En concreto, no sólo si los instigadores del terrorismo global combinarían un repertorio de atentados tradicionales mediante bombas, misiles y otros métodos adecuados para sus propósitos con actos violentos acompañados de cantidades letales de elementos químicos nocivos o gérmenes patógenos, sino también, y muy especialmente, si llegarán a provocar un episodio nuclear.

No siempre que hablamos de un atentado terrorista con componentes tóxicos o bacteriológicos estamos hablando necesariamente de destrucción masiva. Pero hablar de terrorismo nuclear es hacerlo de destrucción masiva y de efectos difíciles de anticipar en su totalidad. Puede tratarse de la detonación de un artefacto nuclear de fisión, lo que causaría decenas o centenares de miles de muertos en áreas metropolitanas, o de un atentado contra algún reactor en funcionamiento. Al Qaeda planeó en un primer momento estrellar las aeronaves secuestradas el 11 de septiembre contra instalaciones nucleares. Una idea que se decidió abandonar «por el momento», tal y como confirmé a un periodista de la cadena televisiva en lengua árabe Al Yazira — doce meses después de ocurridos los hechos— el máximo responsable del comité militar de la red terrorista global, acompañado por el coordinador de los atentados que finalmente

se dirigieron contra las Torres Gemelas, el Pentágono y un tercer blanco todavía no especificado, pero fallido.

Para llevar a cabo un atentado nuclear es necesario, igual que ocurre con cualquier otro acto terrorista cuyo objetivo sea la destrucción masiva, que previamente se adopte la decisión de matar a mucha gente. Esta voluntad existe entre los miembros de Al Qaeda, al amparo de un integrismo islámico colmado de sentimientos de ira y desesperación que oportunamente explotan sus dirigentes, pero carente en todo caso de inhibiciones morales para el asesinato masivo de quienes no se someten a los preceptos de su mismo credo religioso, considerado por sus devotos como superior a cualquier otro. Pero ejecutar un incidente megaterrorista de esas características requiere también, como es lógico, medios que vayan más allá de los recursos humanos y económicos de que normalmente disponen las organizaciones terroristas. Requiere tanto conocimientos científicos altamente especializados para diseñar y fabricar un artefacto atómico como materiales inestables y peligrosos, difíciles de adquirir y de almacenar.

Al Qaeda dispone de dinero y tiempo para producir esas bombas del Apocalipsis. Quizá no sea la única organización terrorista en las mismas circunstancias. Así que desde aquel 11 de septiembre lo inverosímil se ha hecho creíble. En enero de 2003 se celebró una reunión especial del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas. En ella se adoptó una declaración, un llamamiento a los Estados miembro para que intensifiquen sus esfuerzos contra el terrorismo internacional. El documento, de catorce puntos, fue aprobado por unanimidad y solicita una acción urgente para prevenir y combatir todo tipo de apoyo a los terroristas, ya sea activo o pasivo. La declaración dice también: «Existe un peligro serio y creciente de que los terroristas accedan a materiales nucleares, químicos, biológicos u otros potencialmente letales; y, por tanto, es necesario fortalecer los controles sobre esos materiales».

Con todo, la detonación de algún artefacto nuclear sigue siendo la forma menos verosímil de un terrorismo con armas de

destrucción masiva. Su probabilidad es menor que la de atentados con sustancias químicas o componentes bacteriológicos. Y, sin embargo, en caso de que se materializara tendría inimaginables consecuencias para la cohesión interna y la gobernabilidad de las sociedades eventualmente afectadas, así como para el orden mundial en su conjunto. La opción terrorista nuclear más probable a corto plazo consiste en el uso de explosivos adosados a materiales radioactivos contaminantes. Es decir, las bombas sucias. En mayo de 2002 fue detenido en Chicago, a su regreso de una estancia en Pakistán, un joven estadounidense de origen hispano, de poco más de treinta años, que se había convertido al islam. Se le acusó de haber sido adiestrado para colaborar con la red del terrorismo global, y de estar preparando un artefacto emisor de radioactividad que pretendía colocar en una ciudad de la costa este norteamericana.

Tras el éxito de los atentados contra las Torres Gemelas, es posible que los actuales dirigentes de Al Qaeda opten por continuar gestionando en su beneficio el ambiente de miedo inducido desde entonces; y no decidan repetir acciones tan excepcionalmente destructivas y espectaculares, ya sea mediante armas convencionales o dispositivos no convencionales e incluso nucleares, hasta que consideren suficientemente atenuado el impacto de aquellos dramáticos sucesos. Se estima que ese lapso de tiempo oscila entre los dos y los tres años. Que entonces lleguen a conseguirlo es, para qué nos vamos a engañar, bastante probable. Lo cual no equivale a decir que nada puede hacerse contra el terrorismo global.

10 CONTRA UN TERROR GLOBAL

Poco antes de que tropas estadounidenses, acompañadas por efectivos británicos, invadieran Irak a finales de marzo de 2003, el presidente George W. Bush decidió arengar a algunos de los soldados que se disponían a partir hacia la región del Golfo Pérsico. Enardeció a los numerosos jóvenes uniformados que le estaban escuchando en una base militar ubicada en la costa este de su país cuando, al referirse a los atentados del 11 de septiembre, dijo que si atacaban el régimen de Sadam Husein iban a devolver el golpe recibido. No sería extraño que llegaran a descubrirse conexiones entre esa dictadura árabe y Al Qaeda, pues aquélla las ha mantenido en el pasado con otras organizaciones terroristas, pero en el momento de iniciarse la guerra no existían pruebas al respecto. Sin embargo, la amenaza del terrorismo global fue utilizada como excusa para bombardear Bagdad. Y no sólo por boca del máximo mandatario de Estados Unidos. Entre las élites políticas y los ciudadanos de ese país prevalecía el convencimiento de que contra semejante amenaza a la seguridad nacional había que actuar militar y unilateralmente.

En el otoño de 2001, Estados Unidos había desarrollado una campaña militar en Afganistán, precisamente como represalia por los atentados que destruyeron las Torres Gemelas, produjeron importantes daños en las dependencias del Pentágono, provocaron que una aeronave comercial se estrellara en los campos de Pennsylvania y causaron la muerte a unas tres mil personas. Tan mortíferos hechos habían sido planeados y ejecutados por Al Qaeda, y ésta se beneficiaba del santuario que les proporcionaba la cruel teocracia de los talibán. A diferencia de lo ocurrido en la reciente guerra contra Irak, en aquella ocasión los gobiernos occidentales aceptaron la intervención militar estadounidense como un asunto de legítima defensa y ésta

se emprendió con un amplio respaldo internacional. Desde mediados los años ochenta, sin embargo, las autoridades estadounidenses sólo habían recurrido al despliegue de fuerzas militares contra el terrorismo internacional en cuatro ocasiones, pese a que el número de atentados contra ciudadanos e intereses estadounidenses ocurridos durante ese tiempo superaba los dos mil cuatrocientos.

¿Cómo se explica esto? ¿Resulta evidente el porqué de la intervención en el exterior mediante el concurso de fuerzas armadas? Desde luego, ninguno de los incidentes anteriores a los del 11 de septiembre había resultado ni remotamente tan catastrófico y letal. Ninguno de los precedentes había suscitado tanto desasosiego y miedo entre la opinión pública estadounidense. Más aún, ninguno de esos atentados previos de terrorismo internacional tuvo lugar en el territorio de Estados Unidos. Pero ¿es todo esto suficiente para entender la decisión que tomaron entonces las autoridades de este país?

Sucesos de cariz megaterrorista como los ocurridos aquel 11 de septiembre carecían de antecedentes por lo que se refiere a su localización y magnitud. Quienes optaron por responder militarmente se vieron obligados a actuar con rapidez y es muy posible que condicionados por fórmulas análogas ya existentes para abordar la situación. Si así fue, como parece razonable imaginar, interesa saber qué circunstancias incidieron en el pasado sobre la decisión de utilizar los ejércitos en misión contraterrorista fuera de la propia jurisdicción estatal. Conocerlas puede ayudar a comprender y valorar adecuadamente tanto lo que aconteció en Afganistán como lo que cabe esperar de otras situaciones similares en el futuro. A este respecto, la revista académica internacional *Terrorism and Political Violence* publicó en su número de la primavera de 2001 un interesante artículo de Michele L. Malvesti, en el cual se identificaban los principales factores que explican una estrategia estadounidense contra el terrorismo basada en intervenciones militares en el exterior.

De acuerdo con la autora, analista oficial de inteligencia hasta hace poco y después investigadora en la Universidad de Tufts, los

responsables estadounidenses se han inclinado por desarrollar acciones militares como respuesta a incidentes de terrorismo internacional cuando éstos reúnen seis rasgos específicos. Primero, que quienes lo perpetren o instiguen sean identificados con relativa celeridad. Segundo, que los autores del hecho o sus patrocinadores estén implicados con anterioridad en otros atentados contra ciudadanos e intereses de Estados Unidos. Tercero, que se trate de una violencia dirigida contra personas vinculadas directamente con el Gobierno estadounidense. Cuarto, que el incidente en cuestión se haya consumado y sea irreversible. Quinto, que los considerados responsables de dicho acto terrorista sean conocidos por hacer ostensibles sus actitudes desafiantes hacia Estados Unidos. Finalmente, que los perpetradores del atentado y sus promotores resulten política y militarmente vulnerables ante una eventual represalia.

En otras palabras, la decisión estadounidense de recurrir a sus fuerzas armadas contra el terrorismo internacional estaría determinada por las características específicas que concurren en cada incidente dado. Esta interpretación, que postula una relación lineal entre el atentado terrorista y la opción de responder militarmente, omite el complicado proceso político en el que se inscribe la toma de decisiones tan delicadas. Toda una serie de actores e instituciones nacionales están implicadas en su elaboración. No se trata de una mera orden adoptada de manera automática por el presidente de Estados Unidos, en tanto que comandante en Jefe de sus fuerzas armadas, cuando algún incidente se acomoda al modelo preestablecido. De hecho, en las interrelaciones entre la presidencia y el legislativo estadounidense, por lo que se refiere a la decisión de intervenir militarmente contra el terrorismo internacional fuera de las propias fronteras, ha habido notables diferencias según ostentara la primera Ronald Reagan o Bill Clinton, por ejemplo.

Este último fue mucho más proclive a que desde la Casa Blanca se consultara con el Congreso en tales casos, si bien eso ha sido más bien la excepción que la norma. Sin duda, la opinión pública y los medios de comunicación influyen también decisivamente.

Además, en los casos anteriores al 11 de septiembre, las decisiones adoptadas resultaron muy controvertidas, poniendo de manifiesto confusión y desavenencias en el seno del ejecutivo estadounidense. Pero si, como demuestra el estudio anteriormente aludido, Estados Unidos decide responder militarmente a incidentes de terrorismo internacional sólo cuando se estima que sus autores o quienes les respaldan son lo suficientemente débiles, al margen de que este juicio resulte de un cálculo erróneo, la toma de decisiones al respecto denota un patrón diferencial, si se quiere discriminatorio, sin duda preocupante.

Afganistán, por ejemplo, fue un objetivo aceptable de la cólera estadounidense tras los atentados del 11 de septiembre debido, en primer lugar, a que el Gobierno de los talibán acogía a Osama Bin Laden y buena parte de Al Qaeda, la red terrorista global que perpetró aquellos atentados megaterroristas de Nueva York y Washington. Pero debido también, en segundo término, a que se trataba de un país con paupérrimos indicadores de desarrollo socioeconómico, graves fracturas internas de carácter tribal, muy aislado internacionalmente y con una capacidad defensiva extraordinariamente limitada. Arabia Saudí, por el contrario, país opulento que dispone de las mayores reservas mundiales de petróleo, nunca hubiera reunido las condiciones para ser objeto de las represalias militares estadounidenses. Y ello pese a que dicho régimen, al mando de un sultán, hace muchos años que viene generando doctrina para justificar la violencia antioccidental de los fundamentalistas islámicos, y permitiendo que la red mundializada del terrorismo se abasteciera en su propio sistema financiero.

Este enfoque diferencial crea dificultades para legitimar cualquier respuesta militar que Estados Unidos desencadene unilateralmente con el fin de combatir el terrorismo internacional. La campaña en Afganistán puso de manifiesto el alcance y las limitaciones que comportan el unilateralismo y la respuesta militar contra el terrorismo global. Al Qaeda es una red que por su configuración y amplitud no puede ser desbaratada

militarmente, aunque la lucha contra este terrorismo global posibilita que las fuerzas armadas desempeñen un papel del que tradicionalmente estaban exentas.

De hecho, el desarrollo de estas capacidades contra el terrorismo internacional ha sido incorporado por la Alianza Atlántica a su nueva concepción estratégica. Así, la intervención de las tropas estadounidenses en Afganistán ha debilitado en parte la infraestructura del terrorismo global, privando a sus emprendedores del control que ejercían sobre el régimen talibán. Pero el país centroasiático sigue sumido en la inseguridad, Al Qaeda no ha sido destruida, mantiene células en numerosos países y puede estar pertrechándose de armas de destrucción masiva.

Además, esas operaciones militares sobre territorio afgano se llevaron a cabo con no pocos errores en la señalización de blancos, graves daños colaterales infligidos a la población civil y un tratamiento degradante de los adversarios cautivos. Más de seiscientos, entre combatientes talibán y supuestos miembros de Al Qaeda, permanecen detenidos indefinidamente en la base militar estadounidense de Guantánamo, en Cuba, sin estar formalmente acusados de delito alguno, carentes de acceso a abogados y privados de las visitas de sus familiares. Todo ello invita a imaginar cómo se percibirán esos extravíos en el mundo árabe. Y también a reflexionar sobre los efectos contraproducentes que entraña este modelo de respuesta militar al terrorismo global. Modelo criticable también por incluir alianzas de conveniencia con regímenes represivos o cuyos procedimientos distan mucho de ser los propios de una democracia en funcionamiento.

Diríase que el unilateralismo militar estadounidense contra el terrorismo global cohesiona a amplios segmentos del mundo árabe e islámico en torno a actitudes antiamericanas y antioccidentales, lo que a su vez se traduce en inestabilidad para los regímenes árabes moderados y en simpatías por Al Qaeda. Y esta simpatía hacia los terroristas proporciona a éstos recursos humanos y materiales. A título de ejemplo, en las elecciones

celebradas en Pakistán en octubre de 2002, los islamistas radicales se hicieron con el control de dos de las cuatro provincias del país, las fronteras con Afganistán. Otra ilustración aleccionadora. En diciembre de ese mismo año, el Comité Internacional de la Cruz Roja repartía comida en la región etíope habitada por la etnia afar, una zona afectada por la sequía y asolada por el hambre. Los trabajadores que habitualmente descargaban los sacos de trigo, soja y aceite que traían en camiones por caminos arenosos vestían camisetas con el rostro impreso de Osama Bin Laden, prendas de moda en los mercadillos de la zona, mayoritariamente musulmana.

El terrorismo global se ha invocado —sin otro fundamento que algunos datos circunstanciales y la expectativa creíble de que antes o después Sadam Husein transferiría tecnología destructiva a Al Qaeda— para tratar de justificar ante las opiniones públicas occidentales la segunda invasión estadounidense de Irak. Ahora bien, los efectos de la contienda no deben desconsiderarse en relación con el comportamiento que a corto y medio plazo exhiba la actual red del terrorismo global. Desde mediados los noventa, Al Qaeda viene insistiendo en tres hechos que obligarían a la yihad: la presencia de tropas extranjeras en el suelo sagrado para el islam, donde están Medina y la Meca; la ocupación de las tierras palestinas por parte de los israelíes; y la continuada agresión contra el pueblo iraquí tras la primera guerra del Golfo. En febrero de 2003, Osama Bin Laden se apresuró a definir una eventual intervención militar estadounidense en Irak como «cruzada» y «ataque sobre todo contra la gente del islam». Los servicios de inteligencia del mundo occidental coinciden en que esas palabras incrementan el riesgo de atentados terroristas.

Tras el 11 de septiembre, numerosos países han introducido medidas legislativas y reformas tanto en sus estructuras de seguridad interior como en las de defensa nacional. El terrorismo internacional pasó a convertirse en una de las principales preocupaciones de la opinión pública, especialmente en sociedades industriales avanzadas con formas democráticas de gobierno. Según un Eurobarómetro fechado en otoño de 2001, el

86 por ciento de los entrevistados percibía dicho fenómeno como una amenaza personal. A inicios del 2003, más de la mitad de los europeos consideraban que el temor a un atentado terrorista era muy alto o bastante alto, si extrapolamos los datos de un sondeo realizado por la empresa demoscópica Gallup Europa. Así, la necesidad de desarrollar políticas aplicables a los nuevos desafíos contra la seguridad nacional y colectiva se incorporó de manera generalizada a las agendas gubernamentales. Las políticas incluían programas sanitarios de respuesta e ingenios de detección temprana ante posibles atentados terroristas con armas nucleares, bacteriológicas, radiológicas o químicas.

Aquellas naciones que tenían ya experiencia en la lucha contra el terrorismo dentro de su propio ámbito estatal, como España, han adaptado sus disposiciones y agencias especializadas. En otros casos, la mayoría, el reto consiste en adoptar normas e instituciones con las que hacer frente a las actividades del terrorismo internacional aun cuando la sociedad en cuestión no haya padecido con anterioridad los embates de esa violencia. Estados Unidos, donde la política antiterrorista había permanecido estrechamente ligada a los ámbitos decisorios en materia de defensa y asuntos exteriores, optó por crear un nuevo ministerio dedicado a la seguridad interior. Quizá porque fue el país que sufrió directamente los atentados del 11 de septiembre, se entiende la facilidad con que gentes que valoran en grado sumo las libertades civiles hayan acogido sin demasiadas críticas la promulgación de legislaciones que discriminan a los extranjeros no residentes conculcando derechos fundamentales suyos, y que pueden estimular actitudes xenófobas, en especial hacia árabes y personas de creencias musulmanas.

Sin embargo, en atención a razones éticas y de eficacia, las democracias liberales deben reaccionar ante la violencia terrorista con mesura y sin incurrir en excesos que menoscaben los principios y procedimientos en que se sustentan dichos sistemas políticos tolerantes. El terrorismo supone una violación flagrante de los derechos humanos y es esencial que el respeto por ellos constituya un imperativo de las medidas antiterroristas.

Con todo, debido a las limitaciones de que adolecen los gobiernos nacionales para hacer frente a un fenómeno que atraviesa fronteras y está mundializado en la práctica, es precisa una efectiva cooperación multinacional. También se requiere un plan auténticamente multifuncional, tanto en tareas preventivas como reactivas. Ni una óptima cooperación multinacional ni un plan multifuncional compartido son tareas fáciles de alcanzar. Baste traer a colación, en el ámbito de las relaciones transatlánticas, que estadounidenses y europeos tienden a diferir sustancialmente en el análisis del fenómeno terrorista y en las medidas más adecuadas para combatirlo.

¿Qué hacer, pues, contra un terrorismo global? Para empezar, es preciso fortalecer la colaboración de diferentes agencias judiciales, policiales y de inteligencia, sobre todo pero no exclusivamente entre las democracias liberales. Contener el terrorismo transnacional, controlar la financiación que reciben las organizaciones terroristas, evitar que llegue a utilizarse un repertorio que incluya armas de destrucción masiva, o incluso la eventual desaparición de Al Qaeda como red terrorista global, son objetivos que requieren años de intensa cooperación bilateral y multilateral, especialmente en ámbitos como la Unión Europea o Naciones Unidas. Pero en cuestiones de seguridad nacional en general y de amenazas terroristas en particular, nada es tan importante como la información. Detrás de lo ocurrido aquel 11 de septiembre hubo problemas de decisión política y fallos en los servicios de inteligencia, tanto en la coordinación entre las distintas agencias estadounidenses con competencias en la materia como en el intercambio entre éstas y los servicios secretos de otros países allegados.

Por otra parte, la cooperación internacional debe manifestarse en esfuerzos encaminados a la resolución de aquellos conflictos regionales que sirven como pretexto a los islamistas violentos. Si bien es probable que el tan necesitado arreglo del contencioso entre palestinos e israelíes no tenga consecuencias inmediatas, aunque sí a largo plazo, sobre la dinámica del actual terrorismo global. Por último, una acción colectiva multinacional contra esa

violencia debe contribuir sustancialmente al diálogo intercultural e interconfesional, dentro y fuera de las fronteras estatales; entre gentes de distinta civilización y creencias que habitan regiones del planeta distintas y distantes entre sí, así como entre personas que viven en países crecientemente multiculturales. Ésta es una faceta educativa, dentro de ese plan multifuncional contra el terrorismo, en que las sociedades civiles nacionales y especialmente la prensa tienen un importantísimo margen de implicación. De lo que se trata es, en definitiva, de que cualquier persona tenga siempre más de tres opciones.